

EL  
PRÍNCIPE-PERRO DE AGUAS

ESCRITO EN FRANCÉS POR  
EDUARDO LABOULAYE

MIEMBRO DEL INSTITUTO

---

TRADUCIDO LIBREMENTE AL ESPAÑOL

EN

**BUENOS AIRES**

POR

JUAN MARÍA GUTIERREZ

---

Regalo de LA REPÚBLICA á sus suscritores

---

*M. Reyes.*

BUENOS AIRES

IMP., LIT. Y FUND. DE TIPOS A VAPOR DE J. A. BERNHEIM

130—Calle Moreno—130

1868





EL

# PRÍNCIPE-PERRO DE AGUAS

Cosas de España.

---

## DIÁLOGO

ENTRE EL AUTOR Y EL AMIGO FULANO

---

**EL AMIGO FULANO.** He leído vuestra travesurilla<sup>1</sup> bufona; un cuento de hechicerías, cosas manoseadas y viejas.

**EL AUTOR.** Me he conformado al gusto de nuestros días. En Francia solo lo viejo está á la moda y no agrada sinó el baturrillo y las cosas de antaño. Y si nó, ved lo que pasa con la libertad á quien todos rechazan porque su fé de bautismo solo le concede setenta y ocho años. Es una plebeya en concepto de aquellos que proceden del tiempo de Luis XIV ó de la época de las Cruzadas.

**EL AMIGO FULANO.** Por el amor de Dios! no hablemos de política.

**EL AUTOR.** Por el contrario, hablemos de política, sin embarazo y hasta hartarnos.

EL AMIGO FULANO. Querido amigo, yo soy aficionado á la música, y por decirlo todo en una palabra, soy francés. Pero, vá ya para veinte años que los que piensan como vos, nos cantan en todas las solfas las palabras finales del Don Juan: *Viva la libertà!* No podriais cambiar de ária?

EL AUTOR. Y para qué, si el público se inclina de nuevo á esa cancion antigua que con tanto gusto cantaban nuestros padres?

EL AMIGO FULANO. Qué público? No será por cierto el literario, porque éste no se aviene sinó con el arte por el arte, con las paradojas y los sistemas, y de todo esto no veo nada en vuestro manuscrito. Si ni siquiera atacais la existencia de Dios, cómo quereis que la crítica séria y elevada se ocupe de vuestro cuento narcótico?

EL AUTOR. No necesito de la crítica séria ni de sus invenciones que no son mas que platos griegos recalentados.

EL AMIGO FULANO. Y para quién entonces está escrito vuestro libro?

EL AUTOR. Para mis amigos desconocidos.

EL AMIGO FULANO. Y quiénes son esos ilustres anónimos?

EL AUTOR. Todos los que no han olvidado el final de *Don Juan*.

EL AMIGO FULANO. Creis que aun queden algunos?

EL AUTOR. No solo creo, sinó que tengo certeza de su existencia.

EL AMIGO FULANO. Y por qué no les dedicais vuestra obra maestra?

EL AUTOR. Es lo que he hecho.

EL AMIGO FULANO. No he visto semejante dedicatoria.

EL AUTOR. Dispensadme; la habeis leído, porque está toda ella comprendida en estas tres palabras del epígrafe: *Cosas de España*.

EL AMIGO FULANO. Os burlais de mí? He estado en España y entiendo lo que significan esas tres palabras, y sé tambien que allí asesinan á los estrangeros. Cuando les afeaba á los hidalgos la mala costumbre de embozarse en sus capas raidas y de pasear al sol como vagabundos en vez de solicitar un buen empleo ó un monopolio lucrativo, como es de usanza entre gentes civilizadas, me respondian con altivez: *Cosas de España*, lo que en buen francés quiere decir: *eso nos atañe, Vd. no lo entiende*. Qué sentido dais á este refran inoportuno?

EL AUTOR. El mismo que acabais de darle.

EL AMIGO FULANO. De manera que vuestro libro solo está destinado á los fanáticos de vuestra calaña, á esos maniáticos en quienes la libertad es idea fija y solo en ella piensan en vez de buscar fortuna?

EL AUTOR. Vos mismo lo habeis dicho, hombre sin preocupaciones.

EL AMIGO FULANO. Sois un caviloso; los franceses no aman la libertad.

EL AUTOR. *Cosas de España*.

EL AMIGO FULANO. Si hubiéseis leído nuestros modernos filósofos, sabríais que el clima, el temperamento, hasta el modo mismo de sazonar la comida, hace que la Francia mas sea un ejército que un pueblo.

EL AUTOR. *Cosas de España*.



# EL PRÍNCIPE-PERRO DE AGUAS

---

## CAPITULO PRIMERO

DE LA CONVENIENCIA DE TENER UNA MADRINA Y DEL PELIGRO  
DE TENER DOS

En el reino de los Papamoscas, el mas antiguo y glorioso de los Estados alumbrados por la luz del sol, hubo en otro tiempo un rey y una reina que despues de quince años de legítimo matrimonio, no habian logrado la felicidad de ser padres. La reina, que poseia un corazon verdaderamente maternal, no podia conformarse con semejante desdicha, y aunque el rey disimulaba sus sentimientos, no estaba menos aflijido que su esposa por igual razon: era al fin príncipe, y reflexionaba lo que vendria á ser su imperio y el mundo todo, el dia en que se éstinguiera por falta de sucesion la ilustre estirpe de los Tulipanes, que durante larga série de siglos habia gobernado con entrañas paternas al amable é inconstante pueblo de los Papamoscas.

El cielo, al cabo, tomó en séria consideracion semejante calamidad, y permitió que la reina se hiciera madre y diera á luz un varon á quien, segun el uso,

pusieron el nombre de Jacinto. Las salvas de cañon y los repiques de campanas dieron ruidosamente á saber la fausta noticia al pueblo Papamoscas. La embriaguéz de la alegría fué general y rayó en delirio. De todos los ángulos del reino acudieron, como enjambres de hormigas, las diputaciones, vestidas de trages negros y pertrechadas de largas arengas, que el rey escuchó con una paciencia admirable. Y razon tenia para mostrarse benévolo con los oradores, puesto que era el mas glorioso de los príncipes, á lo que se añadia la circunstancia de que una amiga de la casa, la Hada del dia, se habia dignado prestarse á ser la madrina del infante real. Qué no habia lugar á esperar con semejante proteccion ?

El dia de los oleos, desfiló la corte y el cabildo delante de la cuna en que dormia el príncipe recién nacido, velado por tres ayas nobles y custodiado por dos camereros mayores, vestidos de amarillo. Dirigióse en seguida la comitiva á un gran salon en donde estaba puesta una vasta mesa en forma de herradura, colmada de vasos de cristal, de frutas y de flores. Bajo un dosel carmesí coronado de plumas blancas, veíase al rey sentado con la diadema en las sienas, la reina á su izquierda y la Hada á su derecha. La banda de músicos del regimiento de guardias de corps tocó el himno nacional inmediatamente :

« O nobles hijos de los Papamoscas, siempre galantes, siempre vencedores. Vuestra imagen está grabada en todos los corazones, todos los lábios repiten vuestro nombre !

» Sin haber aprendido nunca nada, todo lo sabeis, artes y

ciencias : este es don de vuestro nacimiento, porque el cielo os ha hecho á todos marqueses.

« Ant<sup>e</sup> vosotros dobla el mundo la cabeza, y al mismo tiempo os concede la palma en la moda, en el buen gusto y en el arte culinario, etc., etc.

Por este estilo seguian cincuenta estrofas mas ; pero desgraciadamente la historia no nos ha conservado las restantes : contentémonos con las tres primeras. Sábese sí que á pesar del carácter impaciente que distingue al pueblo Papamoscas, escuchó sin mal humor la larga relacion lírica de sus virtudes, tras lo cual ciento y un cañonazos anunciaron que iba á comenzar el banquete.

Estaba el rey mas obsequioso y benévolo que de costumbre, mostrando afectuosamente los dientes á los convidados y cumplimentando á su amable vecina, la Hada del dia, cuando de repente, y en mengua de la etiqueta de palacio, una mano descomedida y audaz llamó por tres veces á la puerta del salon. Este ruido produjo un silencio sepulcral ; cada uno de los convidados se quedó mudo y petrificado, la reina empalideció desfallecida, y la Hada se tapó la cara con ambas manos.

— Camarero mayor, dijo el rey, qué ruido es ese ?

El camarero estaba en su puesto con su casacon color canario, la llave de oro colgada como reliquia, los brazos arqueados simétricamente, la sonrisa en los labios ; pero ni respondia ni se meneaba, porque una mano invisible le habia vuelto piedra.

Los tres golpes se repitieron con mayor fuerza.

— Capitan de guardia, dijo á voces el rey, prenda

V. inmediatamente al osado que se atreve á interrumpirnos.

Véase efectivamente al Capitan en su puesto, con el bigote retorcido, su aire de vencedor, sus treinta y seis cruces y su gran sable; pero no contestó nada y permaneció tan embarado como el Camarero Mayor.

Los tres golpes se repitieron con tanto estrépito que se estremeció el palacio desde el cimiento hasta la techumbre.

Levantóse el rey furioso, empujó bruscamente la puerta del salon y se encontró de manos á boca con una mujer corpulenta, de tez pálida, cabello negro y de aspecto siniestro y amenazador. Era la Hada de la noche. A la magestad de su aspecto y á la seriedad de su fisonomía daban realce el manto de crespon negro sembrado de estrellas azules que la cubria y una diadema de acero tachonada de diamantes en forma de media luna que resplandecia en su frente.

— Salve, príncipe de los Tulipanes, dijo la Hada con tono desdeñoso. Vuestra Magestad es cortés como nadie: adelantarse al encuentro de una desconocida para ser el primero en ofrecerla el brazo, es un rasgo de galantería á que no estaba acostumbrada.

Y sin hacer caso del rey entró bruscamente el Hada antes que él al salon.

— Hermosa fiesta, dijo, y digna de quien la costea; solo siento que la amistad de que disfruta mi hermana sea causa de que se me eche en olvido siendo yo mayor que ella. Pero no importa, tengo un corazon generoso y no me enfadaré por tan poca cosa. Dónde está el lindo infante? Yo tambien quiero hacerle un regalo.

Y, seguida del rey que bajó la cabeza, de la reina que temblaba como la hoja de un árbol, de la Hada del dia que callaba, la de la noche entró al aposento en que dormia el príncipe real.

Acercóse á la cuna, miró al niño que movia los dedos en aquel instante, y poniéndole la mano en la frente, dijo con solemne acento:

— Jacinto: te concedo el ingenio, la fortaleza y la hermosura.

— Ah! señora! exclamó el rey que recobró de improviso el uso de la palabra, cuán grande y magnánima sois! Cómo podré reparar mi ingratitud y mi olvido? Cómo manifestaros mi admiracion y reconocimiento?

— Rey de los Papamoscas, dijo la Hada sonriendo de una manera estraña, así es como yo sé vengarme. Adios.

— Os vais, señora, nos dejais? dijo la reina bañada en lágrimas. Despues de tamaños beneficios quedaremos con la pesadumbre mortal de sospechar que no nos habeis perdonado?

— La fiesta se hace en obsequio de mi hermana dijo secamente la Hada, y tengo escrúpulo de turbar su alegría. Adios.

Por mas dificultades que opuso, no pudo evitar que el rey y la reina la besáran la mano y ambos la acompañaron hasta el descanso de la principal escalera á cuyo pié la esperaba un carro tirado por mochuelos y buhos.

Cuando hubo desaparecido en los inmensos espacios del vacío, el rey se arrojó en brazos de su consorte y la estrechó conmovido contra su pecho.

— Qué fortuna, qué gloria para mi hijo! exclamó. El talento y la fuerza! El mundo será suyo. A quienes no seduzca, destruirá. Leon y zorro á la vez será el mas profundo político de nuestra imperecedera dinastía. Pueblo feliz de los Papamoscas, prepara vuestras bolsas y vuestros hijos, que la gloria de vuestro príncipe eclipsará la de los Alejandro y los Césares.

— Y yo, dijo la reina, cuento con que la belleza le grangeará el afecto de todos los corazones: las mugeres serán siempre de su partido, todas le amarán. Qué cosa hay en este mundo mas honrosa y satisfactoria que ser generalmente amado?

Mientras conversaban los reales consortes en los términos que quedan espresados, advirtieron que la Hada del dia se habia quedado afuera y corrieron ambos hácia la cuna del recién nacido. No era prudente desagradar á una de las hermanas para contentar á la otra, como ya lo tenian experimentado.

Inclinada la Hada del dia sobre la cuna del infante, mirábale con ternura de verdadera madre. Parecia inquieta y fruncia las cejas, como si viera entre vislumbres la sombra de un enemigo con quien no se atreviese á luchar. La reina ni el rey se atrevian á articular una palabra, cuando repentinamente se enderezó y moviendo la varilla mágica describió tres círculos en torno de la cuna régia.

— Jacinto, dijo la Hada con voz balbuciente, para que no seas víctima de los lazos que te tiende mi hermana, quiero que desde la edad de diez y seis años, en el dia y á la hora que me parezca mas oportuno...

— Deteneos, señora, deteneos, exclamó el rey; mi

hijo tiene todas las perfecciones, no le deseéis mas nada, os lo pido encarecidamente.

— Quiero, continuó la Hada en tono firme y decidido, que desde los diez y seis años adelante, en el año, dia y hora que se me antoje elegir, te transformes en Perro de aguas.

— Mi hijo transformado en cuadrúpedo, en perro de aguas! exclamó desesperada la reina. Señora, por el amor de Dios, revocad esa fatal sentencia si no queréis matarme de pesadumbre.

— Sí, dijo la Hada con acento mesurado y lúgubre, no hay remedio. Hasta que Jacinto no conozca la perfidia de mi hermana, tomará la figura de perro de aguas cuanta vez lo crea yo conveniente y lo mande; y tened entendido que si cometeis la imprudencia de comunicar este secreto al niño, moriria infaliblemente dos horas despues, y vosotros le seguireis al sepulcro. Dia vendrá en que Jacinto me dé gracias por el beneficio que me dispongo á hacerle.

Dijo así la Hada y desapareció, sin que ni el rey ni la reina se empeñáran en detenerla. El príncipe de los Tulipanes estaba fuera de sí.

— Si este es el obsequio de una madrina, librenos el Cielo de nuestros amigos y conceda largos años á los que nos quieren mal! Siempre sospeché que para nosotros los soberanos la noche era mas propicia que el dia, y ahora la sospecha es un convencimiento. Maldita sea la tal Hada . . .

— Callaos, señor, díjole la reina en voz baja; si nos llegára á oir, cuán terrible no fuera su venganza? Resignémonos; de aquí á quince años se le pasará la

cólera y talvez logremos hacerla desistir de las amenazas de hoy.

Y al decir: « resignémonos », la pobre madre lloraba á cántaros, arrullaba al chico en los brazos y lo abrazaba con ternura; pero el corazón le latía con el sobresalto de oír ladrar á Jacinto cada vez que abría la boquita aunque fuese para bostezar.

Para que la desolación de la pobre madre llegára á su colmo, veíase precisada á presidir el banquete y mostrar á los convidados un semblante complacido y afable. El destino del príncipe real era un secreto de Estado que nadie debía penetrar, porque de este misterio dependía la estabilidad del trono de los Papamoscas. Los pueblos obedecen dóciles á los feroces leones, á los lobos carnívoros, pero cuál sería aquel tan bajo y pusilánime que se prestára á obedecer á un perro que no se come á nadie, y sobre todo á un vil perro de aguas amigo de los ciegos y de los pordioseros? Ceder á la fuerza es conformarse con la tradición y presentarse como gente decente; ceder á la bondad desarmada no se vió jamás, y era por lo tanto necesario apartar de la idea del pueblo Papamoscas hasta la sospecha de una humillación semejante.

---

## CAPITULO II

### INFANCIA DE JACINTO

Habian transcurrido quince años desde esta memorable aventura, quince años equivalentes á otros tantos siglos para un pueblo que ignora hoy lo que mañana hará, y olvida al dia siguiente lo que hizo en el anterior, cuando despues de un reinado no menos glorioso que el de sus predecesores, pasó á reunirse con sus abuelos en el sepulcro el rey de los Tulipanes, falleciendo el mismo dia en que Jacinto cumplia diez años de edad. Segun las leyes del país, correspondia la regencia á la reina, y la tomó. Bastáronle pocos años de gobierno para que se granjeára, si hemos de dar crédito á *la verdad oficial*, diario de la corte, tanta nombradía y merecimiento como Semíramis, Zenobia, Blanca de Castilla ó santa Isabel, pues habia manejado con no menos firmeza que estas memorables reinas el timon del Estado. Pero si nos fuera posible referir lo cierto, siquiera al oido, diríamos que los Papamoscas no estaban contentos, y con razon. La reina tenia todas las flaquezas de una muger, sin que pudiera disimularlas con el brillo de algunas de aquellas cualidades que hacen el orgullo y el contento de una gran nacion.

La pobre reina era económica, pacífica, gobernaba su pueblo como una madre hacendosa maneja su casa y su despensa. Vivía en paz con todos sus vecinos, sin amenazar á ninguno de ellos, fuese débil ó poderoso : dejaba que cada viviente plantára sus coles y sus lechugas, hilára su lana, comprase, vendiera, oyese ó no misa, y hablára y procediese como mejor le cuadrára : en fin, por una bendición del cielo de que aquel gobierno no era merecedor, cada año resultaba un sobrante en el tesoro público, que se aplicaba prosáicamente á pagar los créditos del Estado y á minorar las contribuciones. Podrá admirarse nadie de que semejante régimen político irritase al cabo al generoso pueblo Papatoscas ? A este noble y fogoso bridon no se le complace sino con el redoble de los tambores, el éco de las trompetas, el fragor del combate, el polvo de los circos, el rumor y el esplendor de los espectáculos, y con los caprichos de la suerte en el juego de la lotería : no está habituado á vivir servilmente de su trabajo como un caballo de tiro ó un buey diestro en abrir surcos con el arado. Por fortuna, ahí estaba Jacinto bien á mano ; Jacinto, ídolo del pueblo y esperanza de la corte !

La Hada de la noche habia cumplido para con él todas sus promesas, pues reunía en sí la belleza y gallardía de Apolo y la fuerza de Hércules. En su infancia ya demostraba lo que habia de llegar á ser con el tiempo. Contaba apenas diez años y ya habia arrojado por la ventana á dos de sus maestros. Fué necesario darle por preceptor á un abate bajito, tuerto, cojo y jorobado, cuyas lecciones debían limitarse á demostrar al príncipe que nada hay bueno en la tierra y que el

hombre de talento es aquel que nada admira y que siente lástima despreciativa por la miserable humanidad. — Gracias á esta sólida educacion, á la edad de quince años ya no conocia Jacinto ni timidéz ni escrúpulos, á tal grado que en los salones de la corte se las habia con los mas desfachatados, con el aplomo de un filósofo y la desenvoltura de un príncipe que sabe que no hay cosa vedada para él. Hablaba con los abogados de batallas, de justicia con los banqueros, de religion con los médicos, de economía con los palaciegos, de cuadros y pinturas con las señoras, con aire tan formal é irónico al mismo tiempo que desarmaba á los mas audaces y serenos. De esta manera cualquiera que no fuera Jacinto se habria dado á aborrecer; pero él era el ahijado de las Hadas, y por medio de sus madrinas conquistaba el afecto de todos los corazones. Y por otra parte, tenia tan delgado el talle, tan ágil el cuerpo, el pié tan chico y alto de empeine, los dedos de la mano tan finos, la mirada tan blanda y atrevida á la vez, que todas las mugeres le proclamaban el príncipe mas seductor de la tierra. Como es bien sabido, en el país de los Papamoscas lo que la muger quiere Dios lo quiere, y lo que la muger vé tambien se lo hace ver á su marido, y esta era la causa por que Jacinto, que se burlaba de su pueblo, fuera idolatrado por ese mismo pueblo.

En la dinastía de los Tulipanes comienza la mayoria de los príncipes al cumplir los diez y seis años, y es claro que se contaban con ansiedad los dias y las horas que tardaba tan suspirado acontecimiento. La impaciencia creció tanto mas cuanto que se declaró en

**la reina una manía que acabó con dar al traste con el poco respeto que aun le conservaban sus súbditos. Había comprado á precio subido una jauria de perros de todo tamaño y pelo y los habia aposentado en las alcobas reales. Los preciados de discretos se burlaban sin caridad de aquella estravagante aficion y los mas indulgentes se contentaban con encojerse de hombros diciendo en voz baja que las señoras viejas se enamoran de los cuadrúpedos á falta de otra especie de animales. Un filósofo jóven que se devanaba los sesos ideando un sistema, tomó la ocasion por los cabellos y compaginó un abultado libro sobre aquella materia que le proporcionaba medios para esplicarlo todo sin mas gasto que el de una sola idea. Con el auxilio de la anatomía, de la fisiología y de la biología, demostró con métodos y racionios matemáticos que la gratitud es signo que distingue á las razas inferiores y un vicio que se corrige á medida que se asciende en la escala de la animalidad. El perro no se fija en las arrugas de la cara para lamer agradecido la mano descarnada que le dá de comer, mientras que la muger no es tan fiel como el perro, los hombres son mas egoistas que los individuos del bello sexo, y los príncipes mas que los hombres olvidadizos de los beneficios recibidos; prueba evidente de que la verdadera superioridad nuestra sobre los demás animales, consiste en la ingratitud. Aquel libro escrito con un estilo provocante que le dió gran voga, duró sin embargo lo que duran los sistemas y las rosas: á los ocho dias ya nadie hablaba de él.**

Mientras que la multitud nécia é inconstante se entretenía en esparcir rumores sediciosos, la reina daba

cabo á un gran propósito político : trataba de minorar en lo posible las consecuencias próximas de una amenaza cuyo recuerdo la perseguía como una sombra siniestra. A fuer de reina y de madre, aspiraba á que si su hijo estaba fatalmente condenado á convertirse en perro de aguas, fuese al menos rey de la raza canina y tuviera á su servicio y custodia camareros y lacayos.

Dos robustos mastines guardaban la puerta principal de las habitaciones de Jacinto y fruncian el hocico y gruñían á las personas que no eran de casa ; cuatro lebreles ágiles, airoso, con ojos y cabeza de víboras, estaban de servicio en la antecámara ; dos pequeños y agraciados falderos con collar de oro, en la sala principal de recibo ; y en el gabinete del príncipe tenia su morada un perro de raza particular, muy hábil, que jugaba al dominó.

Estos arreglos de palacio eran debidos á la admirable prudencia con que disponia todo la reina en prevision de la crisis que esperaba de un momento á otro llena de sobresalto.

---

## CAPITULO III

### DE LA ARITMÉTICA POLÍTICA ENTRE LOS PAPAMOSCAS

Llegó por fin la hora solemne en que Jacinto fué proclamado rey por la vocería de la multitud enagenada de contento. Nada faltó en tan augusta ceremonia: hubo música á cañonazos y discursos á tijeretazos (1). Coronaron con rosas inmaculadas á treinta doncellas á quienes proporcionaron dote y maridos, levantaron veinte mástiles de cucaña, se estrajeron cincuenta loterías y desencadenaron sobre la superficie de todas las plazas públicas cuanto instrumento ruidoso hallaron á mano, como serpentones, trompetas, timbales, tambores, tamboras y chinescos, con gran satisfaccion del público, pues siempre fueron los Papamoscas aficionados á bataholas.

Era la reina demasiado tímida de carácter para tomar parte en esta alegría popular. El dia mismo de la coronacion, quiso que Jacinto comenzára á ensayarse en su real oficio y mandóle que reuniese y presidiese el Consejo de Estado.

(1) Equivale á *plagiados*, en virtud de una *metáfora* bien conocida de los redactores de periódicos.

No hay quien ignore que el pueblo Papamoscas, educado desde muchos siglos atrás en los principios de la escolástica pura, mira á la esperiencia con el mas profundo desprecio y solo dá crédito á las matemáticas, á la metafísica, á la lógica y á la retórica, y sus legisladores le han brindado el gusto tomando de la psicología las formas de su régimen gubernativo. Así como existen en el alma humana tres fuerzas diversas y constitutivas, á saber, el pensamiento, el raciocinio y la accion, del mismo modo hay entre los Papamoscas tres ministros principales y otros tantos ministros que nada tiene que ver uno con los otros. El primero gobierna sin pedir consejo á nadie, el segundo habla y no hace nada, el tercero dá consejos que nadie escucha. Con esta division de poderes se satisface la razon pura, se respeta la lógica, se luce ufana la metafísica, y nada hay que trabe la accion incesante de una autoridad paternal.

Al entrar el príncipe á la sala, ya halló en ella á los ministros encargados de perfeccionar su educacion. Aquellos tres eminentes hombres de Estado que han dejado eterna nombradía en los anales de los Papamoscas, eran el Conde Metomentodo, el Baron Geronte Plañideras y el Caballero Cojuelo, honra en otro tiempo del foro y de diez años á aquella parte lumbrera de la tribuna parlamentaria y abogado del Gobierno.

Metomentodo era bajito, acartonado, una ardilla con fiebre que no conocia la necesidad de divertirse, de descansar ni de dormir. Nunca se le vió ni reir ni llorar : su única ocupacion desde por la mañana hasta la noche y desde la noche hasta por la mañana se re-

ducía á firmar, firmar, firmar. Escribía con la mano derecha y al mismo tiempo movía con la izquierda la campanilla, despachando orden tras orden, instrucciones sobre instrucciones, nombramiento tras nombramiento, oficio tras oficio y correos unos en pos de otros. A primera vista parecía que sobre aquellas espaldas descansaba esta máquina redonda en que vivimos y que la bola daría al traste en el desgraciado momento en que el hombrecito dejara de echar rúbricas.

El baron Geronte Plañideras era un anciano alto de estatura, flaco y calvo, de nariz larga y de barba no mas corta, pues no se veía donde acababa. Usaba grandes y redondos espejuelos verdes que le daban el aire de un buho, sorbía cada cinco minutos una narigada de rapé y no podía pronunciar una palabra sin lanzar un suspiro. Era todo un hombre prudente; nada pensaba, nada decía, no hacía nada que no hubiera sido pensado ó hecho mucho antes que él naciera. Todo lo sabía y sobre cosa ninguna dudaba. No era pues extraño que cayeran como aguacero sobre aquella cabeza infalible los empleos y los honores, á mas de que los Papamoscas le tenían por el mas firme pilar del Estado.

El abogado Cojuelo era un buen camarada alegre y festivo que rebosaba en salud, anunciando con su fisonomía rosagante, sus ojos traviesos, su nariz gorda y arremangada, sus labios gruesos y su triple papada, que era un mortal feliz y poco dispuesto á matarse por el bien público. Puesto en pié con los brazos cruzados, la cabeza erguida y la mirada impávida, parecía un luchador descansando.

Por indicacion del príncipe tomaron asiento los ministros en torno de la mesa y comenzó el consejo. Metomentodo se eclipsaba tras un cerro de mamotretos y legajos; el baron Plañideras tenía una gran cartera vacía sobre las rodillas, y Cojuelo desembarazado de todo objeto que pudiera molestarle, cruzó las piernas, envainó ambas manos en los bolsillos, se repanchigó en la poltrona y se echó á seguir con ojos distraidos y complacidos el vuelo de las moscas.

— Sir, dijo el conde de Metomentodo, una costumbre inmemorial exige que el rey de los Papamoscas inaugure su reinado ejerciendo la mas gloriosa de sus prerogativas que consiste en el derecho de gracia. Esta es una lista de algunos criminales de poca monta, como ladrones, falsarios, asesinos, en cuya libertad nos interesamos para con Vuestra Magestad.

— Me engañan mis oidos? dijo Jacinto; colocáis el asesinato entre los delitos por causa leve! cuáles son entonces los criminales famosos?

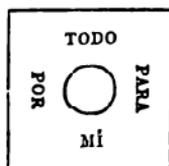
— Los criminales famosos, dijo el baron Plañideras, son aquellos espíritus perversos que abusan de su depravado talento atacando á la religion, al Estado, al príncipe y sus ministros. Un asesino no causa mas que una víctima, mientras que el panfletista inficiona á una generacion.

— Muy bien, dijo el príncipe, confío en vuestra experiencia y firmaré.

— Sir, continuó Metomentodo, tambien es uso que Vuestra Magestad selle de propia mano este primer acto de su gobierno, para que conste de una manera palpable que el derecho de disponer y ordenar solo

incumbe al príncipe. El lacre arde y aquí está el sello.

Cuando Jacinto hubo impreso el sello sobre la cera derretida, miró la imagen impresa en ella y vió que era la siguiente :



— Qué significa esto ?

— Sir, respondió Metomentodo, son las armas reales, el augusto emblema de la casa de los Tulipanes. Estas cuatro palabras cabalísticas se leen de diferente manera y siempre espresan la preeminencia de las prerogativas que pertenecen al príncipe. *Todo para mí, para mí todo, todo por mí*, es la divisa de la monarquía.

— Y qué significa el anillo colocado en medio de las cuatro palabras ?

— Sir, ese anillo no es un anillo, es la imagen simbólica de vuestra sacra real persona — es un cero.

— Un cero ! dijo Jacinto frunciendo el ceño. Por qué se ha elegido el cero para hacer mi personería ?

— Porque Vuestra Magestad es la única persona en sus dominios que no está numerada, respondió Metomentodo. Vuestra Magestad no ignora que cada Papatmoscas recibe al nacer un número que nunca se le despega y le acompaña hasta la sepultura.

— Admirable invencion, continuó el Ministro entrando en calor, que introduce el orden en el seno del caos, coloca bajo la ley de la cantidad representada

por cifras, á la infinita variedad de esos millares de criaturas desiguales en sexo, en edad, en carácter, en facultades intelectuales, que hormiguen en toda nacion de primer órden. Esta invencion reduce el arte de gobernar, á una sencilla aritmética, como puede verlo Su Magestad con sus propios ojos. Este es, por ejemplo, mi título de ciudadano, ó mi número por hablar con las palabras de la ley.

Y diciendo así, sacó Metomentodo, del revés de la manga, una piececita de paño prendida con un par de botones, que contenia los siguientes números bordados con seda.

625, 5<sup>2</sup>29, 3<sup>4</sup>56

“ Podria decirse, continuó, ni con mas claridad, ni tan breve, ni con mayor energía que la, que emplean estas cifras, que yo me llamo el conde de Metomentodo, que nací en el lugar llamado antiguamente Foconville, el 18 de Enero (estilo en desuso) del año del mundo 7810, que soy viudo con un hijo, propietario rico y empleado público de primera categoría?

—Y todo eso dicen esas nueve cifras? preguntó Jacinto admirado y complacido.

—Dígnese Vuestra Magestad escucharme unos cuantos minutos y le daré á conocer la combinacion mas ingeniosa entre cuantas pudo inventar jamás el pueblo mas espiritual de la tierra.

—Antiguamente, Sir, bajo el reinado de vuestro bisabuelo, el pais de los Papamoscas se hallaba malamente subdividido en provincias, cantones, ciudades,

aldeas, cada una de las cuales tenia un nombre propio y por consiguiente diversos entre sí. El año se dividía en meses, los meses en semanas y las semanas en días: estos meses y estos días tenían sus nombres particulares, de manera que esta variedad ilimitada producía una perpétua confusión, que se agravaba con la asinación de recuerdos históricos, formando tal caudal de obstáculos y de embarazos deplorables, que se hacía imposible la uniformidad administrativa. Nuestros padres que poseían el espíritu geométrico, destruyeron la obra del pasado, y si no lograron alcanzar á la apetecida unidad que aun buscamos sin encontrarla completa, al menos redujeron á cifras y de un mismo golpe la geografía, el almanaque y el registro cívico. Este uno de los descubrimientos que el mundo nos envidia y que nadie se atreve á imitar.

“ Todo Papamoscas, en el acto de pagar su contribucion anual, recibe una cinta con nueve cifras bordadas que debe llevar constantemente atada al brazo izquierdo, so pena de multa y prision. Las tres primeras de estas cifras espresan el *espacio*, las tres siguientes el *tiempo*, las últimas la *personalidad*. Preste Vuestra Magestad atencion á mis tres primeras cifras, y verá cómo los signos 6, 2, 5, dicen claramente que nací en la 6<sup>a</sup> provincia, canton 2<sup>o</sup>, comuna 5<sup>a</sup>, es decir, en el lugar llamado antiguamente Foconville, como lo notan los diccionarios. Las cifras que siguen, 5<sup>2</sup> . . .

— Qué significa 5<sup>2</sup>? preguntóle Jacinto.

— Sir, es el modo como nosotros escribimos diez. Contamos hasta nueve para que no resulte mas que una cifra en cada columna, pues todas espresan he-

chos; por otra parte seria crimen usar el cero que es la cifra régia. Por los números 5<sup>2</sup>, 2, 9<sup>6</sup>, veria hasta un ciego que en el año décimo del siglo, en la segunda novena, (así llamamos á nuestra semana regenerada) y en el dia nono de la misma, fué inscripto en sexto lugar en el registro cívico.

“ El número 3<sup>1</sup>56 indica el rango que me pertenece en la familia y en la sociedad. El número 3<sup>1</sup> no deja duda de que soy de estado viudo y padre de un hijo. El 5 que le sigue indica que pertenezco á la quinta clase que es la de los propietarios de primer orden. Llevan el número 1 los proletarios, el 2 los que pagan capitazacion, el 3 los patentados, el 4 los propietarios de poco mas ó menos; y por último la cifra 6 dá á saber que hago parte de la sesta clase que es la de los altos funcionarios. Los paisanos tienen el número 1, los obreros el 2, los mercaderes y fabricantes el 3, los soldados el 4, los empleados y gendarmes el 5. Todo esto, como vé Vuestra Magestad, no puede ser mas sencillo.

— Demasiado sencillo, dijo suspirando el baron Plañideras: en tiempo antiguo era mejor.

Metomentodo replicó encojiéndose de hombros, y dirigiéndose al príncipe, continuó:

— Seria impropio que haciendo estas demostraciones ante Vuestra Magestad, cuyo perspicaz talento es notorio, entrase á señalar las innumerables ventajas que trae consigo tan admirable simplicacion. Si quiere un jóven contraer matrimonio, no necesita presentar certificados para hacer constar cual es su posicion social y qué bienes posee, porque su número lo dice

todo. Si intenta una coqueta ocultar su verdadera edad, si un fallido intrigante quiere hacer uso de un crédito que no merece, si un plebeyo se dá tono de bien nacido, con una palabra se les hace entrar en vereda; basta con decirles: á ver vuestro número? y puesto que el bello ideal, el objeto y fin de todo gobierno es regir y disciplinar á los pueblos á modo de ejércitos, qué sistema mas adecuado que aquel que enrola, cataloga y rotula? No es este el triunfo de la uniformidad?

Confio en que no nos quedaremos á medio camino y en que Vuestra Magestad ilustrará su reinado llevándolo hasta su perfeccion. Para qué sirven los nombres propios que embarazan la administracion? Esas distinciones anticuadas no cuadran con la igualdad. Con qué derecho se apellida este individuo “de las Rosas,” y aquel „del Cerezo” verbi-gracia, mientras otros se llaman modesta y sencillamente Manzano, Cordero ó Piedra? Hay nada como decir: soy 734, 926, 2<sup>3</sup>45;

Mi mujer es 321, 9<sup>2</sup>58, 2<sup>3</sup>45;

Y mi hijo primojénito 734, 7<sup>5</sup>42, 133.

No indican á primera vista las dos últimas cifras, la condicion del individuo? 33 es el fabricante patentado, 45 el empleado de mediana fortuna, 56 el alto funcionario. No veo que pueda haber nada mas ingenioso ni mas claro que esto. La geografia, la cronologia, la biografia, la estadística, las finanzas, todo se reasume en una sencilla espresion por medio de esta maravillosa aritmética, que es por último, la unidad en la ciencia y en el Estado.

Ahora comprenderá mejor Vuestra Magestad, por

qué razon el cero es el emblema de los Reyes. Colocada la Corona mas arriba del espacio y del tiempo, es imperecedera. El que ciñe una Corona no conoce familia, porque no tiene mas hijos que sus súbditos, ni tiene peculio propio porque es suya la fortuna de todos sus hijos, quienes se dan por muy bien servidos y quedan muy anchos poniendo á los piés de padre tan generoso, sus haberes, sus brazos y la existencia.

La Corona es todo, y bajo este aspecto tambien es el cero su emblema mas exacto, pues el valor que este representa es el único que no puede aumentarse ni disminuirse.

— Eso que decís es sumamente ingenioso, dijo Jacinto, y ahora comienzo á comprender todo el alcance del adagio vulgar que nos aconseja, para conservar-nos sanos y salvos, — “ cuidar del número uno ”, es decir, de la persona y de la bolsa.

---

## CAPÍTULO IV

### INICIACION DE JACINTO EN EL DIFÍCIL ARTE DE REINAR

“ Ahora suplico á Vuestra Magestad se sirva consagrarse, continuó Metomentodo, revolviendo los mamotretos, al despacho de los negocios. Es una felicidad para la Nacion el que la cordura de Vuestra Magestad le aparte desde la edad juvenil del bullicio de las fiestas y de las tentaciones de los placeres, porque la administracion no dá esperas. Desde la madrugada he estado ocupado en estender cien nombramientos que es urgente firmar.

— Cien empleos vacantes en seis horas? dijo Jacinto con muestras de admiracion.

— Sí, señor, contestó Metomentodo sin dejar de echar rúbricas. Segun resulta de los últimos datos estadísticos, tenemos 385,657 funcionarios á sueldo, 15,212 supernumerarios y 12,525 meritorios supernumerarios, sumando un total de 413,394 beneméritos que se sacrifican por el bien del Estado. Tomando cinco años como término medio en la escala de los ascensos, nos dá un total de 82678,80 nombramientos anuales, ó de 6889,90 mensuales, ó de 229,90 diarios.

— Es un ejército completo, dijo Jacinto.

— Ay, Sir! dijo el baron Plañideras alzando los ojos al cielo, son bien pocos. Este pueblo descreido es tan haragan, tan intratable y tan malicioso, que para hacerle andar derecho seria necesario dos corchetes para cada habitante, el uno para obligarle á trabajar y el otro para forzarle á que se callára la boca. Ya lo lograremos algun dia! Quiera el cielo que no sea tarde y que para entonces la revolucion . . . . Suspiró, abrió la caja de rapé, tomó su narigada y miró á Jacinto con enternecimiento.

— Sir, continuó Metomentodo, me ocurre que el advenimiento de Vuestra Magestad al trono de sus mayores, debe señalarse con alguna de esas famosas medidas que immortalizan á los príncipes y permanecen indelebles en la memoria de los pueblos. Me asiste la persuacion de que Vuestra Magestad cifra su noble ambicion en hacer la felicidad de sus súbditos y consignar su nombre en la historia.

— Me habeis comprendido, dijo Jacinto lisonjeado con este relamido exordio.

— Sir, continuó Metomentodo, vuestros mayores fundaron un imperio tan admirable por la solidéz de sus bases como por la estension de sus límites; pero nada hay hecho cuando aun queda algo por hacer. Es verdad que actualmente ya es nuestro en cuerpo y alma todo Papamoscas, puesto que es de nuestra incumbencia inscribirlo al nacer, reclutarlo por medio de la conscripcion, guiarlo, corregirlo, imponerle penas, administrarlo, vacunarlo, casarlo, señalarle su tanto de contribucion, decorarlo y enterrarlo; pero entre su

nacimiento y muerte, cuántas veces se nos escapa de las uñas! Cuántos vacíos tenemos que llenar!

— Oh amigo mio! exclamó el baron Plañideras ahogado en sollozos, que Dios os guarde y bendiga vuestra obra; pero antes de todo, subordinad á esa ralea revolucionaria, quitadle los medios de hacer mal y no le dejéis mas que la libertad de proceder bien.

— Aquí traigo algunos cortos proyectos de ley que abonarán los nobles deseos de mi virtuoso amigo, dijo Metomentodo.

Y leyó lo siguiente:

**Inspeccion universal de los Jóvenes Papamoscas de uno á diez años de edad.**

Jacinto por la gracia de la Suerte y la proteccion de las Hadas, rey de los Papamoscas, principe de Bobalicon y duque de la Ventolina, etc., etc., á todos cuantos la presente vieren, salud, etc., etc.

Considerando que el Estado no ha sido formado para el ciudadano, sino el ciudadano para el Estado, por la razon de Pero-Grullo, vulgarizada por Aristóteles en su tiempo, de que el todo es mayor que la parte y que teóricamente aquel existe antes que esta última;

Considerando que los padres y madres de familia son funcionarios encargados de fabricar por cuenta del Estado los futuros contribuyentes, los súbditos y conscriptos venideros;

Considerando que el Estado no solo tiene el derecho sino tambien el deber de evitar que estos productos fabriles no se adulteren ni deterioren por causa de una inadecuada alimentacion, de donde resulta para todo gobierno bien intencionado la obligacion de vigilar sobre los niños que un dia han de llegar á constituir la fuerza y la riqueza del pais;

En virtud de nuestra ciencia cierta, pleno poderío y autoridad real, mandamos y ordenamos :

Art. 1º — Créanse un inspector y una inspectora para cada uno de los Cantones del Estado, ó sean 66,666 inspectores de segundo grado de ambos sexos para los 33,333 Cantones de nuestra jurisdiccion.

Art. 2º — Créanse 3,000 inspectores é inspectoras de primer grado para inspeccionar los 66,666 inspectores de segundo grado.

Art. 3º — Créanse 300 inspectores generales para inspeccionar los 3,000 inspectores de primer grado.

Art. 4º — Cada inspector y cada inspectora de segundo grado revisará mensualmente á todos los niños y niñas de su Canton. Tendrá á raya á los padres, madres, ayas y nodrizas, para que ejecuten al pié de la letra, so pena de multa y arresto, los reglamentos que establezcan el modo cómo ha de darse de mamar, alimentar, dar de beber, acostar, levantar, lavar la cara, peinar, afeitillar, vestir, desnudar, descalzar, divertir y pasear á los tierros ciudadanos y ciudadanas en pimpollo. Les sujetarán al exámen mas riguroso y tomarán nota del estado de los dientes, aspecto del semblante, color del cútis, largo y calidad del cabello y limpieza de las uñas ; uno á uno les pesarán en la balanza reglamentaria para ver si aumentan ó disminuyen en carnes ; y por último, contestarán exactamente y por escrito á las ciento veinticinco preguntas contenidas en el cuadro estadístico adjunto á la presente ordenanza.

Art. 5º — Los informes mensuales se pasarán sin mas demora que la de ocho dias, al inspector en primer grado, quien agregará sus observaciones y dirigirá el todo al inspector general, quien de su parte y á su vez cónsignará el resultado de su experiencia y dirigirá el todo al ministro ; hecho lo cual, se depositarán todos estos informes con legajos numerados y con prolijas carátulas y extractos del contenido, en los archivos del Estado para que sirvan de moralidad y de ejemplo á las futuras generaciones.

Dado en nuestro palacio de las Violetas, y en nuestra amada villa de Miel-sobre-buñuelos, el dia. . . . , etc.

— Segun eso, estais en la persuacion, dijo modestamente Jacinto, de que las madres no aman bastante á sus hijos para interesarse en criarlos y educarlos bien ?

— No quiera Dios que yo profiriese semejante blasfemia! exclamó Metomentodo. El corazon de la madre es un tesoro, el instinto materno el mas sublime de los instintos; la monta está en subordinarle á una direccion discretamente política. A cualquier precio, es urgente apartar de nosotros ese azote de las monarquías, esa epidemia que se llama individualismo. Si dejamos que las familias, cada cual á su modo, eduque nuestros futuros subordinados, si entregamos al capricho materno ó paterno la flor de nuestro poder, daremos al traste con la uniformidad, y se reducirán á escombros los cimientos del Estado. Y cómo podria gobernarse á un pueblo de tantos colores como el vestido de Arlequin! Por el contrario, siguiendo los sólidos preceptos de Licurgo, de Platon, de Tomas Morus, de Fenelon, llegarán nuestros súbditos á asemejarse tanto entre sí que no se distinguirán uno de otro. Tendrán el mismo traje, el mismo sombrero, igual docilidad, la misma obediencia, y para entonces no se dirá la nacion, sinó el regimiento de los Papamoscas. Qué ideal!

— Querido cólega, dijo Plañideras, observo que no hablais mas que del cuerpo; y qué haríais para uniformar las almas? — Pensad en ello, no olvideis que el talento es satánico y que en él se anida la revolucion.

— Querido baron, respondió Metomentodo con tono relamido y aire estirado, sois flaco de memoria. Olvidais que la enseñanza nos pertenece? Gracias á una

policía admirable, no hay jóven Papamoscas que no reciba de nuestras manos el pasto intelectual, cuidadosamente depurado de todo fermento revolucionario. Tenemos una moral, una filosofía, una historia, una verdad oficial, y todo ese tierno pueblo piensa con nuestras propias ideas: ni cómo podría escaparse de esta atmósfera tibia que le formamos en torno suyo?

— No obstante, dijo Plañideras, esos infantes que educáis se vuelven con el tiempo potros que corcovean bajo la espuela y que se llevan por delante á los que les domesticaron.

— La culpa la tienen la corrupcion del mundo y la falta de centralizacion, contestó Metomentodo; mas para esa plaga conozco un remedio, y vamos á aplicarlo sin pérdida de momento. Escuchad y juzgad:

**Nuevo proyecto de ley sobre la policia de los diarios  
y de las obras impresas.**

Jacinto por la gracia, etc., etc.

• Considerando que la posesion de la verdad es el supremo bien del hombre y elemento indispensable de sus virtudes y felicidad;

Considerando que es deber de los principes abrevar su rebaño en esta fuente cristalina apartándole de los senderos cenagosos del error;

Considerando que si en la cuna de la civilizacion, cuando no era conocida la verdad, fué talvéz disculpable dejar que el hombre la buscase de su cuenta y riesgo, no lo es así hoy que ha sido descubierta la verdad absoluta, pues semejante autorizacion solo importaria un privilegio para estraviarse y estraviar á los demás;

Que al gobierno, siempre infalible, es á quien corresponde dispensar la verdad de que solo él está en posesion ;

Considerando, por último, que la verdad es una y el error múltiple, que la verdad une á los hombres y el error los divide, y que por consiguiente es discreto y político establecer una perfecta uniformidad especialmente en el dominio de las ideas ;

En virtud de nuestra ciencia infusa y poder pleno, mandamos y ordenamos :

Art. 1º — No se publicará en el Estado mas que un solo periódico que tendrá por titulo : *La Verdad Oficial*.

Art. 2º — Todo contribuyente está en la obligacion de suscribirse á dicho periódico y de saborearse diariamente y nutrirse con sus editoriales, al almuerzo y al medio dia.

Art. 3º — A fin de hacer efectivo el progreso de los lectores en el conocimiento de la verdad oficial y de averiguar si realmente se conforman á ella, créanse 33,333 inspectores en los 33,333 Cantones en que el Estado está subdividido.

— Adelante, adelante, dijo Jacinto bostezando : ya conozco vuestra escala de inspectores.

— Ingenioso sistema, exclamó el baron Plañideras, pero que nos deja aun muy atrás de la admirable policía japonesa. Allí sí que la ley, prevenida contra la innata malicia humana, hace que cada individuo sea centinela, testigo y juez á la vez, de su vecino. La inspeccion de cada uno por todos y *vice-versa*, es el ideal del gobierno unitario : le conseguiremos algun dia ?

— Continúo, dijo secamente Metomentodo.

Art. 4º — A expensas y cuidado del Estado se creará una *Biblioteca oficial* que contenga las obras maestras del ingenio humano, esmeradamente revistas, corregidas y expurgadas. Estas ediciones sin tacha serán las únicas que puedan circular en

el imperio, y las anteriores á ella se esportarán al estrangero ó serán quemadas dentro del perentorio plazo de un año, só pena de multa y confiscacion.

— Estimado cólega, dijo el baron interrumpiéndole la lectura; — á pesar de la admiracion sin límites que vuestro talento me inspira, permitidme que hable con franqueza: amais la libertad mas de lo necesario.

— Sospecha semejante! . . . replicó Metomentodo.

— Sí, continuó el baron levantando el tono, hay en vuestro juicio cierto dejó de lo que fuísteis y careceis de esa lójica esforzada que lleva los principios hasta sus últimas consecuencias. Ya que el gobierno posee la verdad única é íntegra, qué necesidad hay de entregarla al juicio liviano de las multitudes? El espíritu de saber y de indagacion es herético, y la instruccion, diabólica y revolucionaria. Toda lectura es un veneno: el pueblo mas feliz es el que lee menos, y el mas virtuoso el que nada absolutamente lee.

— Ese no es mi parecer, dijo Metomentodo; creo, al contrario, que un Soberano se honra á sí mismo protejiendo las letras y las artes: el quid está en manejar estas teclas con maña y en hacer que se conviertan en instrumentos de moralidad y de gobierno. La literatura pone locos de contentos á los Papamoscas, y no quiero privarles de este placer inocente; y tan convencido estoy de esto, que opino que el papel que mas conviene desempeñar á un príncipe, es el de Mecenas, ó mejor dicho el de Augusto, que pagaba á buen precio las odas mundanas de Horacio y las inocentes geórgicas de Virgilio.

Art. 5° — Para alentar la literatura y propender á que el ingenio brote por todos los poros sociales, fúndanse dos premios anuales, uno de poesía y otro de elocuencia.

La materia de este último será un discurso absolviendo esta preciosa cuestion: *Cuál es actualmente el primer pueblo de la tierra?* Para el premio de poesía se propondrá en el programa un diálogo entre dos pastores: *sobre la nueva estrella que acaba de aparecer repentinamente en el cielo de los Papamoscas.*

— Sois un imprudente, dijo á gritos el baron; jugais con el fuego, sois un revolucionario sin advertirlo, que es la peor especie entre los revolucionarios. No consiste el peligro en la materia de los programas, sinó en la comezon de escribir que vais á inocular á un pueblo vanidoso por temperamento; agostais la fresca flor de la inocencia, compañera inseparable de la ignorancia supina; excitais la curiosidad, la argucia, el saber, que arrastran tras sí como séquito inseparable al orgullo y á la rebelion. Qué precision tiene una sociedad bien arreglada, de alimentar en su seno zánganos literarios? Lo que la urge es contar con numerosos brazos para la labranza, con empleados y con soldados suficientes.

— Ha concluido el Consejo? preguntó Jacinto rendido de cansancio.

— No, Sir, contestóle Metomentodo; el oficio de Soberano es mas rudo de lo que Vuestra Magestad se imagina. Para conservar en buen estado de salud á este pueblo enfermo, no son suficientes cuarenta mil leyes ú ordenanzas por año; pero Vuestra Magestad puede ahorrarse esta penosa tarea confiando en nuestro celo, y reduciéndose á firmar sin leer cuanto pliego

escrito por las cuatro carillas sometamos á su prudencia y sabiduría. A propósito; tengo aquí un corto reglamento de sesenta y cinco artículos, sobre la policía de los jardines públicos, que reasume en un código sistemado las cuarenta y tres disposiciones dictadas sobre la materia, de veinte años á esta parte. Solo es nuevo el artículo 37, inserto por indicacion del honorable baron Plañideras, y que está redactado en los términos siguientes :

Ningun soldado zapador será admitido en los jardines reales si no es portador de un certificado de buena vida y costumbres y de un permiso para casarse, firmado por su coronel, en papel sellado y conforme á la ley.

— Y para qué? preguntó Jacinto.

— Sir, es una satisfaccion dada á la moral, que el baron esplicará á Vuestra Magestad . . . .

— Dadme, dadme ese papel, firmaré en barbecho.

Y con mano febril firmó sin mirarlos todos los pliegos que le acercó el Ministro. Así que la inmensa parva de legajos y papeles sueltos tocó con el nivel de la mesa, respiró Jacinto con todo su pulmon, y contento como un estudiante que entra en vacaciones, dijo: — Señores, terminó la órden del dia y queden para mañana los negocios sérios!

## CAPITULO V

**QUE TRATA DE CÓMO EL ABOGADO COJUELO ENSEÑÓ LA ORATORIA POLÍTICA Á JACINTO, CON UNAS CUANTAS FIGURAS DE BARAJA.**

— Conversemos con franqueza, dijo el jóven príncipe. Por lo visto, el arte de gobernar se asemeja mucho al de manejar un retablo de títeres, y el misterio consiste en colocar hilitos que no se vean del público y que se muevan en momento dado y oportuno.

— Sir, exclamó el baron con acento conmovido, dejadme llorar de placer y de admiracion. Habeis definido con una sola palabra la política administrativa, la única política que merezca este nombre. No he oido nunca una comparacion mas exacta y feliz.

— Opino humildemente del mismo modo, dijo Metomentodo, pero me tomaré la libertad de observar que, en política, es tan vasta la escena y tan numerosos y movedizos los actores, que se requiere un millon de manos subalternas que obedezcan á la voluntad directiva.

— Olvidais, dijo afable y cortésmente Jacinto, que tambien se requieren consejeros sábios y prudentes para iluminar á esa voluntad, cuando es la de un jóven sin esperiencia, y á mí me corresponde no echar esta

circunstancia en olvido. Os doy gracias por el apoyo que me prestais, y lo que únicamente sentiría fuera que el caballero Cojuelo no estuviera de acuerdo con nosotros, si es que así pudiera interpretarse su silencio. Hasta ahora nos ha privado del gusto de escuchar su palabra elocuente, que es la admiracion de los Pamposcas.

— Sir, respondió el abogado poniéndose en pié y dando vuelta la silla para proporcionarse una especie de tribuna: yo no hablo nunca en el Consejo, porque lo que pasa en él no es de mi resorte; y así es que no he prestado atencion ni á una sola palabra de cuantas han dicho mis cólegas.

— Pero, no debeis defender nuestros proyectos de ley en el Parlamento? dijo el príncipe manifestándose sorprendido.

— Por la misma razon, señor, replicó Cojuelo, me guardo bien de informarme de qué tratan. Si, añadió gritando con todo el poder de sus pulmones y manoteando sobre el respaldo de la silla, si yo hiciera solidaria mi opinion con la del ministro legislador, podria suceder que en lo mas crítico de mi discurso parlamentario, cambiára la opinion del ministro, y en tal caso se romperia la urdiembre tupida de mi argumentacion, porque se me enredarian los hilos en el cerebro.

— En qué idioma hablais? preguntóle Jacinto.

— Sir, es la algarabia parlamentaria. Nos es indispensable usar esta jerigonza para que puedan desfilan nuestras ideas enanas á retaguardia de ciertas palabras colosales y rotundas que hechizan al pueblo que

es arrullado desde la cuna por el ruido de las campanas y de los tambores. Mas como estoy dispuesto á hacer cuanto sea del agrado de Vuestra Magestad, hablaré sencillamente, si así se me ordena, como habla cualquier hijo de vecino.

— Tened la bondad de contestarme sériamente, replicó el príncipe. Cómo os atreveis á decir que sostendríais una ley que no habeis leído ?

— No permita Dios que falte al respeto que debo á Vuestra Magestad! exclamó Cojuelo; pero Vuestra Magestad va á encontrarme razon. Aquí teneis, señor, el misterio todo de la elocuencia (continuó, echando sobre las mesas los naipes de una baraja): me comprometo formalmente á enseñar en una hora el arte de seducir y de captar la voluntad de todos los Papatoscas presentes y futuros.

« Dignaos notar, Sir, que esta baraja representa la retórica completa. Cada una de sus cartas encierra un argumento. Estas tres pelucas colocadas una sobre otra significan *la sabiduría y la esperiencia de nuestros padres, el sentido comun de nuestros abuelos y la integridad de cristiano viejo de los tiempos de antaño*. Esta mujer con los ojos vendados que tiene en la mano un nivel boca abajo, es *la ley sagrada, la ley irrevocable á que nadie puede tocar sin sacrilegio*. Esta trompeta, de cuyo hueco salen las palabras *honor, virtud, patriotismo, moral*, personifican á los ministros y á toda la falanje administrativa, cuyos soldados infalibles son innumerables como las estrellas del firmamento y las arenas del mar. Contemple Vuestra Magestad á este niño que no quiere pronunciar A porque le enseñaron

á decir B; pues bien, ese niño es el símbolo del candor envidiable y de la bendita ignorancia. Esta cabeza de Medusa crinada de serpientes, es el calumniador, el hombre de las malas intenciones presuntas, en una palabra, el enemigo del Estado que no se aviene á pensar como nosotros. Este pozo representa el abismo de perdicion en cuya sima espía el dragon revolucionario para devorar con sus colmillos de víbora y engullir en sus sanguinolentas fauces al primer cristiano que se mueva. Sobre esta bandera se lee un letrero que dice: *Quien nos ataca, ataca al gobierno*. Este es el espectro de la anarquía con el cadalso en lontananza; esta copa colmada de veneno, adornada con el dibujo de una tea y de un puñal, está claro que es la prensa. La coqueta que se mira al espejo y dice: *todos me tienen envidia*, es la imágen de la dichosísima nacion de los Papamoscas. Este buey echado y que muje: *si así me hallo bien, para qué cambiar de postura?* es el emblema de esas personas positivas, prácticas y de peso, á quienes el goce de una fortuna asegurada les aconseja dejarse estar. En este naipe se vé un caracol con el siguiente mote: *Festina lente*; en este otro, un billete amoroso lacrado con un sello en que se lee: *Hoy no, será otro dia*. Vé Nuestra Magestad estos mónstruos imaginarios, grifos, quimeras, hipógrifos, esfinges, et-cétera? Todos ellos representan las teorías, las ilusiones, las utopías de esos infinitos visionarios que perturban á los pueblos en su regalado sueño. Por último, vienen estos tres ases y el rey de bastos que representan: este último al *gobierno*, el as de *copas* á la moral, el de *espada* á la religion, el de bastos al ór-

*den social: el as de oro hace de comodín, y se le denomina la libertad moderada. »*

— Ahora, señor, sírvase Vuestra Magestad barajar y alzar, que yo me comprometo, tomando esas cartas como quiera que salgan, á fraguar un discurso ministerial con solo traducir sus significaciones, discurso tan bueno como el mejor que se haya pronunciado de un siglo á esta parte.

— La combinacion no puede ser mas ingeniosa, dijo Jacinto entre dudando y curioso ; pero de todos modos será de forzosa necesidad hablar de la ley sostenida en vuestro discurso.

— Siento en el alma haberme esplicado mal, respondió Cojuelo. La virtud de esas cartas, ó mas bien dicho, de esas generalidades es tal, que se puede defender cuanto se quiera sin siquiera mirar el forro de la orden del dia. Si Vuestra Magestad desea presenciar una experimentacion, dígnese Vuestra Magestad idear una ley, hagan otro tanto mis honorables colegas, y me comprometo sobre tablas á defender contra los ataques de la oposicion las tres leyes al mismo tiempo y en un solo discurso, sin conocer ni una palabra de su testo. Hasta me atrevo á esperar que será de su real agrado el ensayo pasagero que acabo de prometer. Sin vanidad puedo decir que he sacado partido de las lecciones del finado Ciceron, y que nó me creo mas desmañado que mis ilustres antecesores.

— Sea en hora buena ; he pensado ya una ley : defendedla.

— Y sobre todo, añadió el baron, no os echeis á va-

gar por esos campos para preparar vuestra improvisacion.

— Baron, contestóle Cojuelo, poco me conoceis. He reflexionado alguna vez antes de hablar? Atencion! La Cámara se halla conmovida con la palabra fogosa del mas elocuente orador de la oposicion; el proyecto ministerial corre riesgo y aparece una mocion proponiendo una reforma atrevida en él; subo á la tribuna y comienzo modestamente segun las reglas del arte. Mi estimado Plañideras, estended los naipes sobre la mesa: bueno, ya están mis argumentos en formacion y vá á comenzar el desfile.

“ Señores:

“ He escuchado con profunda atencion el discurso del honorable preopinante, y confieso lealmente que el hábil orador se ha remontado esta vez hasta donde no llegó nunca, excediéndose á sí mismo. No seria Pápmoscas si hubiera podido resistir á ese torrente de elocuencia que arrebatá y transporta á las mas elevadas cumbres de lo ideal. Pero es deber del hombre de Estado preservarse contra la fascinacion de tales hechizos y no escuchar mas que los consejos de la razon serena. Sometido á la prueba de este crisol, no temo decir que no todo es oro en el discurso de mi honorable adversario, y que lo que mas luce en él, circunstancia profundamente dolorosa, es el abuso de un talento que no tiene comparacion.

“ Y en efecto, cuál es el sistema que opone el honorable preopinante á los bien calculados proyectos del gobierno? Lo definiré con una sola palabra: es la in-

novacion, ó para llamarla con su verdadero nombre, la Revolucion. »

— Bravo ! exclamó Plañideras ; última á la infame amigo mio, última á la infame !

— “ Negareis, continuó Cojuelo entrando en calor, negareis que las ideas que defendeis son noveles? No, puesto que, lejos de eso, os gloríais de su novedad: pero, hablando con franqueza, creéis deveras que haya aun descubrimientos por hacer en política, en ese manejo equitativo de los intereses públicos, que no es otra cosa mas que la aplicacion de la esperiencia y del buen sentido? Pensais que si la medida que proponeis fuese saludable, pensais repito, que se hubiera pasado por alto al buen sentido y á la esperiencia de nuestros abuelos (no temo emplear esta palabra gótica), á la sesuda probidad del tiempo antiguo? Han podido ser desapercibidas por los venerables fundadores de nuestras instituciones esas famosas ideas, y nosotros, hijos degenerados de tan gloriosos padres, tendríamos el privilegio de descubrirlas y verlas claro? Séamos modestos, señores; la vanidad no pega bien á un pais tantas veces sacudido por las revoluciones. En medio de esos escombros amontonados sobre escombros, solo ha quedado en pié una cosa, — la ley, la ley, herencia santa de nuestros mayores que tenemos obligacion de trasmitir íntegra á nuestra posteridad. Remediar los estragos del tiempo, restituir la ley á su primitiva pureza, tal como lo propone el gobierno, es empresa de amor filial, así como es impiedad y sacrilegio el intento de echar por tierra la autoridad, que es la columna sobre que descansa todo el edificio.

social. Os niego el derecho de emanciparos del pasado.

“ Y cuál es el fundamento de esa medida, en resumidas cuentas? La desconfianza contra el gobierno de Su Magestad, y nada mas. Bien sabido es que no aspirais á obtener franquicias para el pueblo; vuestra mira es someter á vuestros caprichos á los inscritos y á la administracion. Y con qué derecho? Comprendo las precauciones ante el peligro. Pero, dónde está ese peligro? Sobre tan trascendente materia apelo á la mayoría imparcial de la Cámara, á esa valiente mayoría, ilustrada, modesta, que unida con nosotros brega hace mucho tiempo en defensa del orden público. Quién ha concedido á la oposicion el monopolio de la virtud, del honor, del patriotismo y de la moral? Acaso el patriotismo de la mayoría, acaso el generoso desprendimiento de los ministros, no constituyen la primordial y mas sólida de las garantías? ”

— Muy bien, dijo Metomentodo.

« Nó; la Cámara no se dejará alucinar con esas mentidas elucubraciones. Si hoy incurriera en la debilidad de ceder, mañana los contrarios ébrios con el triunfo, la presentarian otras reformas mas subversivas que trataria en vano repeler. Si desde el primer paso no os mostras resistentes, cuándo pisareis tierra firme? Cuando sea ya tarde, cuando se os haya empujado al resbaladizo declive que fatal é irresistiblemente conduce al abismo de las revoluciones. Inténtase calmaros con decir que esas reformas son inocentes, que ya son leyes sancionadas en las naciones vecinas, que propenden en todas partes del mundo á ge-

neralizar la prosperidad y la riqueza. Gastados sofismas, señores, en cuya red no cayeron jamás vuestros antecesores! Los Papamoscas son el primer pueblo de la tierra y el universo se muerde de envidia al contemplarle; somos los primogénitos de la civilización, el modelo de las naciones, y á ellas corresponde imitarnos, no á nosotros el andar á remolque de pueblos atrasados. Rechazo esos presentes sospechosos, pues aparte de que la mano que los brinda me inspira justo recelo, declaro abierta y lealmente que como verdadero y puro Papamoscas, me agrada mas errar con mi país que acertar con el extranjero. »

— Bravo! dijo el baron enjugándose las lágrimas; ó soy un bobo ó eso se llama verdadero patriotismo.

« Séamos lógicos, continuó Cojuelo. No somos acaso felices? Se encuentran acaso desatendidos los talentos? Las rentas y el impuesto como los gastos útiles, no crecen acaso cada año que transcurre? Millares de extranjeros que rinden homenaje á nuestra superioridad, acaso dejan de acudir los inviernos á trocar el oro de sus guineas por nuestros placeres y espectáculos? Hemos dejado acaso de surtir á toda la redondéz del globo con nuestras modas y con los frutos tipográficos de nuestro brillante ingenio? No acuden acaso los pueblos mas incultos á aprender de nosotros y á copiar nuestro régimen administrativo? Y por complacer á algunos ambiciosos descontentadizos, derribaríamos el glorioso edificio bajo cuya techumbre gozaron de sombra nuestros mayores y abrigará á nuestros descendientes?

» Decís que no es al gobierno sino á su ministerio á quien atacais. Mucho tiempo hace que conozco de cerca esa pÉrfida distincion que ya no alucina á nadie. Pluguiera al cielo que así fuese. Pluguiera á Dios que solo descargáran sobre los ministros los rayos de la oposicion. No hay uno solo entre esos hombres que tratais con tanta injusticia, uno solo créed-melo, que no trocára con regocijo las zozobras y sinsabores de la vida pública por el regalo y apacibilidad del hogar doméstico. Si el deber les señala los puntos de mayor peligro en la lucha, es porque saben por experiencia adonde se dirijen los tiros de la oposicion. Se ataca á los ministros para minar la autoridad; llueven sobre nuestras cabezas los denuestos y las calumnias para arrastrar al gobierno por el fango y ahogarle en él. Se aspira á poner fuera de combate á los soldados defensores del órden público, para arrastrar una vez mas al pueblo crédulo á los males de la anarquía y á las bestialidades del motin y de la guerra intestina. Pero nosotros, por mas que duela á la oposicion, no hemos de ceder. Custodios de la sociedad, orgullosos con esta mision y mas orgullosos aun con la confianza que un príncipe ilustre se sirve dispensarnos, jamás perturbarán nuestra impavidéz ni conmoverán nuestra fidelidad las amenazas ni la violencia de los partidos. Mientras conservemos lengua y pulmones sanos, no consentiremos que se separe la causa de la administracion de la causa del pais. Sin ambicion así como sin debilidad, batallaremos con energía, decididos á no renunciar nuestros empleos, convencidos como estamos de que al defender nues-

**tras carteras defendemos igualmente á la sociedad, al príncipe y al Estado. »**

— No se puede negar que este estravagante tiene talento, dijo Metomentodo que estaba echando firmas, y sin interrumpir la tarea.

« Háblase de resistencia ciega, de obstinacion, de porfía, continuó Cojuelo con tono conmovido y sentencioso, como si inculpaciones de esa clase pudieran alcanzarnos. Es ciego quien ilumina su camino? es obstinado el prudente? No queremos proceder de lijero, porque preveemos las consecuencias de la impaciencia, y porque solo los ambiciosos y temerarios caminan sin saber á dónde van. Se dice que no somos liberales; yo rechazo esta inculpacion como un ultraje, pues si es verdad que detesto las innovaciones, tampoco ocultaré que soy partidario de las mejoras. Me estremecen las reformas súbitas porque la historia me ha enseñado aquí los dolorosos extremos á que arrastran á las naciones: mi divisa es la del poeta:

No guarda el tiempo lo que el tiempo no hizo;

pero estoy por el progreso moderado bajo la influencia y direccion del gobierno. Acato tanto como cualquiera la libertad de la prensa que es el paladion de la Carta Constitucional, pero detesto la licencia del periodismo que envenena al pueblo: la verdad es una antorcha que ilumina, no una tea que incendia.

» Permítame la Cámara una reflexion que será la última y que probablemente no se habrá pasado por alto á su juicio práctico y á su buen sentido. Todas esas reformas que se nos proponen son demasiado perfectas para que puedan realizarse: son verdaderas

utopías. Teóricamente son magníficas; pero en la aplicación, qué son? Si la cordura de la Cámara no se desvelára por desvanecer esas quimeras, serian víctimas de ellas antes que nadie, los mismos temerarios que las concibieron. Nosotros los salvamos de su propia demencia.

» Y ya que la oposicion no economiza consejos permítame tambien á mí el darle uno. Antes de reformar la Constitucion, la administracion y todas las otras admirables instituciones que desesperan á nuestros rivales, comience la oposicion por reformarse á sí misma, que á fé que no le faltará trabajo: no apele á las injurias, los arrebatos ó la calumnia; no se estenúe enjendrando esas teorías quiméricas; no descargue sobre nosotros ese chubasco de imputaciones de estrangis que subleven nuestro patriotismo; que no perturbe la fé ni la moral, al gobierno ni al órden público, y la prometo que el dia en que los partidos hayan desaparecido, el gobierno desembarazado de todos los obstáculos que paralizan sus intenciones generosas, será el primero en permitir que el pueblo Pampascas disfrute en paz de una sábia y fecunda libertad. »

— Bravo, mi amigo, bravo, dijo el baron. Salvo una pecaminosa concesion á esa abominacion revolucionaria que se llama la prensa, me parece vuestro discurso una obra maestra de elocuencia y de veracidad.

— Sir, dijo Cojuelo con tono y ademan modesto, deseára escuchar el juicio de Vuestra Magestad.

— Caballero, os felicito, contestóle Jacinto; me parece difícil que se pueda espresar ideas mas exac-

tas ni abogar en favor de ellas con mayor talento, buen sentido y moderacion.

— Pues bien, Sir, dijo con sonrisa de satisfaccion el abogado, si Vuestra Magestad lo permite, voy ahora mismo á refutar punto por punto ese discurso sin dejar de él en pié ni siquiera una sílaba. Probaré que todos sus argumentos son vacíos y ridículos á propósito cuando mas para entretener á los Papamoscas. Parece que Vuestra Magestad titubea creyéndome tal vez cansado; pero es preciso que Vuestra Magestad sepa que puedo hablar seis horas sin toser ni escupir, y que abogar, perorar, gritar, gesticular es para mí la dicha, el mayor deleite, la vida en fin. Ya empiezo:

Vuelva la barra al yunque mientras está caliente, y ande el martillo.

« Señores,

» El honorable ministro que desciende de la tribuna se ha mostrado estremamente indulgente al aludir á lo que él se ha dignado llamar mi elocuencia, y por cierto que la persona mas modesta tendria razon para envanecerse de un testimonio tan valioso. Si la política me aleja de mi antiguo é ilustre cólega, la divergencia de opiniones no hará que desconozca en él á uno de los maestros del arte de hablar, al Demóstenes, al Ciceron de los Papamoscas! »

— Cáspita, dijo el baron, los lobos no se comen unos á otros!

— Sin duda que no, dijo Cojuelo riendo con buena gana. Antes de todo somos abogados, compañeros hasta la muerte, sin que por eso dejemos de arañarnos

y mordernos como perros rabiosos. Pero atención que va á comenzar la danza.

Y levantando el brazo como si fuera á descargarle sobre algun enemigo invisible, continuó Cojuelo con tono solemne:

« Me es sensible, sin embargo, que despues de una opinion tan favorable á mi language, se forme el señor ministro una idea tan mezquina de mi sentido comun. Crée acaso haberme deslumbrado con su retórica traqueada por Griegos y Romanos? Se imagina convencer al parlamento por medio de tan pueril fantasmagoría? Deveras que es faltar el respeto al pais tratar á sus representantes con tanta ligereza.

» Contra todas nuestras reformas se arguye con la sabiduría y la esperiencia de nuestros padres. Qué significan esas retumbantes palabras? Quiere decirse con ellas que por lo general saben mas los padres que los hijos porque vivieron mas años? No; esa verdad trivial no es de este lugar. Se intenta imponernos silencio evocando los venerables antepasados que descansan hace dos ó tres siglos en el polvo de sus sepulcros. Pero, hablando con franqueza, si la cordura y la esperiencia son fruto de la vida y del tiempo, claro es que estas preciosas cualidades nos asisten á nosotros mas que á nuestros antecesores, á nosotros que venimos con posterioridad á ellos, á nosotros que acrecentamos el caudal de nuestra propia esperiencia con el que heredamos de nuestros abuelos. Apartados de la infancia del mundo, somos nosotros los de mayor edad, los ancianos; y dígolo con perdon del honorable ministro, exaltar el pasado con mengua del presente, vale

tanto como dar á la juventud y á la inesperienza los privilegios de la edad propecta. »

— Herejía! herejía! exclamó Plañideras levantando las manos al cielo. Todo ha dejenerado á contar desde el primer dia de la creacion.

« La santidad, la inmutabilidad de las leyes, no son mas que palabras solemnes y pomposas que frecuentemente solo sirven para disimular la fealdad de los abusos. Si es buena la ley, debe conservarse, si es mala, dictar otra en su lugar, esto es lo que aconsejan la prudencia y la esperiencia. Lo demás es bueno allá para lisonjear la credulidad de los nécios ó como instrumento de los avisados que viven á costa de la inocencia del próximo. Puede haber leyes inmutables para una sociedad que vive, es decir, que cambia y se modifica sin cesar? Puede acaso momificarse á un pueblo? Y qué, nosotros que somos en este momento los señores del mundo, nosotros que creamos y consumimos la riqueza, no seremos tambien los mejores jueces para decidir sobre lo que mas convenga á nuestra prosperidad? Iremos á buscar entre los muertos Mentores para dirigir á los vivos? Vendrán á escribir la ley esas manos yertas por la muerte que hielan y petrifican cuanto tocan? Son estas las lecciones que de la esperiencia deducen nuestros hombres de Estado? Fíjense en la fecha de esas leyes que llaman ellos santas. No las dictaron nuestros padres por centenas? Acúseseles entonces de hijos rebeldes que repudiaron la herencia paterna! No dudo de que en aquellas benditas edades, tambien se desgañitáran los ministros profetizando el fin del mundo y la venida del Ante-

cristo; tampoco está lejos de mí el convenir en la posibilidad de que despues de apellidársenos insensatos y revolucionarios, se exhumen el dia menos pensado nuestra sensatéz y nuestra experiencia actuales para echarlas como albardas sobre nuestros hijos á fin de avasallarlos y embrutecerlos.

» Se dice y se repite con mucha gravedad que toda innovacion es sospechosa y nociva; pero esto equivale á confesar tácitamente que las antiguallas que se invocan fueron tambien nocivas en su tiempo, puesto que todas ellas fueron nuevas alguna vez. El alfabeto, la escritura, la imprenta, fueron novedades é inspiraron recelos, y nuestra administracion que tanto nos envanece, sin duda es invencion de alguien. Si, pues, lo que es hoy insensatéz, se convierte mañana en prudencia, bien podria tratarse con menos desdén á los que trabajan para lo futuro.

» En cuanto al panegírico de ordenanza que preconiza las virtudes ministeriales, nada quiero decir: presérveme Dios de perturbar la bendita confianza que se tiene en ellas! Debe creerse como en un artículo de fé en que todo el génio nacional está concretado en la administracion; en que el uniforme civil infunde por sí solo luces y conocimientos en las personas que le visten. No existe un solo supernumerario que no sea un modelo de asiduidad, una sola oficina que no sea infalible, un solo ministro que se haya equivocado siquiera una vez: á este respecto apelo al testimonio de ellos mismos, pues aun está por nacer el que haya de confesar que incurrió en error. Pero, permítaseme decirlo, toda ley se funda en la desconfianza, puesto que

ninguna se refiere á las virtudes de los ciudadanos. Y si no fuera así, cómo se publicarían leyes sobre el dolo, el fraude, la violencia? Quién nos ha dado derecho para desconfiar de la honradéz del vecino? A qué ese código militar que dispone en casos determinados la degradacion del soldado y hasta que se le fusile? No es esto ajar el honor militar, la flor mas delicada de la tierra? Y sin embargo, la ley no vacila, y como reza con todos no injuria á nadie. Si la ley no amenaza hoy á nuestros virtuosos ministros, ella se descargará contra nosotros el dia en que por un vuelco de rueda de la nória política nos encontremos encaramados en el poder y nos desviemos, ejerciéndole, de las huellas de nuestros predecesores. Aceptamos la ley comun y no hay derecho para considerar como ultraje este sometimiento voluntario.

» Tendríais por ventura la sencillez de prometernos silencio respetuoso á favor del poder el dia en que la fortuna nos colocára en vuestro lugar? Desconfiaría de tamaña magnanimidad; y me guardaré bien de exigir un sacrificio semejante. Solo la censura puede contener á la autoridad y reformarla cuando sea conveniente. Acaso el gobierno se asemeja á esos lagos de hielo llamados ventisqueros que cubren las cimas de las montañas y á cuyas cercanías pasa silencioso el viagero, porque la vibracion del éco mas leve les quebranta y despeña? Examinad cuáles son los paises desgraciados, cuáles aquellos que las revoluciones destrozan, y hallareis que son sin escepcion los pueblos en donde nadie puede decir esta boca es mia. El espíritu humano es como el vapor, que si se com-

prime demasiado, estalla; pero si se le maneja con medida, dá piés y álas á todo.

» Pero, se objeta que si hoy se dá un paso, mañana será indispensable dar otro. — Sin duda que sí; el movimiento es la vida; cada dia soporta su tarea y la jornada que hoy hagamos, acortará la de mañana. Cuidado, nos vociferan por los cuatro costados, os proponen la imitacion del estrangero. — Y por qué nó? No os parece naturalísima esa imitacion? El mundo es una vasta féria, el comercio de las ideas constituye la riqueza comun, así como el aislamiento solo dá por resultado pobreza para todos. Cuanto mayor intimidad, contraen los hombres entre sí, mas fácilmente se desvanecen las antipatías, las enemistades y aun los ódios. Unid los hombres por medio de las ideas, las instituciones é intereses, y vereis cómo se reconocen miembros de una misma familia y hermanos ansiosos por abrazarse.

» Para qué cambiar, se añade, si estamos bien tal cual estamos? — Y quiénes se espresan así? Los ministros. Y de cierto que la política de estos señores es demasiado sencilla. Si el pueblo pide una reforma, es porque la oposicion le extravía. Si el pueblo enmudece, no se hace nada entonces; si nadie se queja, claro es que nadie padece. Cuando se hayan descalabrado los transeuntes, entonces se colocarán parapetos á la falda de los precipicios. No es éste el fondo del elocuente discurso que acabamos de oir? Cruzar los brazos y hablar sin decir nada, hé aquí la divisa de nuestro sábio gobierno.

» Responderé á las magníficas antítesis que ponen

en contraste la mejora con la innovacion, el progreso con el arrojó ciego é inmoderado, la libertad con la licencia desenfrenada? No, me limitaré á preguntar cuál sería aquella ley que no pudiera criticarse con lugares comunes, que es una manera de raciocinar que no requiere tener razon.

» Diré lo mismo con respecto á esos alaridos de quimera y de utopía. Hay quienes imaginan que con declarar con tono solemne que las teorías no son de su gusto, que toda especulacion les repugna, dán prueba de una prudencia estupenda: Ay! de lo que dán clara prueba los que proceden así es de que hablan sin saber lo que dicen, ni lo que hacen cuando obran. Raro pais aquel en donde los ministros se creen mas racionales cuanto mayor desdén manifiestan por la razon!

» Se nos recomienda y exige respeto á la ley, á la religion, á la moral; y yo contesto que respeto al gobierno cuándo es bueno, á la ley cuando es justa, á la religion cuando es verdadera, á la moral cuando es pura. No me ponen miedo esos fantasmas vaporosos que se evocan para atemorizar á las conciencias de los pobres de espíritu que por efecto de una caridad y de una devocion mal entendidas, fomentan el error y las preocupaciones.

» En cuanto al silencio que se nos aconseja guardar, diré, que no desconozco la existencia de muchas personas honradas y de buena intencion, pero medrosas, que esperan cándidamente una éra de paz y de prosperidad en la cual el patriotismo de los ministros y la docilidad del pueblo unan sus esfuerzos para me-

jorar la condicion humana; era dichosa en la cual los lobos serán humildes servidores de los corderos y caerá en impopularidad todo acto injusto, todo yerro, todo sofisma. Pero yo tengo la desgracia de no creer en esa edad de oro que se nos muestra risueña escondida en los horizontes remotos, porque estoy en la persuacion de que la verdad se enjendra y nace entre lágrimas y sollozos, que solo son libres aquellos pueblos que á su propia costa conquistan sus derechos. La libertad moderada es á mi entender una quimera, una utopía. Y si nó, ahí está la historia diciendo en todos sus infolios, que el gobierno que prohíbe á los pueblos hablar y obrar con desembarazo, intenta ipso facto alzarse con la fatal prerogativa de hacer el mal impunemente.»

Mientras duró este largo discurso, tuvo el baron Plañideras hundida la cabeza entre sus dos manos, sollozó, suspiró como un fuelle de frágua y repitió mil veces estas palabras: *horrible, abominable, escandatoso!* en tanto que Metomentodo, sereno y fresco como una lechuga, continuó echando firmas sin descansar ni un minuto. Jacinto escuchó, por su parte, manifestando pasmo y sorpresa, y cuando hubo acabado Cojuelo, le dijo:

— Caballero, os doy mil gracias por la leccion. Me habeis demostrado con señalado talento que no soy mas que un niño y un cero á la izquierda. Vuestro primer discurso me pareció sensato, y el segundo que es su refutacion me parece no menos puesto en razon. Cuál de los dos dice la verdad?

— Ni el uno ni el otro, contestó Cojuelo. Nosotros

los oradores abogamos por las esterioridades segun las exigencias del momento: qué tenemos que hacer con la verdad, si es que existe? Hoy empleamos el caso particular para combatir la regla general, mañana usamos de ella para desbaratar las escepciones, y si nos valemos de estas para falsear la regla, la regla nos sirve á su vez para eludir la escepcion. Una vez obtenida la mayoría en la votacion, ganado el juego, para qué mas? Se muda de naipe cuando es necesario, y abur.

— Sin embargo, dijo Jacinto, poniéndose colorado de la vergüenza de que carecia su impudente maestro, debeis tener juicio propio sobre la esencia de las cosas.

— No tengo ninguna opinion, replicó Cojuelo, y tanto se me dá de la esencia de las cosas como de la carabina de Ambrosio. Que el pleito sea bueno ó malo eso no me atañe á mí sino al Gobierno.

— Pero al menos sabreis explicarme cómo es que cada uno de esos discursos tomado aisladamente tiene tanta apariencia de cosa séria.

— Lo que desea saber Vuestra Magestad es justamente el secreto que se guarda para sí el abogado, dijo Cojuelo en tono de broma. El día que lo sepais, estamos fundidos. Pero no importa: en dos palabras voy á haceros, señor, maestro consumado en el arte de la cháchara.

« La excelencia de las máximas generales consiste en que enuncian verdades tan añejas como el mundo, tan trilladas como los caminos reales; pero tienen al mismo tiempo el inconveniente de ser anchas como manga de fraile, de suerte que abarcan demasiado y

nada prueban. Tanto adelantareis con aceptar como con desechar mis discursos: si la sabiduría de nuestros mayores es digna de respeto, no lo merecen menos las necesidades del día; toda la cuestión estriba en saber si la ley nueva que se propone, trata de abolir una institución creada por nuestros padres, verdaderamente sabia ó una institución nécia á todas luces, si satisface necesidades reales ó halaga únicamente un capricho pasajero. Y justamente es este el punto que no quieren tocar ni los ministros ni los miembros de la oposición. Los unos se van á España á hacer castillos, los otros á Flandes á poner sus picas, disputando á quien se aparta mas de la materia litigiosa. Y á fé que tienen razon en sacarle el cuerpo al asunto, porque para discutir las leyes con formalidad es indispensable reunir hechos, consultar la opinion de los hombres especiales, medir, hacer cálculos exactos, pesar en balanzas bien equilibradas. Pero procediendo así, el poder y la influencia pasarian á manos de los hombres experimentados y prácticos y los abogados tendrian que mandarse mudar con cajas destempladas.»

— Seria de sentirse si tal sucediera? preguntó Jacinto.

— Sin duda que sí, contestó Cojuelo riéndose. Tened presente, señor, qué con nuestras frases sonoras hacemos abrir tamaña boca á mucha gente sencilla que se complace en ver convertidas en máximas de Estado las consejas y romances de aldea con que sus nodrizas les mecieron en la cuna. Satisfechos y envanecidos de saber lo que jamás aprendieron, aplauden en nosotros su propia ignorancia angelical y solemne

simpleza. A qué turbar esa inofensiva satisfaccion de que sacamos tanto provecho? Cuando se puede gobernar á los hombres con palabras, para qué cansarse en ilustrarlos? Para qué ponerles á la vista verdades útiles cuya novedad les deslumbra y aterra? De embaucadores, embaucados y papagallos (1), se compone el mundo. Los engañados se contentan con que les dejen en su error; los embaucadores solo atienden á adormecer con maña á los embaucados: Dejemos pues, que los papagayos charlen contentos.

— Pero entonces, replicó Jacinto visiblemente conmovido, si la elocuencia no es mas que el ruidoso palabreo de bípedo que no discurre, ó lo que es peor aun, un juego de cubiletes, no se os ocurre que pueda llegar dia en que los pueblos penetrando vuestro secreto, sienten en un mismo escalon á los charlatanes y á los humanistas?

— Ese dia, dijo Cojuelo, los Papamoscas dejarán de ser Papamoscas. Cuando la imbecilidad humana esté por acabarse, poca vida le quedará á este mundo; pero mientras tanto durmamos á pierna suelta y engordemos.

En el momento en que Cojuelo concluia su última frase, entró un camarero mayor de la reina, para dar á saber al príncipe que su augusta madre le esperaba para asistir con él á la fiesta de esa noche. El príncipe salió y trás él Metomentodo escoltado por cuatro alguaciles que llevaban con paso solemne, el venera-

(1) *Trompeurs, trompés, trompettes*, dice el original.

ble monton de papelotes firmados y rubricados por Jacinto y su infatigable ministro.

Cuando Cojuelo y Plañideras estuvieron solos, reventó el baron, que habia estado conteniéndose durante el consejo :

— Hombre perdido, exclamó, os atreveis á abusar hasta ese punto de los dones que os ha dispensado la Providencia? No os avergonzais? . . . .

— Baron, dijo el abogado, interrumpiendo el apóstrofe de su cólega, he encargado á la fonda del *Faisan dorado* una comidita sencilla, compuesta de carnes delicadas y de vinos añejos, y espero que me honraris comiendo mano á mano conmigo.

— Bien está, hijo pródigo, os acompañaré; respondió Plañideras sollozando; pero habeis de oir mis pláticas y prometerme enmienda. A mi edad ya han perdido su halago los placeres del mundo, mucho mas cuando hasta estos mismos han degenerado.

— Tambien las ostras? dijo Cojuelo con tono burlon.

— En primera línea, replicó el baron: ya ño son hoy esas sabrosas inocentes lo que fueron en mi juventud.

— Qué quereis, han envejecido, dijo Cojuelo.

— Lo que no envejece, dijo furioso y á gritos el baron, es la desfachatéz de los abogados. Cuidado caballero con morderos la lengua, que pudiérais morir de cáncer por un descuido imprudente.

— Vaya, vaya; no os dejeis dominar por vuestra santa cólera, díjole el otro riendo; nosotros nos ladramos pero no nos mordemos, bien lo sabeis. Y, aquí, para entre los dos, qué pensais del príncipe? Yo he

formado de él la mejor opinion. Notásteis cómo bostezaba cuando Metomentodo le abrumaba con sus papeles? En eso muestra un excelente carácter. Espero que este príncipe ha de ser tan déjome estar como su ilustre padre y tan sencillote como su digna madre. Está visto que todavía tienen que contar los Papamoscas muchos dias de gloria, y que nuestro reino no ha pasado.

---

## CAPITULO VI

### EL BAILE

Espléndido era el espectáculo que presentaban el lujo de las salas, el número, la alegría y la elegancia de los concurrentes. Contenta y orgullosa la Municipalidad con ocasion de obsequiar á su príncipe, se habia exedido á sí misma para complacerle. Se habian empleado quince dias de activo trabajo para comerse en cuatro horas las contribuciones de seis meses. La sala del baile representaba una especie de soto ó prado abierto en lo mas espeso de una floresta vírgen. Chorros de luz eléctrica remedando los de la cascada de un torrente bajaban precipitados á quebrarse contra rocas vestidas de musgo de entre las cuales se alzaban los troncos de mil palmeras abrazadas por enredaderas y flores del trópico. Centenares de vasos de diversos colores arrojaban sus lenguas de llamas deramando luces vivas y matizadas que los espejos sin número multiplicaban reflejándolas. Oíase á lo lejos una música invisible cuyo éco misterioso llegaba á los oidos con tanta dulzura como el susurro de la brisa entre las hojas de la selva. No podia haberse ideado

**nada** que fuese mas agreste ni mas cortesano al mismo tiempo.

La concurrencia era inmensa, pues á cien leguas á la redonda no habia quedado una sola muger, vieja ó jóven, que no se hubiera impuesto la obligación de concurrir á aquel baile á lucir sus joyas, sus encages de Flandes, su pecho y sus espaldas, á riesgo de fundir á su marido. Todos los hombres vestian de pantalon corto ajustado, casaca redonda, espadin y sombrero elástico debajo del brazo izquierdo, y ostentaban al pecho un retablo de cruces, de medallas y de cintajos de todos colores. Tuvo razon de decir al dia siguiente, discretísimamente *La Verdad Oficial*, que aquella fiesta habia sido la imágen viva de la Belleza y del Mérito aunados para obsequiar y dar la bienvenida á la Esperanza.

A las diez de la noche entró Jacinto al salon llevando á su madre de la mano. Llevaba un jubon de raso blanco ajustado al cuerpo, bordado con cordones azules é hilos de perlas, y parecia tan hermoso que en donde quiera que se paraba le ahogaba el tropel de mugeres apiñadas á su rededor como se amontonan las golondrinas para emigrar. Doncellas, esposas, viudas, se precipitaban hácia el príncipe sin caridad por los prójimos que empujaban y estrujaban, á fin de obtener la primera sonrisa, la primera mirada del jóven monarca. Las presentaciones comenzaron al son de una música deliciosa. Aquel acto fué una especie de torneo en que la elegancia y la belleza, lucharon con las armas de la sonrisa, de las dotes corporales y de las cortesías graciosas. En aquel tumulto encantador

descolló la rubia Tamarís, hija del conde Metomento-do. Al saludar al príncipe esta jóven, bajó la vista con tanta modestia y al levantarla mostró en ella tanta blandura y languidéz, que Jacinto se sonrojó sin saber por qué, y cuadró la casualidad que pisándose Tamarís el ruedo de su vestido largo, hubiera caido al suelo si el príncipe no hubiese acudido precipitadamente á sostenerla. Una hora larga despues que tuvo lugar este accidente que conmovió á todos los circunstantes, todavía no cesaban los infinitos parabienes que los varones dirijian al ministro por su talento político y la belleza de su hija, mientras que las mugeres se decian al oido unas á otras que la tal Tamarís era una criatura descocada y su padre un ambicioso ó un nécio. Observemos de paso cuán poco crédito debe inspirar la historia de un gran pueblo escrita con semejantes memorias.

En medio de todo aquel hervor de pasiones y aquel ruido, habia una mugér verdaderamente dichosa, y esa muger era la reina. Orgullosa de la actualidad, indiferente por lo venidero, paseaba por entre la multitud apoyándose con ternura en el brazo juvenil de su hijo y diciendo con los ojos á cuantas la observaban curiosas: «Ved como me ama, no pertenece sinó á mí.»

Jacinto convino en sus adentros que el baile era mas agradable que el Consejo de Estado, y desempeñándose en conciencia, tomó parte en todas las contradanzas con un empeño verdaderamente de rey. Todos los aficionados á saraos quedaron convencidos esa noche de que el cielo habia deparado al fin á los Papatmoscas un gran Monarca.

Cuando Jacinto se recojió á sus aposentos comen-  
zaba á apuntar el dia y sus perros ya despiertos le  
asaltaron festivos disputándose sus caricias. Trabajo  
tuvo para aquietar tan bulliciosa ternura, y entrando  
en cama, cansado pero contento, durmió á pierna suel-  
ta diciéndose entre sueños que es satisfactorio para un  
príncipe el inspirar á todos respeto y amor.

---

## CAPITULO VII

JACINTO APRENDE A COSTA DE SU PELLEJO, CÓMO ES QUE SE INCULCA A LOS PAPAMOSCAS EL RESPETO POR LAS AUTORIDADES.

Al fin de un día colmado de emociones, naturalmente se sueña, al abrigo de buenas sábanas. Jacinto, afortunado hasta dormiendo, tuvo un ensueño deleitoso: parecióle que cazando á la sombra de un bosque añoso, le acompañaba al lado montada sobre un fogoso caballo corriendo tras un ciervo, Tamarís, ágil y resuelta como una Diana. Resonaban las bocinas, daban voces los monteros, la jauría ahullaba, y mientras el éco repercutía este ruido festivo, él sonreía ébrio de satisfaccion y ofrecía la mano á la arrogante cazadora. En lo mejor de tan deliciosa situación, sale repentinamente de una zanja un perro despreciable, un perro de aguas, asusta el caballo de Jacinto, quien... , entre dormido y despierto se arroja de su cama. Estaba ya el sol alto.

Interrumpido tan malamente en su deleitosa vision, iba ya Jacinto á cerrar los ojos para volver á dormirse, cuando notó representada en la luna de un espejo de cuerpo entero que estaba frente á su cama, la imagen del perro de aguas causante de su desagradable

aventura. Fuera de sí de ira quiso dar voces . . . . y, qué horror! en vez de gritar ladró: él era el perro! Aquel animalejo de fea y ridícula figura que saltaba y brincaba delante del espejo, era el príncipe Jacinto en persona, el último, el mas lozano de los vástagos de la ilustre casa de los Tulipanes.

De pronto tuvo Jacinto un acceso de desesperacion, maldijo de la fortuna envidiosa, gimió, lloró; pero muy luego se sobrepuso á estos sentimientos, recobró su dignidad personal y se dispuso á arrostrar su mala suerte. Sobre todo, se dijo á sí mismo, esto no puede ser mas que una prueba á que me pone el cielo, pues ya sea bajo la forma humana ó la de un perro, él mismo me ha hecho nacer para reinar. Si no me es dado gobernar en adelante á los Papamoscas, al menos seré el rey de la raza canina! Con solo mirarme me reconocerán por su señor todos los perros y tendrán á honra obedecerme. Véamos á mis nuevos súbditos.

Dijo así Jacinto, miróse al espejo y poco le costó reconciliarse con su nueva figura, porque en realidad era un lindísimo perro de aguas. La cabeza blanca y crespa, los ojos negros, la nariz roma, le daban el aspecto de un marqués empolvado. Confiado en sí, atravesó dos salones vacíos y entrando en la antecámara encontró en ella á todos sus perros perezosamente echados sobre una alfombra de Persia: como el oficio de los tales perros era no hacer nada, se desempeñaban á las mil maravillas.

Al ver aquel estraño, se levantó un lebrél no bien despierto todavía, acercóse al desconocido y comenzó á husmearle de la cabeza al rabo y desde este hasta

la cabeza con una familiaridad verdaderamente chabacana. El príncipe perro de aguas que no esperaba se le faltara así al respeto, se encrespó y gruñó en tono amenazador, dando ocasion á que se pusieran en pié todos los demás perros y cayeran sobre él aturdiéndole á ladridos. Un mastin de mal gesto y peor empaque, ahulló en su dialecto perruno: “ Este pillo no tiene collarin, es un intruso. — A él compañeros! ” Y diciendo y haciendo le dió tal dentellada al pobre animalito ( quiero decir, al pobre Jacinto ) que le hizo saltar por una ventana como lanzado en el espacio por la fuerza de un resorte.

Por fortuna de la dinastía de los Tulipanes, las alcobas de palacio solo tenían cuatro varas de elevación, y como el príncipe cayó al suelo sobre las cuatro patas, salió del lance sin mas novedad que el sustazo. “ Estos tontos de animales no me han conocido, dijo para sus adentros; pero juro que si llego á recobrar la forma humana, he de limpiar el palacio de semejante canalla. ”

Jacinto echó la vista al rededor y conoció que se encontraba en el jardin de palacio, que era al mismo tiempo un paseo público al cual nunca habia entrado. La ocasion no podia ser mas oportuna para mezclarse con la numerosa concurrencia y estudiar de cerca la masa de su pueblo.

Paseaban infinitas damas elegantes bajo la sombra de las alamedas y abundaban tambien las nodrizas y las ayas llevando al pecho y de la mano una multitud de alegres niños. Pero lo que mas llamó la atencion del príncipe fué la buena pasta que demostraban sus

soldados, pues tanto los de caballería como los infantes, se disputaban la preferencia para entretener los chiquillos y hacerles saltar sobre las rodillas, conducta amable que exitaba la risa al ver hombrones de tamaños bigotes y de sables á la Malambruno jugando la trompo y arrullando muñecas. Sin embargo, estas manifestaciones de buen natural tenian complacido á Jacinto, quien sentadito como un santo sobre las patas traseras, entretenido en ver cómo dos robustos zapadores hacian jirar una cuerda para que saltasen por sobre dos niñas chicas y sus criadas, oyó pronunciar estas dos palabras con un vozarron de trueno: “ Ya verás gran pícaro cómo te infundo respeto por el reglamento. ”

No dejó de conmover la susceptibilidad del príncipe aquella amenaza que denunciaba alguna falta de respeto contra las ordenanzas reales que él de su propia mano habia firmado el dia antes, y al buscar con la vista al temerario que se atrevia á violar la ley, recibió sobre el lomo un bastonazo tan bien dado que le arrojó boca abajo á diez varas de distancia. Incorporóse ahullando y se encontró cara á cara con un guardia de uniforme que se fué sobre él gritando: “ Mátenlo, mátenlo, que insulta á la autoridad. ”

Por valiente que fuera el príncipe-perro carecia de fuerzas corporales para medirse con su enemigo, y se echó á correr en tres patas huyendo de su verdugo que le perseguia de cerca. Las nodrizas se reian del pobre aporreado, los chicos le apedreaban, porque no hay cosa que divierta tanto á los Papamoscas como ver sufrir á los animales. No distaba mucho de allí,

por dicha, la verja exterior hácia la cual se precipitó, logrando guarecerse en la garita de la puerta.

El guardia siempre irritado se dirigió al centinela, y le reconvino por haber dejado salir á aquel perro.

— Sí, lo he dejado salir, contestóle secamente el centinela.

— Por qué no le habeis enterrado la bayoneta ?

— Porque no me lo ordena mi consigna.

— No se permite entrar aquí perros sueltos.

— Pero salir no es entrar, respondió el centinela.

— Hola! con que sabes argüir? Cómo os llamis?

— Bien sabeis, señor Lobo, que me llamo Narciso.

— Narciso, Narciso el buen mozo, el amado de Clavelina!

— La señorita Clavelina nó me quiere, como lo de-  
beis saber mejor que nadie, ya que solicitais su mano.

— Pues bien, pícaro, replicó el guardia, aprovecharé la oportunidad para darte una leccion. Hola, sargento! gritó dirigiéndose á un militar aguerrido con tamaños bigotes: llevad á ese hombre y tenedle cuatro dias en los calabozos de la policia. Se ha metido á argüir.

— Fuése el guardia, y aproximándose el sargento al soldado recluta, le dijo con tono de padre:

— Has hecho mal hijo; no ves que te perjúdicas en tu carrera ?

— Entonces es malo discurrir ?

— Es peor que malo, hijo mio, es delito.

— Y por qué, señor Lafior ?

— Por qué? y tú me preguntas por qué! Pues la cosa tan clara es que deslumbra. Los poderosos man-

dan que no se discurra, porque si discurriéramos, la razon estaria de parte de los mas fuertes, y en tal caso los mas fuertes no tendrian razon. Entiendes ahora?

— Lo que entiendo es, dijo Narciso 'suspirando, que pasado mañana salimos de guarnicion y que si mañana estoy preso, no podré despedirme de la señora Clavelina.

— Veremos de arreglar eso, dijo Laflor retorciéndose el bigote; no somos tan viejos para no respetar un sentimiento legítimo. Se acerca el sargento que trae el relevo, callaos la boca y confiad en mí.

Mientras duraba este diálogo, Jacinto echado en tierra y con el lomo caliente, hacía sérías reflexiones sobre los reglamentos y la obediencia ciega, y comenzaban á apuntarle ciertas dudas sobre si seria ó nó acertado que las leyes se hicieran por aquellos mismos á quienes han de aplicarse. Pero vínole á la memoria la imágen de la blonda Tamarís, y desechó súbitamente sus pensamientos sediciosos. Podria no ser un gran ministro el padre de criatura tan bella? Y por otra parte, érale dado acaso á un pobre perro delincuente, cuando menos por ignorancia, constituirse en juez de las concepciones administrativas y de las miras políticas del conde de Metomentodo?

---

## CAPITULO VIII

### EN LA PRISION

Viya la filosofía! Con estas tres palabras huecas ensartadas en alguna teoría peregrina, se eleva el alma mas allá de las miserias de la realidad. Jacinto salió de su escondrijo, cojo de una pata, embarrado hasta las orejas, pero poseido de profundo respeto por la ley cuya espada inexorable le habia herido, — y tomando, con aire grave y apacible, como de perro que se respeta, la calle ancha que circunvalaba el palacio, comenzó á estudiar de cerca al pueblo cuyo gobierno le estaba encomendado por la Providencia.

Por delante de él y á sus espaldas, prolongábanse hasta perderse de vista dos hileras de casas magnificas, idénticas unas á otras, de igual altura, de igual número de ventanas, con persianas, balcones, techos y puertas perfectamente iguales: solo se diferenciaban en la numeracion, de manera que aquel conjunto de habitaciones tanto parecia un palacio como un convento, un hospicio ó un cuartel: era aquello la uniformidad misma en su mayor esplendidéz!

No era menos admirable la calle que las casas. Una multitud compacta caminaba por las espaciosas aceras á cuyo borde exterior se veia de pié firme á los soldados municipales que obligaban á los transeuntes á tomar siempre sobre la derecha y á medir el paso sin tomar la delantera á nadie. Era vedado atravesar la calle, con escepcion de aquellas personas que enfrentaban con su domicilio ó cambiaban de ruta, y aun en estos casos era indispensable obtener permiso de la autoridad que con espada al cinto vijilaba militarmente los pasos de los ciudadanos y ofrecia á las señoras el amparo de su brazo. El espectáculo imponía! Advertíase sin quererlo que un ojo invisible seguia á cada Papamoscas hasta en sus mas inocentes distracciones, manteniendo esa preciosa igualdad que era honra y orgullo de la gran nacion. Todo hombre llevaba al pecho una condecoracion colgada con cintas de tan variado número de matices, que bien podia cualquiera imaginarse que habian asaltado las regiones del arco-iris para hacer botin de sus colores. Las mugeres no llevaban menos cintas que sus maridos, con la diferencia de cargar estas sobre la nuca enormes castañas de cabello rubio con una especie de envoltoritos encima, rosados, azules ó blancos, que de lejos remedaban coronas de flores caidas por casualidad sobre cargas de pasto.

Jacinto se colocó en la fila y siguió humildemente el andar de un vecino gordiflon que iba dando consejos á los hijos que llevaba de la mano: “ Guardáos, les decia, de ser voluntariosos, argumentadores, y de tener ideas propias. Nuestra sociedad se halla tan

bien regimentada que cualquier temerario que intenta desviarse de la fila y desobedece á la consigna, es al punto escarnecido, arrojado, esterminado. Y si nó, vedme á mí hijos míos, á mí que he repetido siempre lo que todos decían y jamás tuve voluntad mia ni pensamiento propio, vedme cómo he salido avante sin tropezar con ningún obstáculo; por el contrario, no hay quien no me haya dado la mano y ayudado: soy rico, todos me respetan, me sacan el sombrero, y si se me antojára ser un personaje, lo sería. Pero aborrezco de muerte la política, y nada me parece tan necio como ocuparse de los negocios públicos cuando tenemos un gobierno pagado espresamente para que nos ahorre esta molestia. Soy un verdadero Papamoscas, y á mucha honra lo tengo. Vivan el dinero y el buen humor, que lo demás es tontera. »

Jacinto escuchaba respetuosamente los sensatos conceptos de aquel hombre maduro, cuando se destaparon los conductos de las fuentes públicas y comenzó á correr agua cristalina por los desagües de las calles, y como el pobre perro estaba con tamaña lengua de cansancio y de sed, creyó que podría, sin contravención de los bandos de policía y sin perjuicio de nadie, beber un poco de aquella agua que parecía brindarse á las necesidades de todo bicho viviente. Por lo tanto, bajóse Jacinto de la vereda y metiendo el hocico en el líquido que sintió fresco y agradable, se sentó en seguida á darse un baño de cuerpo entero, tentación muy propia de un perro de aguas. Inmediatamente comenzó á sentirse reanimado, mejor de sus dolores, y á experimentar un bienestar desconocido,

y á pesar de ser perro convino en que vivir era una felicidad.

Jacinto que era de suyo atento y bien criado, tomó el medio de la calle así que salió del agua, para no salpicar á nadie al sacudirse y coscarse. Sentia correrle por las carnes un fresco voluptuoso, cuando una mano brutal le tomó por el cogote y levantándole en peso le hizo bailar el fandanguillo con las cuatro patas en el aire.

— Sargento primero, gritó el verdugo cruel echando al pobre perro de aguas en brazos de un empleado municipal; ahí teneis otro sin collar y sin hociguera: y van dos en este mes; al tercero os quito el empleo.

— Vagabundo, azota calles, dijo el municipal apretándole el cuello al prisionero, morirás en mis manos, yo te enseñaré á insultar las autoridades.

Por dicha de Jacinto pasaba en ese mismo momento un carro techado á cuyo conductor detuvo el empleado municipal y le dijo á gritos:

— Hola! Pedro! tomad á este perillan y haced que baile como pájaro en sarta.

— No haya cuidado, mi sargento, respondió el cartero riéndose, con este serán veinte destinados á dar el salto mortal.

Arrojado dentro del lúgubre carruage cayó como pudo el pobre Jacinto sobre un monton de perros; pero entre un ladrido aquí y una dentellada mas adelante, consiguió ganar un rinconcito en donde se puso á reflexionar sobre la estupenda policia del conde de Metomentodo.

Pero no duraron mucho sus reflexiones, porque de-

túvose el carro á poco andar, bajáronle el toldo y echaron á Jacinto en un corralon donde habia como unos cincuenta perros presos como él.

La sociedad aquella era un tanto desigual por los personajes, pues la componian perros de todo pelo y tamaño desde el faldero delicado y medroso hasta el bulldogo rechoncho y camorrero. Jacinto se acercó naturalmente á un corrillo aristocrático y allí escuchó una conversacion por el estilo de las que usaban sus cortesanos en palacio.

—No comprendo, decía un perrito fino de faldas, de ojos despiertos, cómo se han atrevido á tomarme preso: llevaba la caja de rapé de mi amo el capitán, como lo hago todos los dias, para llenarla en el almacen de nuestro marchante cuando me detuvieron. Cómo no han conocido que soy un perro militar? Estoy deseoso de saber si el ejército soportará semejante insulto.

— Por lo que á mí respecta, dijo una galga, no me pesa lo que han hecho conmigo esos torpones, que merecen una buena leccion y ya sabrán á su pesar quién soy yo.

— A quién perteneceis? le preguntó un perrazo de Terranova.

— Querido, esa pregunta es torpe, respondióle la damisela de hocico punteagudo; si supiéseis habríais leído lo que está grabado en mi collar: *Soy Mirza, Azucena me pertenece*. Tengo á mis órdenes una camarera que emplea dos horas diarias en jabonarme y un page exclusivamente destinado á sacarme á paseo. Cielos! exclamó alzando la pata como previniéndose

contra una desgracia, quién es este feote perro de aguas que se atreve á acercársenos? Puf! qué asco! un perro de ciego pordiosero! Yo detesto al pueblo; ya se vé, huele tan mal!

A fuer de galante y de caballero, el Terranova embistió á Jacinto y le mostró tal ceño que le obligó á irse de allí.

Abrióse á la sazón la puerta y el custodio del establecimiento entró trás un personoge de casaca verde en cuyos ojales lucia un roseton de cintas de todos los colores. Por el todo del vestido y los puños largos de la camisa se conocia que el caballero recién entrado era un médico.

— Esta es la pesca de hoy, señor Doctor, dijo el alcaide. Os parece bueno este Terranova?

— No, señor Lamalva, contestó el foráneo. Abrimos dias pasados á uno de estos por la barriga, y el muy perro nos mordió antes de resignarse á morir. Lejos de mí los animales que se defienden! no los desuella uno con gusto.

— Y este perro de aguas?

— No. No entran perros de aguas en mi anfiteatro, porque se sensibilizarian los practicantes: no quiero nada con perros plebeyos. Traedme aquí ese falderillo.

El guarda descolgó de la pared una especie de red y la echó sobre el faldero que se dejó tomar sin oposicion.

— Lindo animal, y en buenas carnes, dijo el Doctor palpando al perrillo; este me cuadra. Le introduciremos suavemente un tubo delgado en el estómago y

estudiaremos por este medio los fenómenos de la digestión.

— Y la ley protectora de los animales? dijo La-  
malva riéndose: me parece, Doctor, que estais estro-  
peando al perrillo.

— La ley no habla con nosotros, respondió el mé-  
dico. Hemos dejado de ser hombres; somos la ciencia.

— Qué es esto? dijo el alcaide desabrochando el  
collar del faldero. No veis estas letras grabadas sobre  
una planchuela de cobre: M. R. D. G. y dos sables  
en cruz? esto me huele á conspiración.

— Teneis buen olfato, dijo el Doctor.

— He servido diez años al baron Plañideras y he  
aprendido á su lado á deseonfiar de todo, á temer de  
todo, porque este es el mejor remedio para no ser en-  
gañado. A mas si llegára á descubrir una conspira-  
cion saldria de pobre y ascenderia á alcaide de alguna  
cárcel de Estado. Cosa triste es cuidar perros cuando  
se siente uno capaz de vigilar hombres!

— Éreis ambicioso.

— Tengo el corazon bien puesto, no lo niego, y  
quiero adelantar como cualquier hijo de vecino, sal-  
vando al mismo tiempo á mi rey y á la patria. Estas  
letras M. R. D. G. dicen bien claro: *me rio del Go-  
bierno*, y los sables cruzados son signo de reunion  
clandestina.

Abrieron de fuera la puerta con violencia y entró  
por ella un oficial de bigotes largos, con látigo en  
mano, con el sombrero al lado y con cara de vinagre.

— Está aquí Castor? dijo á voces. Voto á Cristo!  
si no me lo entregan!!...

**A estas voces dió un brinco el faldero y se lanzó sobre su amo como si quisiera comérselo.**

— No, Castor, no, picaruelo, no quiero que me hagas cariños, dijo el oficial conmovido. Tengo que ajustar aquí ciertas cuentas. Quién se ha atrevido á detener en la calle al perro de un oficial?

— Señor, la ley rige para todos los ciudadanos, dijo el honrado Lamalva.

— Silencio, insolente! dijo el capitan, tened entendido que el soldado no es ciudadano. Ahora mismo voy á ver á mi primo el general en gefe y haré que os rompan las costillas.

— Yo me adelantaré á poner en conocimiento de la policia este collar sospechoso, respondió el alcaide entre confuso y enojado.

— Tonto! dad acá ese collar, dijo el oficial.

— Señor capitan, dijo el doctor entrometiéndose en el diálogo para que no acabase mal, tendríais la bondad de esplicarme el significado de esas cuatro letras M. R. D. G. y de los dos sables?

— Con mucho gusto: son las iniciales de mi nombre y títulos y las insignias de mi profesion: Mario Rodelas duque de Gobeá, capitan de coraceros para serviros.

— Señor duque, dijo Lamalva compungido, dignaos disculparme y quedad persuadido de que la administracion, de conformidad con mis informes, castigará severamente á quien ha tenido el atrevimiento de capturar al perro de un capitan.

El oficial se fué, y al alcaide se le pasó el susto.

— Señor Doctor, ya vé V. que no es cosa tan llana

desempeñar mi empleo; quisiera mas antes ser ministro. Se meten cincuenta vecinos á la cárcel sin qué ni para qué y nadie se queja; sí alguien osa hablar lo ponen puertas adentro con los demás: y mientras tanto por un perro insignificante, cojido legalmente, me insultan y me amenazan. Cuánto mas fácil es gobernar á los hombres que á los perros!

Al pronunciar la última sílaba de esta doliente frase, sintió Lamalva un fuerte manoton en las espaldas que le obligó á volver la cara, y á disimular con una risa placentera el desagrado de aquella grosera familiaridad, pues se encontró frente á frente con un hombre con la librea de palacio, punzó y oro.

— Decidme, buen hombre, dijo con aire protector el lacayo, no sabreis decirme si está aquí una galga cenicienta con mandil de terciopelo colorado?

— Acaba de entrar en este momento, contestó el alcaide inclinándose hasta el suelo.

— Cómo en este instante? preguntó el orgulloso lacayo.

— Señor, no hace diez minutos.

— Diez minutos! replicó el hombre del vestido rojo y oro; y cómo es que á las cinco no ha estado ya en el ministerio?

— En el ministerio! exclamó Lamalva empinando la rabadilla y doblándose como un arco. Todavía, señor no he tenido tiempo para examinar con detencion esta pacotilla recién descargada.

— Debíais haberle tenido, replicó el lacayo llamando á la galga. Cómo habeis podido confundir á

este noble animal con esa chusma? No sabeis leer? no veis lo que hay escrito en este collar?

— Dispensadme, dijo el alcaide tartamudeando, aquí dice: *Soy Mirza, Azucena me pertenece*. Pero, señor, qué significa Azucena?

— No conoceis á la señorita Azucena, primera camarera de la viscondesa Tamarís, hija de su Excelencia el señor conde de Metomentodo! Con qué es V. hombre de apoderarse de la galga de la camarera de la hija del primer ministro y de no remitirla inmediatamente al ministerio! Está muy bueno, ya se os proporcionarán momentos de silencio y de ócio para que podais dedicaros á aprender la historia y la geografia.

— Pero, señor, la captura de la perra es legal; yo no hago mas que dar cumplimiento á la ley.

— La ley! dijo desdeñosamente el lacayo. Pero os imaginais que la ley pueda rezar con los perros del gobierno? Desde esta misma tarde sabreis cómo ha de respetarse la administracion.

Y levantando á la galga en brazos, salió con paso magestuoso el purpurino lacayo.

— Insolente! dijo el médico. Le abriria de buena gana el cráneo para ver si en esa cholla hay algo mas que viento.

— Ah señor! él tiene sobrada razon, exclamó. La malva. Vuestra visita me ha perdido: sin ella tenia asegurada mi fortuna: habria reconocido á todos los perros, encontrado á ese noble animal y le habria llevado al momento á su dueña, y la señorita Azucena loca de contenta habria llamado á su hermosa ama,

esta á su padre, el padre al príncipe y al Estado, y me hubieran colmado de favores. Y ahora por ignorante y estúpido me encuentro en la calle.

— No tal, dijo el doctor. Soy medio conocido de esa Azucena á quien asistí una vez, y arreglaré este negocio. Con las prendas de buena ley que os distinguen, querido Lamalva, un hombre de vuestro temple llega al fin á hacer una brillante carrera en la administracion. Dentro de pocos años sereis mi protector; pero mientras tanto enviadme en la noche al laboratorio de palacio ese manso perro de aguas. Tiene un aire de inocencia y de docilidad que me conmueve, y no quiero que lo ahorquen y cuelguen como á un bandolero. Tenemos que informar como peritos en un caso de los mas raros que pueden presentarse en materia de medicina legal. Se trata de una muger que segun unos ha sido envenenada y segun otros sofocada. Mañana sabremos la pura verdad por medio de los experimentos que hemos de hacer con este animalito: primero lo envenenaré y despues le apretaré el pescuezo. Será una experiencia interesantísima.

— Os olvidareis de interesaros á mi favor con la señorita Azucena? dijo suspirando el alcaide. Tengo la cabeza perdida, me hallo sin rumbo: porque si la ley no se ha de aplicar ni á la ciencia, ni al ejército, ni á las camareras, ni á los lacayos, ni á los perros de palacio, á quién se aplica entonces?

— A los tontos que se dejan cojer y á los mas tontos que estos que se dejan colgar, díjole el médico riéndose de los ojazos de sorpresa que abria el alcaide al escucharle.

## CAPITULO IX

### EN QUE ARLEQUIN SE DA A CONOCER

Triste cosa era por cierto para el corazon de un jóven que se hallaba en los dieziseis abriles gozando del cariño universal y de las ventajas de la hermosura, hallarse repentinamente transformado en perro por un capricho de la suerte y espuesto á morir ahorcado por antojo de la señora justicia. Jacinto que se encontraba en caso tan crítico como este, fué á ocultar sus penas en un rincon del patio, lanzando de lo íntimo del pecho un prolongado suspiro, mas bien desahogo de su cólera que de su tristeza. Un mastin enlodado que allí cerca dormia tendido en el reverendo suelo, abrió los ojos, levantó la cabeza y mirando de soslayo al del suspiro:

— Cualquiera creeria, dijo, que aquí solo van á colgar á este caballero. Déjennos dormir.

— Vaya, camarada, un poco mas de indulgencia, dijo al mastin un perro grande y gordo, para con ese pobre niño que llora... Acercaos, chico, que quiero conversar con vos.

Miró Jacinto al que le hablaba así y vió que era un

enorme Bulldog cuyos ojos inyectados de sangre, orejas cortadas, ancho hocico negro, nariz roma y boca despidiendo espuma, no le daban, por cierto, apariencia de cortesano. Pero como á pesar de la voz ronca y desapacible del mastin, eran tan benévolas sus palabras y bondosos sus modales, no tuvo inconveniente el príncipe-perro de aguas para acercarse á su nuevo amigo.

— Chico, díjole el perro viejo: al verte tan afeitado y tan limpio, no me cabe duda que pertenecéis á alguna marquesa regalona ó á la esposa de algun richacho plebeyo, y me sorprende que no acuda á poneros en libertad.

— A nadie pertenezco, dijo con orgullo Jacinto, y jamás soportaré sobre la mia la voluntad de un amo, y en razon de esta independencia han de matarme estos alcaldes villanos.

— Bravo! hijo mio, continuó diciendo el Bulldog. Estimo mucho á los perros jóvenes que desprecian el collar aunque sea de oro. Debeis felicitaros de haber dado con Arlequin, porque el viejo Arlequin no desconoce jamás á sus amigos. Todavía estamos desatados y podemos pensar en salvar el pellejo: escurros tras esa pila de piedra y continuad cavando sin ruido un agujero que encontrareis comenzado, mientras yo quedo á la mira de lo que pueda ocurrir.

Jacinto se arrastró bajo la piedra del bebedero y dió con un cerco de madera á cuya base habia una escavacion comenzada que él siguió ahondando con empeño hasta chorrear sangre de las uñas y del hocico. Logró llegar hasta la raiz de las tablas y ver la

luz del lado opuesto; pero le faltaron las fuerzas antes del término de la empresa.

— Alerta! dijo el viejo Arlequin, sacando de pronto su caraza aplastada: se oyen voces en el vestíbulo y el tiempo nos corre.

Diciendo así, se echó de barriga, se arrastró hasta entrar en el hoyo y miró por la hendedura de una tabla carcomida.

— Victoria! dijo, estamos del otro lado!

Y dando con la cabeza como con un ariete contra la tabla maltratada por la humedad y el tiempo, la derribó en un abrir y cerrar de ojos.

— Seguidme, chico, dijo á su compañero, y cuidado con meter bulla.

Si Jacinto se creyó salvo, no le duró largo rato el gusto, porque tanto él como su amigo halláronse despues de la escapada encerrados entre cuatro paredes sólidas y bien altas, en presencia de montones de perros muertos y desollados, de tripas recién sacadas, de pieles chorreando sangre, espectáculo desagradable por cierto y nada tranquilizador. Pero Arlequin no se turbó, y como estaba firmemente decidido á salvar el bulto, deslizábase á lo largo de los paredones aquellos en busca de algun medio de evasión que pudiera proporcionarle la casualidad ó la maña.

En estas andanzas llegó á una puerta entreabierta, se paró, miró á Jacinto, quien entendiendo lo que queria decirle con los ojos, se le apareó. Hallábanse justamente á las espaldas de Lamalva que leía un periódico y fumaba su pipa á la inmediacion de una puerta alta de vidriera que daba á la calle, la cual quedaba

casi obstruida con el volúmen del lomo y de la barriga del alcaide. Estaban perdidos aquellos dos pobres reclusos.

— Seguidme y haced como yo haga, le dijo á la oreja el Bulldog á su protegido, y arrastróse de barriga poquito á poco y muy quedo, hasta ponerse muy cerca del alcaide.

Leia éste el diario de la Côte titulado *La Verdad Oficial* y habia llegado justamente á un artículo que le interesaba sobremanera, y que decia así:

» Entre las solicitudes presentadas á Su Magestad el dia de su advenimiento al trono, que ascienden á 1,352,000, ha despertado la atencion de cuantos la han leído la registrada con el número 125,727, redactada por la Sociedad Protectora de los animales domésticos. Las almas piadosas y sensibles que la componen indignadas al ver cómo se maltrata diariamente en público á aquellos pobres animales, suplican á la autoridad que en adelante no se cuelguen los perros sueltos y se ponga término á semejante barbarie. La Sociedad opina que podria matárseles sin mortificarles y aun proporcionándoles placer, ya por medio del cloroformo ó del ácido prúsico, conciliando así los deberes de la justicia con los derechos de la humanidad. »

— Cargue el diablo con estos filántropos! dijo el alcaide arrugando con enfado el periódico; siempre andan buscando trazas para arrebatár al pobre su mendrugo! Que les den condecoraciones y empleos y nos dejen en paz! Como si no fuera tan arreglado á lo justo hoy como en tiempo de mi abuelo el ahorcar

á los perros! Pobres animales! Estoy seguro que si les pidieran parecer habian de estar por la sogá y no por esos brevages de botica: están ya tan acostumbrados al sistema antiguo!

Al pronunciar estas palabras, un bulto desmesurado le saltó al pescuezo y dió con él de cabeza en la vereda de la calle. Levantóse furioso del suelo y vió dos perros ya muy distantes de aquel lugar que huian como galgos para ponerse en salvamento. Su primer impulso fué echarse á correr tras los fugitivos; pero cuando menos lo esperaba, agolpándose en tropel á la misma vidriera los demás perros prisioneros que habian husmeado el camino de la libertad, se mandaron mudar dejándole con tamañas narices y las costillas molidas. Intentó Lamalva pedir ayuda á voces, pero nadie le oia porque mas alto que sus gritos subia al cielo el coro de ahullidos de la chusma perruna que tomaba las de Villadiego. En aquel dia el crimen de Arlequin dejó sin obra al verdugo, y como lo notó un periódico oficioso, debió cubrirse con un velo la estatua de la Ley.

---

## CAPITULO X

### DE LA FILOSOFIA ENTRE LOS PERROS

Arlequin se mandó mudar como maestrizo en la materia, segun acabamos de ver, y echó á correr rabo entre piernas, alentando á su compañero Jacinto con el ejemplo y el consejo para que no se quedára atrás. Despues de atravesar callejuelas oscuras, calles angostas y senderos desusados, se paró al fin el Bulldog, jadeando y con tamaña lengua de fuera.

— Chico, dijo á su compañero, tranquilizaos que ya estamos en casa.

Encontrábanse en el corral de una granja rodeada de establos y cabañas de pobrísima apariencia. Mas hácia adentro se veian altos montones de estiércol y de otras inmundicias levantados en el centro de un terreno plantado de cebollas, zanahorias, lechugas y melones, y nada se parecia todo aquello á los jardines de palacio ni al fresco y verde musgo de los parques reales.

El Bulldog enterró patas y narices en uno de aquellos receptáculos de desperdicios hediondos y sacó á luz algunas piltrajas de ensangrentadas carroñas, y

echándose con su presa sobre la blandura del estiércol, se puso á devorar con apetito verdaderamente canino aquel manjar que le deparaba la suerte. Jacinto por su parte comenzó por lavar el lodo y la sangre de sus patas laceradas, en el agua de un charco inmediato al pozo del corral de la granja.

— Hola! mozalvete presumido, gruñó el veterano Arlequin: cuando hayais concluido de aderezaros la pluma como un palomo, venid á merendar conmigo.

Jacinto trepó al monton de cieno y parecióle muy blando aquel colchon rústico á pesar de no ser muy fragante. Hincó la punta de los dientes en la escasa carne del hueso que le brindó su camarada y no tuvo valor para comer de un manjar á que no estaba acostumbrado.

— Es esta la morada de vuestro amo? le preguntó al Bulldog.

— Hijo mio muy querido, yo no tengo amo ni lo quiero tampoco. Ahora tres años entré una vez á esta casa por casualidad y me dejaron alojarme en ella sin que nadie me incomodára, y desde la primer noche de morada comencé á pagar la hospitalidad mordiendo las piernas á ciertos curiosos que habian saltado las paredes para examinar de cerca si amarillaban ó no las lechugas. Desde entonces me cuentan en el número de los amigos de la casa. Por la noche me paseo por esta huerta y de dia callejéo por la ciudad ó duermo á mi satisfaccion en el pajar sin que alma viviente perturbe mi descanso. No me meto con nadie, nadie se mete conmigo, que es cuanto puedo apetecer en mis años.

— Y siempre habeis vivido como ahora? preguntóle Jacinto.

— No por cierto, hijo mio; tambien he sido jóven y entonces amé á los hombres como todos los de mi raza; pero hace ya mucho tiempo que esos ruines me han curado de semejante locura.

— Os apalearon, ó intentaron contra vuestra vida?

— Si no fuera mas que eso todavia les amaria, porque los palos no son para amedrentar el corazon de un perro, y conociendo que el hombre es perverso por la naturaleza, me habria resignado tambien á soportar las consecuencias de ese defecto fatal. Pero lo que no puedo perdonarle es que sea ingrato y traidor. Escuchad la historia de mi vida y aprovechad de las lecciones que ella encierra.

Entre los recuerdos confusos de mi infancia, tengo bien vivo el de la preciosa niña que me crió: paréceme que la veo cuando me tomaba en brazos, me acariciaba y sopaba en leche el pan de su almuerzo para regalo de mi goloso paladar. Yo agradecido la amaba con ternura. Desde que la veía venir de lejos ya comenzaba á hacerla fiestas, á saltar, á ladrar de contento, ansioso por agradarla y divertirla. Mi vida dependia de su felicidad. A los tres meses de este cariño mútuo, notó mi bellísima patróncita que comenzaba yo á crecer y tomar cuerpo y sin mas ni mas me vendió por cuatro reales á la viuda de un carnicero de la vecindad. Un perrito dogo me reemplazó en las tiernas faldas de mi idolatrada señorita.

Era mi nueva patrona una viuda jóven á quien habia dejado su marido por única fortuna la mesa ó

mostrador de su oficio, y siéndola forzoso trabajar á toda hora para no morir de necesidad, me trajo á su lado para que la ayudase. Al amanecer de cada dia, me ataba la viuda á una carretilla y recorríamos juntos la ciudad repartiendo carne á los marchantes. El trabajo era pesado, pero no me desagradaba, y aun habia llegado á cobrarle afecto á aquella buena muger y á envanecerme si se quiere, al ver que el negocio prosperaba con mi auxilio, como muy bien me constaba por el aumento del peso de la carretita. El único pero que podia ponerle á mi carnicera era tener la mano demasiado pronta y pesada, pues empleaba mas de lo necesario el látigo para alentarme y recompensar mi empeño en servirla. Iba sin embargo acostumbrándome á los azotes; porque como es sabido, nada atonta mas que el amor. Pero amaneció un dia en que echando sus cuentas la buena señora vió que tenia bastantes ahorros para proporcionarse un caballo en vez de un perro y en lugar del difunto un marido vivo para que manejase su carretilla. Como ya no me necesitaba, segun sus nuevos cálculos aritméticos me echó á la calle, y como tuviera yo la tontera de manifestarle con ahullidos mi sentimiento al dejar la casa y apartarme de su lado, me hartó de palos y convocó á los vecinos para que me apedreáran so pretesto de que en un barrio decente nadie tiene derecho á ladrar cuando le estropean á palo y piedra.

Esta leccion hubiera debido corregirme de mi majadería; pero era yo un tonto y no podia vivir sin amar á alguien. Pocos dias despues estaba ya al servicio de una panadera que me daba poco de comer y

me zurraba á cada instante; pero como tenia un hijo chico con quien yo retozaba, el cariño al chiquillo me hacía llevaderas mis cuitas y soportables los azotes. Como á los dos años de estar al servicio de mis nuevos amos, sucedió que en una calle muy frecuentada chocó por casualidad un coche con nuestro humilde carretoncillo y lo volcó, de resultas de cuyo fracaso me lastimé una pata tan gravemente que solo arrastrándome en las tres sanas pude llegar hasta casa. No permanecí en ella muchos dias, pues como la panadera era tan económica de compasion como de bolsillo, viendo que mi enfermedad podia ser larga y onerosa para ella, esa misma tarde de mi quebranto, mientras me acariciaba con una mano, echaba con la otra en el bodrio de mi merienda ciertas bolillas apetitosas. Por fortuna mia, acertó en aquel mismo momento á pasar por allí una gallina que se tentó á meter el pico en mi plato, pagando la pobre bien caro su golosina, pues pasados dos minutos comenzaron las plumas á erizársele, á saltársele los ojos y á torcerse como una culebra, hasta que quedó estirada. Yo que ví aquello, comencé á reflexionar sobre el peligro en que me hallaba y resolví huir de casa tan ingrata, jurando no aficionarme á nadie mas en lo sucesivo. Razon no me faltaba para pensar así puesto que mi primera ama me habia vendido, la segunda azotado y envenenado la tercera. Desde entonces dije adios á los hombres y me llamé á lobo para huirles y despreciarlos.

— Habeis sido desgraciado, dijo Jacinto, y el infortunio enjendra la injusticia. No todas las mugeres son

móstruos como esas que tan desapiadadamente os maltrataron.

— No perdais de vista en primer lugar, que no hay uno solo de esos animales en dos patas, que no se avergüence de sí propio, y no haga cuanto puede para disimular la fealdad de su cuerpo. Nosotros los perros somos vigorosos, ágiles, bellos, airosos, y nos presentamos delante de cuantos tienen ojos en la cara, tales como la naturaleza nos ha hecho. El hombre desde que nace aparece deforme, desnudo, inepto para todo, requiere una piel prestada y la ayuda ajena porque no puede valerse de sí mismo para nada. Qué sería de él si no pudiera vestirse y abrigarse á costa nuestra? Habeis averiguado cuánto nos cuestan las gracias de la muger que brilla en el paseo y que talvez os arrastra tras sí? Habeis sumado la cantidad de animales que desuella el hombre para que nada falte al vestido y al tocado de esa hembra egoista? Las plumas, la peleteria, el manguillo, los guantes, cuanto lleva consigo, todo ha sido adquirido á precio de un asesinato; todo, sin esceptuar las pomadas con que desde que se levanta pálida hasta que se acuesta rendida, se unta mil veces las uñas y el hocico. La porcion mas pura de sangre de nuestras venas la sirve para mantener la frescura de su cútis. Oh! si las béstias pudieran ponerse de acuerdo entre sí, mucho tiempo hace que hubieran esterminado á esa raza pérfida y cruel que solo vive de felonías y matanzas.

— Así lo hacen los lobos, dijo Jacinto.

— Razon teneis, hijo mio, dijo Arlequin; y si los hombres solo se encarnizáran contra los demás anima-

les y exceptuáran á los perros, talvez incurriera en la debilidad de disculparlos, alegando que la naturaleza les ha creado carnívoros y que no pueden menos que ceder á la ferocidad de su instinto. Pero no es así: no se contentan con matarnos á nosotros, sinó que se devoran entre ellos mismos. Los lobos no se comen unos á otros, pero para el hombre no hay placer igual al de sorprender astutamente á su semejante y asesinarle. Cuatrocientos mil Papamoscas en la flor de su juventud se adiestran dia á dia en el arte de matar á sus vecinos los Gallogrulllos, y seiscientos mil Gallogrulllos, la esperanza futura de este pueblo, emplean la primavera de la vida en aprender, á costa de muchos padecimientos, cómo despachar al otro mundo á sus amigos y vecinos los Papamoscas por el camino mas corto. La tierra es un huerto que brinda sus frutos á todos sus habitantes y que el hombre ha convertido en un matadero. Por donde quiera que pásala, la sangre brota de sus huellas. Y si siquiera matára para satisfacer el hambre! Yo disculparia esa crueldad si el vencedor devorase á su prisionero, porque al fin el cazador ha de vivir de su escopeta. Pero nó; se matan entre sí, sin necesidad, de puro gusto, para deleitarse con el tufo de la matanza. Despues de una batalla, cuando todavía no están enterrados los muertos de una y otra parte, ya los príncipes se dán la mano y se abrazan. Tanto en un campo como en otro de los combatientes, todo es parabienes, felicitaciones, ósculos de paz, repiques, salvas, alegría y fiesta para todo bicho, menos para las víctimas del cañon y para los huérfanos cuyas lágrimas nadie enjuga.

— Pero, si los hombres son tan perversos cuando se trata de nacion á nacion, preguntó Jacinto, ¿ cómo es que viven sin destruirse unos á otros los ciudadanos de cada pais?

— Yo solo conozco á los Papamoscas, contestóle Arlequin; pero no hallo dificultad para esplicaros cómo se mantienen en paz. Entre estos existen dos razas diferentes: los vencedores y los vencidos, los conquistadores y los siervos.

— Quién os lo ha dicho? preguntó Jacinto.

— Mis ojos. No habeis observado que unos Papamoscas usan sombrero elástico y otros sombrero redondo? Los primeros cargan espada al cinto, visten uniforme y llevan al pecho decoraciones y cruces; los segundos usan simplemente frac ó chaqueta. Unos caminan con la cabeza erguida, hablan en alta é imponente voz, como que son los amos, mientras que los otros, andan con la cabeza gacha, hablan bajo y obedecen porque son los siervos. En tanto que los vencidos sudan en beneficio general, los vencedores mantienen el orden en provecho propio.

Jacinto miró con estrañeza á su compañero, admirándose de que cupiese tanta ignorancia en un animal aun siendo perro, y no quiso dejar pasar la oportunidad de rectificar las falsas ideas de Arlequin.

— Estimado camarada, le dijo, yo creo que no hay aquí ni vencidos ni vencedores, conquistadores ni siervos. Segun lo que he oido decir, los hombres obedecen á cierta regla que se llama ley, y existen empleados que la hacen efectiva.

— Si es así, hijo mio, los hombres son entonces mu-

cho mas perversos que lo que yo me imaginaba. Pues qué, sería indispensable que media nacion echára el arma al hombro para forzar á la otra media á vivir honradamente? Tenemos nosotros los perros, oficiales con elástico y espada, por ventura? Y sin embargo vivimos en paz y cortamos nuestras mas reñidas desavenencias con unas cuantas tarascadas. Lo mismo hacen los toros, los carneros, los lobos y hasta los zorros. El hombre es el único animal á quien sea necesario embozalar y darle palo para que no devore á sus hermanos. Raza odiosa, nacida para desgracia del universo, yo te maldigo!

— Sabeis, dijo Jacinto, que escuchándoos comienza á inspirarme adversion y espanto la especie humana?

—Pobre chico! vos mismo no sabeis hasta dónde llega vuestra debilidad. La primera muger que os acaricie, el primer hombre que os halague, será vuestro amo. Os dejareis engañar como yo. Nosotros, pobres perros desvalidos, sacamos del vientre de nuestras madres una necesidad de amar que nos hace desgraciados. Hasta que el corazon no se nos va en sangre por la boca de cien heridas no aprendemos á vivir ni perdemos la postrera esperanza, y entonces. . . .

— Qué se hace? dijo Jacinto.

— Callar la boca, esconderse en un rincon y espiar.

Dijo, tendió el hocico, lo acomodó descansando sobre las manos estiradas, y el provector Arlequin enmudeció como un muerto.

Jacinto miró melancólicamente la luna que despuntaba en el horizonte; pero muy luego sacudió la tris-

teza que se habia apoderado de su espíritu, formando de su cuerpo un ovillo, cerrando los ojos y haciendo coro con los suyos á los ronquidos del camarada viejo.

---

## CAPITULO XI

### CLAVELINA

Estaba ya el sol alto cuando despertóse el príncipe-perro de aguas. Arlequin habia madrugado y siguiendo su instinto de vágabundo viejo callejeaba por la ciudad con peligro de su pellejo. Estaba pensando Jacinto en el partido que tomaria, cuando vió abrirse una ventana inmediata por la mano de una niña cuyo traje decia á voces que en aquel momento se bajaba de su cama, y cuyo brazo desnudo se estiró colgando en la pared exterior la jaula en que saltaba un pajarillo.' Hecha esta operacion, soltó las abundantes y negras ondas del cabello que la llegaba hasta los piés, y púsose á peinarle y á trenzarle. Los perros tienen ojos como los hombres para ver, y Jacinto no pudo menos que quedarse como clavado ante el hechicero espectáculo que contemplaba. La desconocida era alta de estatura, delgada de talle, desenvuelta de pechos y de espalda, y digna de un trono por la gallardía de su apostura. Qué princesa no la hubiera envidiado la blancura de su téz, el perfil gracioso de su

voluptuosa nariz, la luz de sus ojos rasgados y la armoniosa curva de sus cejas de ébano?

Terminó la niña su tocado y regó en seguida las dos plantas de resedá y de heliotropio que constituían todo su jardín. El mirlo contento con la influencia de la luz de una mañana de primavera saltaba entre los alambres de su jaula, sacudía las alitas y lisonjeaba á su ama repitiendo el nombre de ella: « Clavelina! Clavelina! »

El éco de este nombre sacó á Jacinto de su éxtasis y comenzó á imaginar que la niña á quien contemplaba podía ser muy bien la querida de Narciso. Cómo salir de la duda? La casa tenía, es verdad, una tablilla con el siguiente letrero: *Agudo, tendero de clavos*; pero estas palabras nada significaban.

Aguijoneado por la curiosidad se aproximó el príncipe al paredon viejo de la casa, y vió salir por su puerta á Clavelina con un cántaro en la mano para tomar agua de la fuente inmediata.

— Lindo *guá-guá!* dijo la chica al ver al perro de aguas: vén monono, no tengas miedo; un besito para tu ama!

Jacinto era tímido porque era jóven, y se echó atrás, pero con tanto desgano, que se dejó cojer. Son tan blandos de corazon los perros!

Clavelina jabonó bien á su reciente esclavo, lo lavó, lo secó al sol con esmero y lo llevó al cuarto de su casa en donde trabajaba. Era este cuarto un taller grande con diversas herramientas, una frágua, una bigornia, bancos de herrero, envoltorios de alambre, tenazas, y de cuyas paredes colgaban varios martillos,

hileras, terrajas, y otros chismes de las artes mecánicas cuyo nombre y uso eran desconocidos para el príncipe. Lo que únicamente sabia de cierto era que se hallaba en casa del ciudadano Agudo y que segun todas las apariencias, Clavelina era la hija del fabricante de clavos.

Clavelina se sentó en una silla baja, tomó su labor, y Jacinto se echó á sus piés con los ojos clavados en la costurera. La niña zurcía un vestido que mostraba haber sido testigo de dias mejores, y suspiraba, y tiraba la aguja, y repetía entre dientes el estribillo de una cancion desconocida. Levantó poco á poco la voz con espresion apasionada, y concluyó por cantar esta antigua letra :

Desde el fondo de los bosques,  
Me llama una triste voz,  
La voz es de mi querido,  
Del rey de mi corazon  
Que mano alevosa tiene  
Prisionero y sin amor.  
Pajarillo color de cielo,  
Toma el vuelo,  
Y díle á mi rey que venga  
Que le espero.

—  
Ya le mandé el corazon,  
Le mandé mis esperanzas,  
Tambien le mandé la vida, . . . . .  
De manera que si tarda  
Me encontrará moribunda,  
Quizá me encuentre enterrada.  
Pajarillo color de cielo,  
Toma el vuelo,  
Y díle á mi rey que venga  
Que le espero.

Jacinto fué incorporándose poco á poco hasta empinarse sobre las dos patas traseras para poder fijar los ojos en la cantora, de manera que cuando ésta advirtió la afición con que la miraba su perrillo, no pudo menos que enternecerse.

— Pobre monono! dijo casi para sí; parece que me comprendiera. Con que me quíeres? Pues serás mi constante; quíeres que te llame así? Serás mi compañero, mi único amigo, ya que todos me abandonan. Ah Constante! dijo de repente llorando á lágrima viva: qué desgraciada soy, cuánto amo á Narciso!

— Clavelina, Clavelina, repitió el mirlo que se aburría en la ventana porque no le hacían caso.

La niña se estremeció.

— Dios mio! qué es lo que he hecho? he divulgado mi secreto. Constante, yo soy una chica honrada, no me descubras, te daré cuanto quieras. Tóma esta linda cinta que él me regaló: no digas nada á nadie porque me perderías.

— Pero, estaré loca! añadió lanzando un suspiro: cómo puedo imaginarme que este animalito me comprende y que puede hablar! Vén, monono, que mi aturdimiento al menos te sirva de algo.

Y besando al perro de aguas le puso al cuello una cinta azul de las mas bellas, prendida con una rosa tan en hoja como si manos no la hubieran tocado.

— Qué haces? dijo á la sazón una voz de trueno.

Jacinto levantó la cabeza y se echó á la vista un cíclope barbudo, con el cabello caído hasta las cejas, con un delantal que le bajaba desde el cuello hasta las rodillas, con brazos fornidos y las manos tiz-

nadas. Aquella figura era la del señor Agudo vestido en traje de ordenanza.

— Un perro de aguas en casa, continuó el forja-clavos, mirando á su hija airadamente y de soslayo, como si el pan no costára dinero y anduvieran los reales á rodo. Si así vamos, pronto tendremos mono y loro á usanza de las duquesas.

— Padre, dijo Clavelina tratando de disipar aquella tormenta, habeis encontrado obra para hoy?

— Trabajo no falta, contestó aquel oso humano gruñendo: dos mil ganchos me piden para el sábado. Pero quién los hace? me faltan brazos, y desde que me arrebataron á Narciso, no tengo á quien volver los ojos. Narciso! bonita patria tenemos! se apoderan de nuestros aprendices para hacerlos soldados y de nuestras pesetas para mantener el ejército. Y entonces, qué nos queda á los viejos? Narices largas, la barriga vacía y los ojos escaldados de llorar. Así no se adelanta camino.

— Echad á la fragua, padre mio, el alambre, que yo tiraré del fuelle.

— Bonita ocupacion para la hija de un maestro de oficio! Dá rábía pensar que unos trabajan hasta que revientan, mientras otros lo pasan tendidos á la bartola.

— Y si no, mirad cómo sopla el fuelle, continuó diciendo Clavelina, al mismo tiempo que tiraba á compás de la cadena de la fragua.

— Todas las gangas para unos, todos los malos ratos y los palos para otros. Dónde está la equidad? decia por su parte el cíclope atizando el fuego de la

hornalla. Querrian ellos ser tratados como nos tratan? Si yo fuera un poderoso, no seria por cierto cruel para con los desvalidos. Pero ya se sabe que los ricos son descorazonados.

Jacinto admiraba la filantropía del fabricante de clavos y reconocia en él al digno padre de Clavelina. Agudo que se habia olvidado del perro de aguas, puso los ojos en él por casualidad, y dándose una palmada en la frente.

— Esperad, dijo á Clavelina, me ha venido una ocurrencia y vamos á reirnos mucho: apartaos.

Habia al pié de la fragua una especie de armazon redondo formado de alambre dividido por unos atravesaños de madera como á manera de los de las jaulas de ardilla. Tomó Agudo al dicho armazon, lo hizo girar y dar vueltas hasta ponerle en comunicacion con la cadena de la fragua.

— Qué es eso? preguntó Clavelina.

— Hija mia, la rueda de estirar clavos de que se servia mi padre cuando trabajaba á usanza de su tierra. Ahora para hacerla andar necesitamos de un aprendiz que no cueste caro y que no murmure por la tarea: y ese aprendiz ya le tengo.

Y diciendo y haciendo, cojió el herrero al inocente perro de aguas y le echó dentro de la rueda de fierro impulsándola con tanta violencia que Jacinto por no caer boca abajo comenzó á manotear como quien se ahoga.

— No lo lastimeis, padre mio, gritó Clavelina.

— Lo pondremos entre vidrieras! dijo el herrero: que gane su pan como yo, sudando. Cuando no hay

**holganza para los racionales, no deben descansar los perros. Anda, remilgado, ó si no te asiento la mano.**

No esperó Jacinto que le repitieran dos veces el consejo y continuó en su faena dando vuelta á prisa, acordándose de las sesudas observaciones de Arlequin, y diciendo para su capote que mejor le hubiera estado quedarse entre el estiércol de la granja que caer en los brazos cariñosos de Clavelina.

Al cabo de una hora sacáronle de aquella rueda de tormento, pero el incansable Agudo le volvió á poner en ella seis veces durante las veinticuatro horas del día, de manera que cuando llegó la de comer, no podía tenerse el pobre animal en cuatro patas.

El fabricante de clavos tomó un pan y cortó de él una rebanada; pero en vez de comer bebió un vaso de agua y clavando los ojos en su hija la dijo:

— Ya es tiempo, Clavelina, de que hablemos de negocios sérios. Esta mañana he estado con el señor Lobo.

Clavelina guardó silencio; pero Jacinto á quien acariciaba en ese momento, notó que temblaba la mano de aquella preciosa criatura.

— Hablé con él, continuó Agudo, y he visto que es hombre de influencia y de importantes connexiones. Me ha prometido acomodarme en palacio en clase de portero.

— Y os pondreis librea, padre mio, vos que siempre habeis sido independiente y dueño de vuestra voluntad?

— Qué podreis decirme á ese respecto que no me lo haya dicho á mí mismo de antemano? Solo por fuerza

pude resignarme en mis años á arquear el espinazo y á hacer zalemas. Pero qué quereis, cuento ya cincuenta años, hace cuarenta y dos largos que trabajo y no medro. A duras penas he podido criarte y mantenerte, no tengo una peseta ahorrada, la contribucion me seca, me llevan el aprendiz, los años vuelan y los que vienen no han de ser de color de rosa. Estoy cansado y desearia un poco de holganza. Si de mí dependiese, por cierto que seria propietario si tuviese la herramienta necesaria para ejercer ese oficio; pero ya que esto no es posible, me contentaré con ser portero. Imaginaos que son mil y doscientos francos de sueldo sin contar los gages y los aguinaldos, la casa, ni la comida que tambien me las dán de valde por no hacer nada. En qué otra ocupacion podria obtener tantas ventajas sin mas que rascarme desde por la mañana hasta la noche?

Clavelina no contestó ni una palabra á su padre. Agudo echó á la boca un pedazo de pan y bebió otro vaso de agua. Tenia la garganta anudada y no podia tragar.

— Por cierto que el señor Lobo no ha de poner en juego sus títeres por mi linda cara, continuó, mirando á su hija. Todo pende de vos, pues, como me lo repitió varias veces esta mañana, podré contar con él si concibe la esperanza de ser mi yerno.

— Nunca lo será, dijo Clavelina.

— Y porqué? dijo Punteagudo, apretando los dientes.

— Porque no le amo.

— Decid mas bien, egoista, porque amais á otro. Me sacrificais por Narciso.

— Yo no he dicho jamás que amo á Narciso.

— No, pero todo el mundo lo sabe, y yo antes que nadie. Yo no decia nada, porque Narciso es un oficial alentado, y entre los dos podíamos establecer una buena casa; pero ahora anda con el fusil al hombro y por consiguiente es casi un hombre muerto. Es preciso echar á un lado las niñerías y atender á vuestro bienestar y al mio.

Clavelina calló como una muda y este silencio impaciente de tal modo á Agudo que descargó el puño con todas sus fuerzas sobre la mesa.

— No contestais? díjola el padre. Sois cabezuda como tu madre; pero yo la enseñé á obedecer y vos acabareis por ablandaros. Sereis la señora de Lobo, porque así es mi voluntad.

— Nunca, dijo Clavelina levantándose.

— Nunca? repitió á gritos Agudo poniéndose en pié, y levantando el puño. Atreveos á repetir esa palabra y vereis cómo le va á quien me contradiga con obstinacion. Os digo que os casareis con el señor Lobo, y dentro de quince dias á mas tardar.

— Nunca, le contestó Clavelina.

El herrero apretó convulsivamente los dedos de ambas manos contra las palmas, acercóse á su hija, pálido de cólera como una cera y levantó el brazo derecho. Clavelina permaneció inmóvil y dijo con voz serena y firme:

— Soy la hija de mi padre; nada temo; abofetead á una muger si teneis valor para hacerlo.

El cíclope bajó la cabeza, dejó caer los brazos y

miró al suelo en rededor suyo como un ébrio, hasta que tropezando con el pobre perro de aguas :

— Renacuajo ! le dijo dando voces, siempre has de andar enredándote entre mis piés.

Y aplicándole una patada, le hizo dar unos cuantos tumbos arrojándole á cuatro varas de distancia.

Jacinto desolado se refugió en brazos de su ama, y Agudo volvió á sentarse en su silla, mudo, concentrado, cuando empujando de fuera suavemente la puerta, entró por ella un hombre caminando en puntas de pié y saludando militarmente. Era Narciso vestido con el uniforme de parada.

— Dios guarde los presentes, dijo. No os incomodo ? Vos, señorita Clavelina, lo pasais bien, yo igualmente; vaya, me alegre mucho. Y vos, señor Agudo, siempre contento, travieso como un muchacho; vaya, me alegre mucho.

— Sentaos, señor Narciso, le dijo Clavelina.

— Gracias, señorita, no os incomodeis. Ola ! teneis un perro: quién os lo regaló ?

— Nadie; lo encontré esta mañana en la calle.

— Esperad un poco; me parece que lo conozco, dijo Narciso aproximándose á Clavelina: ahora dos dias he salvado la vida á un perro de aguas muy parecido á este, escondiéndole en la garita. Por cierto que me trabé de palabras por causa suya con. . . .

Y se detuvo.

— ¿ Con quién ? le preguntó Clavelina.

— Con nadie, le contestó Narciso mordiéndose los ábios. Sí, sin duda, es mi protegido, y si no, mirad,

señorita, cómo me lame la mano. Ah! los perros no son ingratos!

— Fué accion propia de vos el salvar á este pobre animalito. Vén, Constante mio, ven, te abrazaré.

— Constante! lindo nombre! dito Narciso suspirando.

— Hola! qué os trae aquí? dijo el fabricante de clavos, con el tono mas áspero que puede imaginarse.

— Gracias, señor Agudo, sois demasiado cortés. Lo que aquí me trae, es el gusto de veros y el de decir adios.

— Estais de marcha? dijo Clavelina conmovida.

— Sí, señorita, mañana temprano sale mi regimiento que va de guarnicion á un punto remoto de la frontera.

Todos quedaron en silencio. Clavelina se levantó para disimular sus lágrimas; Narciso tomó al perro en brazos para disimular tambien por su parte la situacion embarazosa en que se encontraba, y pasando la mano por el lomo del perro á cada palabra, decia con voz trémula:

— Bien lo sabeis, señor Agudo, que cuando uno ha permanecido diez años en una casa... desde niño... que en ella se ha hecho uno de amigos... que en ella ha concebido ciertas esperanzas... y que es forzoso partir... ya comprendeis, señorita, uno se dice naturalmente á sí mismo: me voy... me voy por mucho tiempo... y cuando vuelva... si es que vuelvo... no estarán las cosas como estaban... y entonces... antes de separarse uno para siempre, va uno á ver á quien ama... ya que no puede llevárselo... Comprendeis?

Y besó al perro de aguas, precisamente en el mismo

lugar en donde Clavelina habia puesto sus lábios acariciándole.

— Buen viaje, hijo, dijo Agudo levantándose de su silla. Bebed conmigo un trago, y presentándole un vaso de vino, añadió: á vuestra salud.

— A la vuestra y compañía, dijo Narciso, á quien casi se le cayó el vaso, porque le temblaba la mano; adios, señor Agudo; adios, señorita Clavelina; adios, Constante.

— Adios, señor Narciso, dijo la pobre niña con mal articuladas palabras.

— Adios y pasarlo bien, dijo el herrero empujando hácia la puerta al pobre soldado; voy á acompañaros hasta la calle.

Cuando Agudo regresó, ya se habia recogido Clavelina á su cuarto, y Jacinto dormia en un rincon. El forjador de clavos encendió una mala lamparilla, y sacudiendo al perro de aguas por la piel del cogote:

— Ahora, nos toca á nosotros, regalon, le dijo cerrándole en su calabozo movedizo. No estamos aquí para bromas y perder tiempo: es preciso trabajar la noche entera y reventar en el yunque, ya que así lo dispone la princesa Clavelina!

Las horas parecen largas cuando se miden por los vuelcos de una rueda incómoda y pesada. Jacinto pudo á sus anchas meditar acerca de las pasiones ajenas, y por mas de una vez el golpe candente de una tenaza no le permitió excederse mas allá de lo necesario en su compasion por las penas del próximo. Vuelto á la libertad, se echó en un mugriento colchon de paja y se entregó á meditar sobre la triste situa-

cion en que se encontraba, trayendo de pasada á la memoria el monton de estiércol que le habia servido de cama la noche antes y el patio de la reclusion en que hubo de ser desollado: parecíale ver al tremebundo señor Lobo arrojándole del palacio de sus padres; escuchar de nuevo los discursos de Cojuelo y los ayes de Plañideras; pero sobre todos estos recuerdos campeó el de la rubia Tamarís de blanda y afectuosa mirada. Suspiró, y hallóse repentinamente con grandísima satisfaccion y alegría, como es de suponerse, en su alcoba regia, sobre un lecho tendido de raso y con la reina al lado que le velaba el sueño.

---

## CAPITULO XII

### DE LA INFLUENCIA POLÍTICA DE LOS PERROS ENTRE LOS PAPAMOSCAS

— Ah! mi madre, exclamó Jacinto, qué sueño he tenido!

— Silencio, hijo mio, dijo la reina, no hay que entrar en esplicaciones, porque nos va la vida en ello. Lo que únicamente puedo decirte es que he entrado sola á tu aposento, y que si hubiese algun secreto que guardar, debe quedar entre nosotros dos, y nadie mas. El pueblo sabrá lo que se nos antoje hacerle creer. Ved lo que dice *La Verdad Oficial*.

A la cabeza de la primera columna de este diario se leia en letras gordas lo siguiente :

« Aclamado por un pueblo cuyo entusiasmo rayaba en delirio, el rey experimentó una conmocion tan profunda que alteró su salud y ha tenido que guardar cama por dos dias siguiendo el consejo de los facultativos. La indisposicion es leve y es de esperar que mañana asista Su Magestad á presidir el consejo de ministros. Un príncipe á quien semejante impresion causan las manifestaciones de amor que le tributa su

pueblo, es como para engazarle en oro, y la historia y las artes liberales deben encargarse de transmitir su memoria á la posteridad. La nacion de los Papamoscas, envanecida por su parte al contemplarse amada por su príncipe, le conservará un agradecimiento eterno. Sabe bien ella que las almas sensibles son magnánimas y que el corazon que palpita de amor no tiembla delante del enemigo. »

— Madre mia, eso no es escrito por vos, dijo Jacinto.

— Es el caballero Cojuelo, nuestro redactor honorario, quien ha insertado esos pocos renglones en *La Verdad Oficial*, así que tuvo noticia de tu enfermedad.

— Todo es un embuste.

— Hijo mio, dijo la reina sonriéndose, no emplees nunca esa palabra indecente. En política no hay mentira, ni verdad, todo es convencional como en las comedias. Los Papamoscas no exigen que se les diga la verdad, porque la tienen miedo; lo que quieren es que se les divierta, y en cuanto á esto les hacemos el gusto. El articulito vá á encantarlos sin que haga mal á nadie. ¿Quieres cosa mas inocente?

— Madre, dijo Jacinto con tristeza, recuerdo que me habeis aconsejado decir siempre la verdad.

— Sin duda que sí, hijo mio. Si la mentira es indigna de un caballero, con mayor razon debe serlo de un príncipe; pero si estamos obligados á decir verdad al prójimo, con respecto al pueblo es otra cosa. El pueblo es niño, y se le engaña por su propio bien para que permanezca quieto y obedezca.

— Luego hay dos morales.

— Eso preguntásele á tus ministros, hijo de mi alma. Es hora de consejo y va dos dias que te esperan. Por lo que á mí respecta, estoy bien cierta de que te amo y de que te abrazo con el corazon. Adios, mi bello filósofo.

Así que estuvo Jacinto en disposicion de salir de su alcoba. tomó su látigo y fué directamente á la pieza de la jauría real. Todos los perros al verle comenzaron á saltar, á ahullar, á dar ladridos y á colmarlo de cariños y fiestas. Jacinto, con mucha sorpresa de su parte, vió que á pesar de haber recobrado la forma humana, comprendia todavía el idioma de los perros y la curiosidad lo desarmó, pues en lugar de azotar á aquel pueblo ingrato que le habia desconocido, se divirtió en escuchar sus conversaciones.

— Es el amo; decia un faldero colmándole de caricias.

— Puede ser que traiga azúcar en los bolsillos, decia una galga de las mas blandas de corazon.

— Trae látigo, ladraba un lebrel lamiéndole la mano.

Jacinto apartó de sí aquella turba servil con solo alzar el látigo, y entró en la sala del consejo.

Metomentodo, Plañideras y Cojuelo se levantaron inmediatamente de sus sillones y corrieron hácia el príncipe con tanta precipitacion y le tomaron la mano tan afectuosamente, colmándole de parabienes, que Jacinto no pudo menos que acordarse de sus lebreles; pero reprimiendo esta idea escandalosa, agradeció á sus ministros de una manera cortés la complacencia que manifestaban por su mejoría.

Abierta la sesion, presentó el conde de Metomentodo quinientos memoriales á la firma, que se habian acumulado en los dos dias de la enfermedad del príncipe. Este, que ya comenzaba á adquirir práctica en el oficio, tomó la pluma y comenzó á echar rúbricas sin informarse del asunto, y firmaba y conversaba con sus ministros, los cuales no cabian en sí de satisfaccion al observar el despejo con que se espedia el real discípulo.

— Conde de Metomentodo, dijo Su Magestad, hacedme el favor de redactar un decreto suprimiendo la jauría de perros de palacio que considero inútil. Desearia verme libre de estos animales á mas tardar dentro de una hora.

— Sir, contestóle el conde con tono grave y ademán solemnísimo, no se puede satisfacer el deseo de Vuestra Magestad á la ligera; el negocio es de trascendencia y exige meditarse, porque hay de por medio derechos adquiridos y empleos en propiedad que es preciso tomar en cuenta.

— Y qué, yo el rey, dijo Jacinto con firmeza, no tengo el derecho de echar mis perros á la calle?

— Señor, hay un capitan de jauría y dos ayudantes que son empleados como cualesquiera otros, y la administracion tiene contraidas obligaciones para con ellos mientras cumplan con su deber.

— Sea en horabuena, dijo el príncipe. No pretendo perjudicar á nadie; pero echad á pasear á esos perros y que el capitan conserve su sueldo y sus títulos.

— Eso no puede ser, replicó Metomentodo, porque no puede gozar sueldo del Estado sino quien desem-

peña alguna funcion efectiva: lo contrario seria infringir la ley que á este respecto es terminante.

— Segun eso, dijo Jacinto que iba ya perdiendo la paciencia, será forzoso que queden los perros en casa contra mi voluntad, porque así conviene al señor capitán y á sus ayudantes?

— Díguese, Su Magestad, escucharme con indulgencia, replicóle el sensato ministro, y se convencerá inmediatamente de que si me espongo á desagradarle es porque están de por medio los mas sérios intereses de la monarquía que es deber mio defender.

— De manera, dijo el príncipe con enfado é ironía, que se espone la seguridad de mi trono desocupando el corral de los perros?

— Sir, en política no hay negocio alguno que sea trivial. La monarquía de los Papamoscas debe su esplendor á la centralizacion, que el universo entero nos envidia. La administracion es una vasta red en cuyas tupidas mallas se encierra y aprisiona á todos vuestros súbditos desde el mas grande hasta el mas chico. Si se afloja ó rompe uno solo de los hilos, todos se escapan por el agujero y entonces hará cada uno lo que le dé la gana.

— Y si tal llegára á suceder, dejaríamos de ser Papamoscas, añadió por su parte Plañideras, rebosando en santa indignacion de patriotismo.

— Y la administracion, continuó Metomentodo, no es una abstraccion quimérica, sino un cuerpo vivo que reasume todas las luces, toda la energía, la voluntad toda de la nacion entera; es un ejército civil dotado de espíritu propio que tiene su honra, sus tradiciones

y su emulacion legítimas. Es indispensable contemplarla, señor, porque os es tan necesaria como vuestros soldados. Es poca cosa, sin duda, un capitán de jauría; pero, por insignificante que sea, desde que hace parte de la administracion, ya es una cosa sagrada y nadie puede tocarle sin agravio de los demás servidores del Estado. Mas valiera mil veces conservar un empleo innecesario que despedir á un funcionario con mengua del ejército á cuyas filas pertenece.

— Y no os acordais del pueblo que paga? preguntó Jacinto.

— El pueblo es hecho para pagar, para eso se le ha creado, dijo el baron Plañideras mirando al príncipe con aire de sorpresa.

— Sir, continuó Metomentodo, yo no llevaré el rigor de los principios hasta el extremo á que los lleva mi honorable cólega. Hace muy bien el soberano que trata de no echar demasiada carga sobre los hombros del pueblo; pero entre dos inconvenientes es indispensable decidirse por alguno. Qué importan algunos millones pagados sin necesidad por la multitud, si se comparan con los intereses y derechos de la administracion?

— Arlequin! exclamó el príncipe, razon teníais, al decir que habia dos pueblos en mi imperio!

Miráronse unos á otros sorprendidos los tres ministros al escuchar esta inesperada exclamacion de su soberano, porque si Arlequin no es un personaje desconocido de los Papamoscas por verle con frecuencia en los teatros, no por eso están acostumbrados á invocarle como entidad política.

— Sir, dijo Metomentodo, confie Vuestra Magestad en mi deseo de complacerle, que dentro de poco todo se arreglará satisfactoriamente. Se creará un nuevo empleo para esos tres hombres y se hará de modo que asciendan y mejoren al dejar sus antiguos puestos.

— Muy bien, señor, dijo secamente el jóven monarca. Ya veo que la administracion tiene bajo su tutela tanto al príncipe como al pueblo, y que ella es la que reina y no yo. Lo tendré presente para cuando llegue el caso, y pasemos á la órden del dia.

El ministro separó algunos expedientes, los ojeó, los puso en órden, y con el tono de la gravedad mayor posible, dijo:

— Sir, vuestros ilustres antepasados, aquellos legisladores sábios por excelencia, moderaron y reglamentaron la vida activa de vuestros pueblos con tan esquisita prolijidad, que despues de ellos apenas nos queda una que otra espiga por recojer en el campo que ellos trillaron. Pero si poco ó nada pasó por alto á la prudente sagacidad de los antiguos, sujetando á pauta y á regla cuanto dice relacion con los hombres y con las cosas, el amor á la verdad me obliga á decir que echaron completamente en olvido á los animales que constituyen uno de los elementos primordiales de la sociedad, y con especialidad á los perros, que con tanta razon excitan en este momento el celo bien intencionado de Vuestra Magestad.

Para llenar este vacío político, ya algo hemos hecho. Los perros han sido numerados y están como los ciudadanos sujetos á pagar patente, y la igualdad no tiene de qué quejarse á este respecto. Pero se

puede y se debe ir mas allá, porque este campo de experimentacion es fecundo como ninguno, y podemos ensayar mejoras sobre la raza canina que mañana redundarán en beneficio de la humanidad.

— Para entrar en esta nueva via proponemos á la aprobacion de Vuestra Magestad el proyecto de ley que voy á tener el honor de leerle como primer ensayo de fisiología legislativa.

**Proyecto de ley relativo á la mejora y regeneracion de la raza canina.**

Jacinto, por gracia del Destino y de la proteccion de las Hadas, etc., etc.

Considerando que segun los mas recientes descubrimientos de la ciencia, el modo mas eficaz de mejorar y regenerar las razas consiste en la eleccion acertada de los mejores tipos ;

Considerando que si hasta aquí no se ha hallado un método para aplicar este proceder á la raza humana, es por la misma razon mucho mas urgente hacer algunos ensayos sobre la raza canina ;

Considerando que el pais de los Papamoscas es afamado desde mucho tiempo atrás por las especies de perros que produce, entre las cuales se encuentran excelentes perros de caza, pastores, mastines, galgos, de agua, dogos, falderos, etc., etc. ;

Considerando que es de urgente necesidad no tolerar en lo venidero los adúlteros ayuntamientos que depravan y abastardan la pureza de los tipos ;

Ordenamos que desde la fecha de la promulgacion de la presente ley se apodere la policia y suprima las especies ordinarias y turbulentas, las inferiores y mestizas, como por ejemplo, la de los bulldogos, mastines, perros de aguas, asi como de cualquier otro animal de pelage sospechoso que no pueda justificar su pureza de sangre y nobleza de su genealogía.

— Sir, añadió el ministro, esta medida encierra un

pensamiento político que no puede ocultarse á la penetracion de Vuestra Magestad. Cuando hayamos aplicado á los perros el sistema de seleccion y tambien á los caballos, á los asnos, á las vacas, á las ovejas, á las gallinas, á las palomas, á los gansos y últimamente á los pavos, cuando solo existan en vuestros Estados razas puras, finas, aristocráticas, elegantes y dóciles, entonces, la magnificencia de semejante espectáculo hará entrar por los ojos de los Papamoscas el convencimiento de que un gobierno paternal no debe limitar su beneficio á las bestias, sino extenderlo preferentemente hasta los racionales, reglamentando las alianzas humanas para que se conserven en la nacion la pureza y la nobleza de la sangre. Y cuando esto se realice, entonces sí que seremos en realidad el primer pueblo de la tierra y dignos súbditos de un monarca á quien las hadas sus madrinan concedieron los dones de la belleza y de la gracia.

Al poner punto final á este rasgo de elocuencia, tomó Metomentodo el airecillo de satisfaccion propio de quien espera de su príncipe el merecido tributo de aplausos por sus ideas políticas tan flamantes como profundas. Pero el ministro se engañó esta vez en sus fátuas esperanzas, pues Jacinto calló como un mudo, se puso pálido y tembláronle los lábios, hasta que pasado un buen rato, prorumpió balbuciendo en las siguientes reflexiones :

— Señor ministro, me inclino á creer que habeis hablado sériamente y que la manía de reglamentarlo todo, es la que os ofusca y no os deja ver cuán odioso y ridículo es vuestro proyecto. Tantas veces habeis

jugado á la pelota con los hombres, que os parece natural y facilísimo hácer lo mismo con los demás séres de la creacion. Pero ¿ con qué derecho condenais á muerte á esas inofensivas criaturas que Dios os ha dado por compañeros y ha puesto al amparo de vuestra compasion? Só pretesto de experimentar un sistema, derramaríais sereno la sangre de esos desválidos? Si he de dar crédito á mi corazon, no es esa la manera de gobernar, porque el primer deber de un príncipe es considerar, respetar á cuantos le rodean y dejar que vivan. No apagueis esta antorcha que no podríais encender de nuevo. Cuál es el cargo que pesa sobre esos pobres animales? El de ser feos? Acaso la fealdad es delito? Ser fieles? Pero, de cuándo acá esta virtud se ha convertido en crimen? Talvez lo que os mortifica es la libertad de que gozan, porque á tal punto habeis abatido al hombre que ya no podeis soportar ni siquiera la libertad de los perros.

Dijo el príncipe, y poniéndose en pié precipitadamente Cojuelo, exclamó en alta voz: Admirable! admirable! Señor, si salgo de las reglas de la etiqueta, dignaos perdonarme, porque no puedo contener mi entusiasmo. Si es verdad que nada me importa el fondo de las cosas, tengo en mucho la forma, la feliz eleccion de las palabras y sobre todo la delicadeza de la ironía en un discurso. Es una verdadera felicidad para nosotros que séais rey, porque de lo contrario eclipsaríais á los abogados mas cumplidos.

Metomentodo que en nada participaba del entusiasmo de Cojuelo, fijó friamente los ojos en el príncipe y le contestó con tono sentencioso:

— Sir, no podemos menos que aplaudir los nobles sentimientos de Vuestra Magestad, porque seria de sentir que en la edad que contaís no ardiera en vuestro corazon ese fuego divino. Pero la esperiencia modificará tan perniciosas ilusiones y demostrará á Vuestra Magestad que nada tiene que ver la política con la humanidad. Vuestros mayores llevaron á cabo grandes empresas prodigando el oro y la sangre del pueblo, y los nietos admiran á aquellos por quienes murieron sus abuelos. Solo los conquistadores merecen el culto de la posteridad, y es preciso no dejarse engañar por los consejos de una compasion mal entendida. A los pueblos debe arreárseles y tratárseles como á los rebaños, porque segun el testimonio de la historia es de su mala índole morder la mano que les acaricia y lamer la que les reduce á polvo.

— Dejemos á un lado esos vanos escrúpulos de humanidad. En política como en medicina padece aquel que por primera vez derrama sangre ; pero solo llegan á ser eminentes políticos y afamados cirujanos aquellos cuyo corazon encallece y oyen impasibles los lamentos agenos sin tomar en cuenta mas que el objeto que se proponen.

— Consideremos ahora la ley que tanto asusta á Vuestra Magestad, y veremos que ella es justamente la realizacion de una de las concepciones mas elevadas de la filosofía moderna, que consiste en ayudar á la naturaleza en su obra de la perfeccion de las especies por medio del sacrificio de algunos individuos. Si Vuestra Magestad desconfia de los sistemas, en hora buena sea, no nos alcemos una pulgada del nivel del

suelo, ni nos desvelemos mas que por los intereses del momento presente. Y á fé que hay una razon decisiva para tomar cuanto antes una resolucion heróica. Esa razon la tengo aquí en la mano :

— Si Vuestra Magestad se digna echar una mirada á este espediente, verá que la policia acaba de descubrir una aborrecible conspiracion. Ciertos individuos que nada respetan, se han complotado para entregar la ciudad en manos de enemigos de la peor ralea, y al efecto han minado la prision en donde se encierran los perros vagos y mal entretenidos y han desencadenado á esos malhechores de presidio contra los ciudadanos pacíficos. El pavor cunde por todos los ángulos de la poblacion; pero gracias á la vigilancia de la policia que les sigue los pasos, no burlarán los culpables la justa vindicta de las leyes ultrajadas.

— Cosa horrible, hecho nefando ! exclamó el baron Plañideras.

— Para mí no es mas que ridículo, dijo Jacinto con la mayor serenidad. A qué viene todo ese ruido, ésa inquietud porque unos cuantos perros se han escapado por un agujero ?

— Es verdad, Sir; pero ¿ quién abrió ese agujero ? En esto consiste justamente la gravedad del hecho.

— Los peritos no están conformes sobre la clase de herramientas empleadas; pero unánimemente declaran que la escavacion es obra de hombre y de mano diabólicamente diestra. Se cree culpable al alcaide mismo y se pide su destitucion.

— Es cuanto se puede ver ! dijo Jacinto alzándose de hombros. Si no sirven mas que para esto las ins-

pecciones y la administracion, declaro que la que se gasta en sostenerlas es plata tirada á la calle. Tranquilizaos, caballeros, no hay tal conspiracion. Esos perros á quienes condenais tan de lijero, han mostrado mas capacidad que sus inspectores, porque ellos, y andie mas, han cavado el agujero por el cual se han mandado mudar.

— Sir, dijo Metomentodo con cierta arrogancia, aquí están los informes. La administracion no resuelve en mérito de suposiciones mas ó menos bien urdidas, y en el presente caso resulta que los inspectores han examinado el lugar y el cuerpo del delito con sus propios ojos.

— Pues yo tambien lo he visto todo, dijo Jacinto irritado y alzando la voz. Os sorprendeis, señor ministro? Sí, yo sé mejor que vuestra policia cuanto pasó en el depósito de los perros, y sé hasta lo que talvez ignorais, pues puedo aseguraros que antes de ayer tomaron en la calle y encerraron en la perrera pública á la galga de la camarera de vuestra hija.

— Y en efecto así fué, dijo Metomentodo sorprendido.

— Tambien me consta que cierto capitan ha acusado al alcaide Lamalva ante el general en gefe de nuestros ejércitos.

— Es cierto, dijo Metomentodo admirado y confuso.

— Y tambien sé con igual evidencia que dos perros cuyo nombre no quiero echar á luz, fueron los que abrieron á uña y hocico esa infernal gazapera que burló la sagacidad de vuestra policia y de vuestros inspectores.

— Viva el rey! exclamó Cojuelo gozoso. Su Magestad deja atrás al famoso Califa de Bagdad y los Papamoscas tendrán su *Bandoconi!*

Metomentodo miró de soslayo al abogado y con la porfía de jugador sin suerte, que echa el resto á una carta, dijo:

— Si los perros son bastante avisados para evadirse de la prision á que la ley les destina, forzoso es cuanto antes despachar al otro mundo á esos insurgentes de nueva especie, porque de lo contrario correríamos el peligro que pone de manifiesto el siguiente documento que he recibido esta mañana:

« El inspector general de los jardines reales tiene la honra de esponer á S. E. el señor ministro, que antes de ayer á las diez del dia encontró en el parque el celador Lobo un perro mestizo de raza grande, de pelo blanco y crespo, el cual careciendo de collar y hociguera, y de toda otra señal de las que distinguen á los perros de casa conocida, no podia haber entrado á los jardines del rey sino en virtud de descuido ó connivencia por parte de los faccionarios.

» Notando dicho celador Lobo que aquel animal se dirijia preferentemente hácia donde habia niños, le siguió y se convenció de que estaba rabioso, pues echaba espuma por la bota y revolvía los ojos. El denodado Lobo, á pesar de no tener mas arma que un frágil baston y despreciando el inminente peligro que corria, se echó con la velocidad del rayo sobre el temible adversario y pudo capturarle sin ser víctima de los repetidos tarascones que pusieron en peligro la existencia de tan celoso servidor del Estado.

» Llevóse la palma de la victoria el representante de la autoridad, y el perro herido mortalmente, tomó la calle en donde poco despues exhaló el último suspiro.

» Cosa es de temblar si se reflexiona el número considerable de víctimas que pudo sacrificar aquel mónstruo, á no ser por el generoso desprendimiento del señor Lobo que dió en aquella ocasion una nueva prueba de las virtudes que le adornan. »

— Sir, continuó Metomentodo, he preparado un decreto por el cual Vuestra Magestad concede una medalla y una pension al valiente que se distinguió con accion tan noble.

Jacinto callado la boca, tomó el proyecto de decreto y lo desgarró en mil pedazos.

— Redactadme, al contrario, un decreto destituyendo de su empleo al tal señor Lobo por impostor infame. En cuanto al inspector, le absuelvo de toda culpa, porque es un grandísimo majadero que se ha dejado engañar por un pillo.

— Sir, dijo Metomentodo, el espediente de la materia trae por cabeza un proceso verbal que tiene fuerza mientras no se presente algun interesado á desmentir las declaraciones.

— Pues yo las desmiento, dijo Jacinto, porque soy testigo presencial del hecho, y el perro rabioso y el mónstruo, ni era tal perro rabioso ni tal mónstruo, sino un tímido é inofensivo perro de aguas que á nadie mordió ni murió á manos de nadie. Vaya! vaya! que la administracion se pinta sola para descubrir todo lo que es contrario á la verdad !

.

— Sir, dijo entonces Metomentodo, veo con sentimiento que mis servicios no alcanzan la fortuna de agradar á su Magestad, y le suplico respetuosamente se digne aceptar mi renuncia.

— Señor conde, no hay que partir tan de ligero y me guardaré bien de haceros responsable de las faltas de un subalterno.

— Sir, vuestra bondad me llega al alma y si me retiro, no es porque me sienta herido en mi amor propio; puesto que yo como todos los miembros de mi familia hemos de estar siempre rendidos á las plantas de Vuestra Magestad. Pero, señor, como gefe de la administracion, de ese inmenso cuerpo que encierra en sí al pueblo y es al mismo tiempo la columna del Estado, no puedo permitir que por causa mia llegue á ponerse en duda su infalibilidad, porque desde ese instante se disiparian su fuerza y su prestigio, y la anarquía acercándose á las gradas del trono, pondria en peligro las prerogativas de mi amado monarca. De manera alguna directa ni indirectamente me constituiré jamás en cómplice de la disolucion social. Me he elevado por la administracion y con ella sucumbiré.

— Sea en horabuena, dijo el rey. Baron Plañideras, os nombro en reemplazo del conde Metomentodo, y preparad el decreto que así lo dé á saber á la Nacion.

— Sir, dijo el baron con palabras que parecian quejidos, mi destino es resignarme en un todo á la voluntad de Vuestra Magestad.

Firmado el decreto, se retiró Jacinto de muy mal humor, y los tres ministros quedaron solos mano á mano y cara á cara.

— Querido conde, dijo el baron, os felicito por vuestra energía. El príncipe es jóven y bien necesitaba la leccion que le habeis dado con laudable firmeza.

— Sí, pero eso no obsta para que tomeis el asiento que de jo vacío.

— Y qué! amigo mio, exclamó el baron, no habeis comprendido el motivo que me induce á obrar de este modo? . . . . No veis que ese jóven está imbuido en ideas revolucionarias? Si yo me retirára como vos, le entregaríamos á los perversos que espian la ocasion de abusar de su inexperiencia: me sacrifico por salvar la administracion.

— Por cierto, dijo el conde con tono irónico, que ignoraba hasta qué grado os debia quedar obligado, y contad con que en la primera ocasion he de retribuir vuestra generosidad como ella lo merece.

Así que Metomentodo se despidió, se echó á reir Cojuelo á carcajadas.

— Va quemado! dijo; pero en resumidas cuentas bien merecido se lo tiene. Para qué se metió con los perros, cuando hartas víctimas le proporcionaban los Papamoscas? Yo soy aficionado á la caza: vivan los galgos! El perro es lo mejor del hombre, y si yo caminára en cuatro patas, solicitaria que se erijiese á Su Magestad un arco triunfal con la siguiente inscripcion en letras de oro:

A · SU · SALVADOR · LOS · PERROS · AGRADECIDOS.

En tanto que el abogado se burlaba de todo como es usanza de su tribu, el ministro en desgracia visitaba

al general en jefe con quien tuvo una breve conferencia. Despues de ella, entró á su casa con paso y ánimo sereno, llamó á su hija, conversó con ella y no dió orden alguna para preparar sus maletas de viage.

---

## CAPITULO XIII

SI VIS PACEM, PARA BELLUM.

Aturdido el príncipe con la resolución que acababa de tomar, paseábase á pasos largos en una de las salas de palacio, examinando en sus adentros si habia ó no partido de lijero al aceptar la renuncia de un ministro hábil y fiel, y al hacer este exámen de conciencia, se convencía por primera vez que el gobierno tiene sus espinas como la rosa. Disponíase á confesar sus escrúpulos á su señora madre, cuando el camarero de servicio le entregó una tarjeta de visita, y trás ella se presentó como una bala rasa el comandante en jefe de las fuerzas nacionales, que lo era á la sazón el general Bomba, cuya filiación podía tomársele de la manera siguiente: edad, cincuenta años, estatura mediana, grueso de cuerpo, pecho saliente, espaldas cóncavas, pescuezo tieso; cabello cortado á raíz, nariz respingada, mandíbulas anchas, carrillos lácios y caídos sobre el cuello rigorosamente abotonado de la casaca. Con semejantes facciones, claro es que el aspecto general de este jefe no tenia mucho de seductor

ni de amable; pero tambien es cierto que no desagradó del todo al monarca por encontrarle cierto aire de semejanza con su viejo amigo Arlequin.

— Sir, dijo al rey el general con voz de cañon de á veinticuatro, dispéñseme Vuestra Magestad si quebranto la consigna; pero acabo de recibir noticias que urge poner en conocimiento del rey. Iba á comunicarlas al conde Metomentodo, y he sabido que ya no es ministro. En este apuro me he resuelto á infrinjr las reglas de la etiqueta, en la esperanza de que el rey me absolverá de toda culpa así que me haga el honor de escucharme.

— Hablad, general; me poneis miedo; peligra el Estado?

— Sí, señor, puesto que se insulta á Vuestra Magestad y á la nacion de los Papamoscas. El rey de los Tragagrullas se excede en insolencia mas allá de todo límite permitido, como lo prueban éstas cartas. Pero ¡mal rayo le parta! voto á tantos! que hemos de quemarle la lengua con la mostaza de sus propias injurias. Dispense Su Magestad la franqueza de este language á un soldado aguerrido que sabe poner el pecho á las balas, pero no morderse la lengua.

— Bien parlado! dijo sonriéndose Jacinto.

— Sir, continuó el baron, la reina vuestra madre, que Dios guarde, es una magnánima y discreta princesa; pero desde seis años atrás tiene la idea fija de mantenerse en paz octaviana con todos sus vecinos, y ha sucedido al pié de la letra lo que yo habia vaticinado como consecuencia de semejante política. Esos ruines follones de Tragagrullas han trabajado, fabricado,

comprado y vendido tranquilamente y á sus anchas; se han enriquecido y multiplicado como conejos, y ahora nos quieren tratar de igual á igual y aun hacernos frente, y van hasta considerarse tan valientes como nosotros y hasta amenazarnos diciendo, que si nos entrometemos en sus negocios, ya veremos quien es Callejas!

— Y eso os da cuidado, general?

— No, Sir, pero me mortifica. Si esos villanos llegan á ser verdaderamente dueños de sí mismos, nosotros dejaremos de ser la gran nacion; no serán ya los Pampamoscas los únicos que hagan estremecer el suelo de la Europa y descenderemos en la escala de las naciones.

— Es ese vuestro parecer, estimado baron?

— Sir, esa no es solo mi opinion, es la opinion universal. Va para seis años que tenemos quinientos mil hombres con el fusil al hombro, marcando el paso, y comienza á faltarles la paciencia. Va para seis años que la oficialidad no tiene ascensos, porque se les ha negado hasta una siquiera de esas ocasiones en que en solo tres jornadas se gana un par de grados y se trueca el galon por las charreteras; el ejército se aburre, se siente humillado. Reflexione Vuestra Magestad que semejante estado de cosas es peligroso, que no puede durar, que los fusiles han de dispararse solos sin que nadie les toque el gatillo.

— Pero, general, yo debo economizar la sangre de mi pueblo y no me es dado racionalmente entrar en guerra, porque un vecino se engrandece y porque los oficiales del ejército desean ascensos. Para pelear se requiere un motivo fundado.

— Creo haber dicho ya que el rey de los Traga-grullas habia insultado torpemente á Vuestra Magestad y no creo comedido pronunciar en su augusta presencia las execrables palabras de un insulto sin ejemplo por su torpeza.

— Para saber si me ofenden ó no, necesito saber cuáles son esas palabras, replicóle Jacinto.

— Pues bien, sea. Estas cartas confidenciales me instruyen que al saber el rey de los Tragagrullas vuestra pasagera indisposicion, dijo, de sobremesa al gran duque su hermano delante de sus edecanos: « Qué os parece ese muñeco ahijado de las hadas que se desmaya al ruido de los cohetes de unos fuegos artificiales? A lo que contestó el gran duque: no me desagradaria encontrarme frente á frente con ese niño afeminado, que tiene tanto pelo en la barba como yo en la palma de las manos. »

— Me ha llamado barbilampiño? exclamó Jacinto pálido de cólera.

— Sí, vive Dios! barbilampiño dijo y lo repetirán los diarios, y lo sabrá el ejército, y el pueblo Papatamoscas sabrá tambien que la persona de su amado monarca ha recibido un feo insulto.

— Ola! con que el gran duque desea mirarme cara á cara, dijo Jacinto apretando el puño, pues le daremos en el gusto, y cuanto antes.

— Bravo, Sir! exclamó á su vez el baron Bomba, os mostrais hijo digno de vuestro valiente padre! No perdamos un momento. Todo está preparado; los almacenes rebosan, el ejército está completo y nada es tan fácil como arrimar trescientos mil hombres en masa á

la frontera y sorprender al enemigo. Seria bueno que Vuestra Magestad se mostrase á la poblacion de sus provincias, y si así lo cree, debè acelerar el viage. Yo concentraré las fuerzas so pretesto de una revista general, y repentinamente, cuando el enemigo se considere mas seguro, se le dirigirá un ultimatum tremendo, nos echaremos sobre él y le haremos trizas. Ah! cuál no será el júbilo de vuestro pueblo cuando vea enarboladá su bandera en las manos jóvenes y puras de su idolatrado príncipe! Qué trasportes de gozo en el ejército! qué entusiasmo universal! Solo de imaginármelo se me caen las lágrimas. Permitid á un viejo soldado, señor, que os estreche contra su leal corazon.

— Mil gracias, general. Quiero hacer mi primer campaña bajo vuestras órdenes. Guardad secreto, que todo esté listo, y saldremos cuando lo dispongais.

— Mañana mismo, Sir, y tened confianza en mí; no me apartaré de vos, seré vuestra sombra. Permitidme en tanto daros un consejo. En campaña nosotros proveeremos á todo, pero aquí se necesita un hombre de carácter enérgico, resuelto, que no permita que el espíritu público decaiga, que se enfrie el ardor popular, y que cuando la conveniencia lo exija, arranque al pueblo la última sangre de las venas y el último real del bolsillo, y la opinion pública señala para desempeñar una mision tan árdua al conde de Metomentodo.

— No me habéis de él, dijo Jacinto. El conde me ha lastimado con su altanería.

— Sir, permitid á un viejo soldado os diga francamente que el conde tiene en su mano la administracion y que solo él. . . .

— Basta, basta, general; hasta mañana.

Apenas salió del salon régio, corrió el tremebundo soldado en direccion á una casa particular en donde le esperaba el ex-ministro.

— Victoria! querido conde, le dijo. El apodo de barbilampiño ha hecho milagros; la guerra está decretada; tendremos óleos y luciremos al ahijado.

— Y mi empleo? preguntó Metomentodo.

— El príncipe resiste; está resentido por vuestra renuncia; pero no pierdo la esperanza de ablandarle.

— Mil gracias, baron; no olvidaré jamás el servicio que me habeis hecho.

— Toma y daca, querido amigo, dijo el general. No olvideis tampoco lo que me teneis prometido. Si espongo el pellejo, es porque espero que me harán príncipe de cualquier cosa, con acompañamiento de una pension que valga la pena.

— Eso mas que de mí pende de vos, general. Derrotad primero al enemigo, que lo demás es de mi resorte.

— Daos prisa en recobrar la cartera de ministro, porque mañana partimos.

— No os dé cuidado de eso, general; habeis ganado la lotería y yo trataré de sacar el terno. Adios.

Nuevas emociones esperaban á Jacinto, porque habiendo sabido la reina la salida del conde del ministerio y los proyectos de guerra, medida á que no se habia atrevido á oponerse, buscó á su hijo y le abrazó con ternura derramando copiosas lágrimas. Los jóvenes aman naturalmente mucho á sus madres y se dejan ablandar por argumentos de la naturaleza de

los que silenciosamente empleaba la reina, de manera que el príncipe despues del abrazo materno se retiraba meditabundo y descontento consigo mismo á su gabinete, cuando le anunciaron que la vizcondesa de Metomentodo solicitaba audiencia y le esperaba en una sala de recibo.

Tamarís en palacio! Tamarís solicitando, talvez, algun servicio! Ante esta idea púsose pálido Jacinto y entró á la sala con el corazon tan agitado que se le salia por la boca.

Vestia Tamarís un traje negro y ocultaba la cabeza y parte del rostro bajo los pliegues de una mantilla de encage finísimo, y como á este atavío ya un tanto melancólico añadia un semblante entristecido y resignado, acabó por perturbarse del todo la serenidad del príncipe.

— Sir, dijo la jóven haciendo una profunda y prolongada reverencia. Su Magestad ha de tener á bien disculpar á una de sus mas humildes súbditas por la importunidad que se atreve á causarle, mucho mas cuando viene á vuestra presencia en nombre de su padre y en cumplimiento de un deber de obediencia.

Y al decir estas últimas palabras, se contuvo como dominada por el temor y el respeto, de manera que Jacinto se creyó obligado á tomarle la mano para tranquilizarla.

— Sir, continuó, diez años hace que vuestro augusto padre el rey de los Tulipanes, al regresar de la décima campaña contra uno de vuestros perpétuos enemigos, regaló su espada de combate al conde de Metomentodo, acompañándola con las siguientes palabras :

« Tomad esta arma, mi amado ministro, conservadla  
» como un sagrado depósito, y si Dios hubiere dis-  
» puesto de mí cuando mi hijo toque á la edad de  
» dieziocho años, volvedle esta victoriosa espada como  
» un recuerdo de mi ternura hácia él y de la amistad  
» que á vos os profeso. »

— Es esta la espada, continuó Tamarís. Faltan aun dos años para que se cumpla el plazo dentro del cual debia mi padre entregáros-la; pero estando próximo á retirarse á sus posesiones de campo para no salir mas de tan suspirado retiro, ha creido llegado el momento oportuno de restituiros esta inapreciable prenda. Si, lo que Dios no permita, llegára á encenderse la guerra entre ambos pueblos, que esta espada vuelva á reflejar los rayos de la gloria en manos de Vuestra Magestad: estos son los últimos y fervorosos votos de mi padre y los míos.

Dijo la bella vizcondesa y haciendo una reverencia y bajando los ojos esperó que el príncipe la permitiera despedirse. Jacinto tenia estrechada con la suya la diestra de Tamarís, y ambas manos se estremecian al contacto de una con otra.

— Porqué quiere el conde alejarse de la corte? dijo el príncipe, pasado un intervalo de silencio. Todavía pueden serme útiles sus consejos.

— Sir, contestó Tamarís, mi padre es un hombre de costumbres á la antigua y no hay poder humano que pueda conmover la rigidéz de sus principios. Jamás consentiria en nada que amenguase el lustre y la fuerza de la autoridad, porque es un leal servidor del príncipe y del Estado y cifra su orgullo en sacrificarse

por uno y otro. Si se dejára ver en la corte, daría motivo á su pesar para que se hicieran comparaciones peligrosas y él sabe que el primer deber de un ministro que ha dejado de merecer la confianza de su soberano es procurar que nadie le tenga presente, mucho mas cuando su política puede reasumirse en estas palabras: nada para mí, todo para el príncipe. Tambien es esta mi divisa y así como he participado de la prosperidad de mi padre, tomaré parte en su desgracia, por grande que pueda ser el sacrificio, y le acompañaré en la soledad del retiro á que para siempre nos condenamos desde mañana.

— Tambien vos, Tamarís, me dejais; y en qué momento! Todos me abandonan! no me queda un solo amigo sobre la tierra!

La única respuesta que dió Tamarís á tan sentidas exclamaciones, fué levantar al cielo los ojos bañados en lágrimas. Jacinto conoció que habia alcanzado victoria, y tocó la campanilla.

— Que busquen al conde de Metomentodo, dijo el príncipe, y avísesele que le espero.

— Adios, Sir, dijo la vizcondesa con la mas zalamera cortesía y la sonrisa mas graciosa de cuantas tenia de repuesto para casos tales.

— No, nada de adios, Tamarís, hasta la vista!

Qué hubo entre el rey y su leal ministro? Se ignora aun; pero al dia siguiente traia *La Verdad Oficial* el artículo que se copia testualmente á continuacion:

« Ayer corrió la noticia de un cambio ministerial; pero podemos asegurar que esos rumores no tienen fundamento alguno. Recomendamos al público que se

precava contra las invenciones de las cabezas huecas, propaladas por periodistas mal intencionados. En caso que se insistiera en estas hablillas, se veria el gobierno en la necesidad de descargar su brazo sobre los causantes de semejante escándalo. »

Y en otra columna se leia tambien :

« En el momento en que el rey sale de la capital con el objeto de visitar las fronteras del Norte, y de mostrar su simpática persona al pueblo ansioso por manifestar todo el amor que profesa á su monarca, ha nombrado este al conde de Metomentodo presidente del consejo de ministros, delegándole los mas ámplios poderes de la monarquía. »

Los periódicos oficiosos daban con la misma fecha, pero sin garantirlas, las siguientes noticias para entretenimiento de la corte y de la ciudad :

« La gratitud es la virtud de los príncipes. Corre por ahí que en recompensa de los antiguos y constantes servicios prestados al pais por el conde de Metomentodo, le ha condecorado el rey con la gran cruz de la orden de la berenjena. No falta quien asegure que el conde será elevado á la dignidad de príncipe archicanciller á fin de abrirle camino para entrar al seno de la familia reinante.

» El baron Geronte Plañideras, á peticion de él mismo desempeñará el empleo de director general de la instruccion pública y de los cultos. Tiempo hace que por el olor de sus virtudes y por la rigidez de sus principios le señala la opinion pública como el mas digno para ejercer tan delicadas funciones. Si hoy se aparta de la política, este sensible eclipse no durará

muchos dias. Quién duda de la importancia que tiene la educacion de la juventud, cuya perfeccion afianza los destinos futuros del Estado? El conde Metomentodo desempeñará interinamente las funciones ministeriales que eran del resorte del baron Plañideras.

» Dícese tambien que el caballero Cojuelo irá á tomar los baños de Schwiegebmad, por hallarse atacado de una peligrosa laringitis crónica. Los médicos le recetan silencio absoluto. Durante su ausencia le reemplazará el conde de Metomentodo.

» Ayer salió el general baron Bomba, que acompaña al rey en su paseo, y está encargado de los preparativos del viage. Las ciudades del Norte, tan acreditadas por el esplendor de su hospitalidad, quieren excederse en esta ocasion en magnificencia, á cuyo propósito contribuirá el ejército en todo cuanto le fuere posible. El 10 de Junio tendrá lugar en el campo de Cañonópolis un ejercicio general de fuego en que se gastará mas de un millon de cartuchos en simulacros de ataque y defensa. Dichoso el pais en donde los habitantes se distraen con diversiones tan inocentes y en donde el estampido del cañon solo resuena para hacer oír de la tierra y del cielo el eco del júbilo de las poblaciones enloquecidas de amor al soberano! »

Ocho dias despues de estas pacíficas noticias, estaba declarada la guerra y los soldados del otro lado de las fronteras: seiscientos mil hombres caminaban á marchas forzadas buscándose como lobos para devorarse unos á otros. Los pueblos son aficionados al ejercicio de fuego sin bala, los príncipes á la guerra de veras, y es preciso dar gusto á todos.

## CAPITULO XIV

### LA BATALLA DE NECEDAD.

El 22 de Junio desde antes de aclarar el dia, ya se paseaban juntos conversando mano á mano, el general Bomba y el príncipe Jacinto, á pocos pasos de sus tiendas de campaña. Era aquella una de esas mañanas serenas y claras en que la naturaleza risueña y engalanada nos llena de consuelo y satisfaccion. Las mieses todavía no sazonadas entapizaban de verde la superficie de la tierra, los valles abundaban en flores de variados colores, el aire corria manso y embalsamado; no se oia una voz siquiera en todo el campamento y los soldados dormian bajo la vigilancia de algunos centinelas que se paseaban distraidos mirando al cielo maquinalmente. Suena la diana. En un abrir y cerrar de ojos, á manera de enjambre espantado de la colmena, sale el ejército de debajo de las tiendas; las carpas se pliegan, se limpian los caballos, se bruñen los fusiles, se come un bocado, se bebe un trago, se conversa, se rie. Al redoble de los tambores todos corren á las armas y se colocan en formacion, dispuestos á recibir órdenes y á cumplirlas, ya sea de matar ya de morir.

Los correos y ayudantes cruzaban el llano á galope trayendo y llevando órdenes, mientras que el baron Bomba sentado delante de una carta geográfica, combinaba sus ideas estratégicas marcando los lugares de marcha y de operacion con alfileres de cabezas de colores. El enemigo avanza, se sabe cual es su fuerza, el camino que toman los diversos cuerpos de su ejército y el plan que se ha propuesto su general. Ya se acerca.

El baron Bomba se estrega las manos con aire de vencedor.

— Señores, á caballo! dice con voz de mando, va á romper el baile!

Al estrépito de tres cañonazos se agrupan las divisiones en masa y los regimientos se colocan en orden de batalla. Los oficiales van y vienen; los soldados viejos reniegan entre dientes y los bisoños se callan la boca, unos pensando en el hogar de sus madres y otros tratando de sacar fuerzas de flaqueza para portarse como hombres. Reina un silencio parecido al que en el océano suele ser precursor de las tempestades.

Los tambores baten marcha de honor: es el príncipe que se aproxima escoltado de su brillante estado-mayor. Y llega: *Viva el rey!!*

Jacinto pasa saludando las banderas que le rinden los regimientos, montado en un generoso corcel negro y empuñando desnuda la espada que Tamarís le dió. Todos admiran la airosa apostura del príncipe y cada uno de los presentes toma como para sí las palabras que repite de division en division: «*Amigos míos, cuento*

*con vosotros.* » Todos los pechos, todos los corazones lanzan con entusiasmo el grito de *Viva el rey!* y el del negro corcel recibe estos víctores con semblante risueño y placentero.

— Narciso, chico, os veo algo triston. ¿Qué teneis? preguntó un sargento veterano á un soldado novicio de infantería. Porqué os habeis dejado estar callado la boca cuando pasó el rey? En un dia de batalla, hijo mio, es preciso no dormirse: el príncipe es la patria, es la bandera, y debe saludársele.

— No tengais cuidado, señor Laflor; para dar gusto á vuestro niño mimado, me haré matar como cualquier otro.

— No teneis razon en guardar rencor, chico mio. Tiene él la culpa de ser aficionado á la guerra? Le han educado para ella y no le han enseñado otro oficio. Os imaginais que le pase siquiera por las mientes la idea de los afanes y del sudor que cuesta á un pobre padre un hijo de veinte años? Tened entendido que á los príncipes se les dá dinero y hombres sin cuenta ni razon, y á mas se les dice: « Vuestra obligacion es disponer de esto, » y ellos naturalmente hacen lo que vos haríais, cumplir con su deber.

Narciso bajó la cabeza sin replicar, discurriendo para su capote que si los príncipes tuviesen mejor crianza, estaria él á aquella hora al lado de su querida Clavelina sin esponerse á padecer hambre, á caer enfermo ó á morir de un balazo.

Jacinto revistó el frente en batalla, regresó al centro, y tomando una altura desde donde se descubria todo el terreno circunvecino, se puso á mirar la marcha.

Véanse á derecha y á izquierda, á mucha distancia, hileras de soldados, de caballos, de cañones y de carros. Ora desaparecian los batallones al descender á los terrenos bajos, ora relucian las bayonetas á la luz de los rayos del sol. Aquel tren prolongado de hombres, de animales y de bagajes tenia el aspecto de una serpiente gigantesca que se arrastraba moviendo sus numerosos y matizados anillos.

De allí á poco comenzó á oirse el ruido de las descargas de fusil y de los cañonazos, alternando con el éco de una vocería confusa; el humo ennegrecia la atmósfera y desde las entrañas de esta nube sombría se alzaban de cuando en cuando las llamaradas rojas del fuego homicida que devoraba los molinos, las alquerías y las aldeas. Decia con razon el baron Bomba que comenzaba el baile.

La masa del ejército marchaba lentamente dividiéndose poco á poco: la artillería rodaba sobre los caminos trillados y á uno y á otro lado caminaban la infantería y la caballería enterrando en el polvo bajo sus pisadas las erguidas espigas de las sementeras.

El ejército enemigo hallábase en las cercanías del pueblecito de Necedad ocupando sobre una altura una posicion fuerte y bien defendida, mientras que en el llano, á vanguardia, desplegaba considerables fuerzas en batalla que cargaron sobre sus adversarios así que estuvieron á conveniente distancia.

—Hola, eh! dijo el baron Bomba, con que estos travesos quieren batirnos con nuestras propias armas! Los truhanes quieren hacer suya la táctica de los Pa-

pamoscas! Pero para salir airosos habian de tener nuestros soldados.

No se engañaba el baron. Despues de dos reñidos y sangrientos encuentros fueron rechazados los enemigos experimentando sería desmoralizacion en sus filas.

En ese momento se vió descender del pueblecito de Necedad una fuerza de caballería magníficamente montada á cuyo frente marchaba á paso lento un jóven alto de estatura, vestido con una túnica blanca y la cabeza cubierta con un casco de plata que tenia por adorno y cimera una águila con las alas desplegadas. Todos los anteojos del estado-mayor apuntaban hácia aquel personage.

— Yo lo conozco, dijo un edecan, hace quince dias que me presentaron á él; es el gran duque al frente de sus coraceros.

— El gran duque! exclamó Jacinto. Nadie le toque, que me pertenece.

Iba ya á picar su caballo cuando el baron le detuvo y le dijo con blandura:

— Sir, ya pasó la época de los combates heróicos. Desde que se inventó la pólvora, los desafíos se satisfacen á cañonazos, y antes que Vuestra Magestad pudiera llegar hasta donde está el gran duque, le habrian derribado de un balazo nuestros tiradores, al alcance de cuyos fusiles se pone en este mismo instante. Lucir el garbo sobre un generoso alazan al frente del enemigo será sin duda muy bonito, pero no es por cierto acto de un militar, sino de un loco.

Jacinto experimentaba una sensacion inesplicable. Aborrecia al gran duque y de buena gana le habria

despachado al otro mundo en combate singular; pero al verle caminar jóven y confiado hácia el enemigo, espuesto á que una bala disparada por mano oculta y desconocida le matára como á una ave indefensa, se sublevaban los sentimientos generosos de su alma.

La curiosidad y el silencio dominaba á los espectadores. A medida que el gran duque se aproximaba, arrastrábanse los tiradores entre las matas y se escondían en los fosos, de manera que, repentinamente, en el momento en que el jóven militar volvió la cabeza para dar á sus coraceros la voz de ataque, salieron mil tiros como de las entrañas de la tierra, cayeron derribados hombres y caballos, y del seno de aquella mezcla confusa de heridos, de monturas caídas, se lanzó un alazan á toda carrera en direccion al enemigo. El príncipe habia muerto y Jacinto estaba vengado.

— Sir, dijo el baron, siempre inmutable, estos caballeros se han sacado una de las mangas, vamos á tirarles de la otra y á dejarles descamisados. Veis aquella iglesia sobre la colina? Cuando lleguemos allí habremos ganado la partida.

No era cosa muy fácil llegar hasta la iglesia. En tres horas de un encarnizado combate apenas se adelantaron algunos pasos, porque parapetado el enemigo en los edificios de la aldea, cada casa era un castillo que habia de tomarse por asalto. Ya las pérdidas eran considerables, regimientos enteros habian desaparecido y para colmo de desgracia llegaban malas noticias de la ala derecha que el enemigo comenzaba á flanquear. A cada instante se presentaban uno trás otro los ofi-

ciales pidiendo refuerzos, y el baron se les reia en las barbas maldiciendo como un condenado.

— Refuerzos! decia con gritos destemplados, de dónde quieren que los saque? Háganse matar con mil demonios. Se imaginan acaso de que han nacido para vivir eternamente?

Cuantos rodeaban al príncipe estaban tristes; pero Jacinto permanecia sereno y prendado del buen humor del baron, y como confiaba en la victoria próxima, se sorprendió mucho cuando el baron tomándolo á parte le dijo en voz baja:

— Señor, ha llegado el momento de portarse como soldado. Si dentro de una hora no estamos allí arriba, no nos quedará mas remedio que volver á casa resignados á que los Papamoscas nos azoten con canciones y epigramas.

— Antes morir! exclamó el príncipe.

Y castigando su caballo se entró en lo mas intrincado de la pelea.

De todos los soldados dispersos, fuesen granaderos, cazadores ó dragones, formóse un batallon sagrado para hacer con él esfuerzos supremos. Por dos veces condujo Jacinto á estos valientes al asalto de la iglesia y otras tantas fué rechazado. Silbaban las balas, los hombres caian como espigas segadas en torno del príncipe, cuyo caballo al tenderse en el suelo, herido por un casco de metralla, puso en peligro la vida de su noble jinete. Pero no por esto desmayaba ni se atemorizaba, que antes por el contrario la pólvora y la sangre le embriagaban. Al verse á pié, montó de un salto sobre un caballo que huia sin dueño y desbocado,

y con la cabeza desnuda, con los cabellos ondeando al viento, blandiendo la espada y clamando: *Viva el rey!* logró reunir sus tropas y entrar con ellas victorioso á la iglesia hollando con el casco de su caballo heridos y cadáveres.

— En dónde está el baron? preguntó Jacinto así que se apoderó de aquella altura tan disputada.

— Le han conducido herido á una casa inmediata.

El príncipe corrió á ver á su viejo amigo y le halló echado sobre un monton de heno dando órdenes para que la artillería tomando de flanco al enemigo consumiera la victoria. El baron arrojaba sangre por la boca y hablaba bajo á su edecan, porque una bala le habia atravesado el pecho.

— Querido general, díjole Jacinto, espero que la herida no será nada y que estareis pronto en disposicion de disfrutar de nuestros triunfos.

— He arreglado mis cuentas, dijo el baron; no la he de tirar larga. Pero no importa; el enemigo ha llevado su merecido y no será de nosotros de quienes rian los Papamoscas. Sir, ocupaos del ejército que aun hay que hacer; adios, mil gracias.

Jacinto se separó del herido bajando la cabeza para ocultar sus lágrimas.

— Habria por aquí un trago de aguardiente? preguntó el baron.

— Aquí hay, mi general, contestóle el sargento Laflor destapando su caramañola.

— Gracias, amigo viejo. Tápame con mi capa y acuéstame de lado. El sueño no ha durado mucho, pero he soñado cosas agradables. Buenas noches.

Estas fueron las postreras palabras del general en jefe. No se movió mas y una hora despues era ya ánima del otro mundo.

Jacinto subió al campanario de la iglesia y desde aquella elevacion vió al enemigo huir en completa derrota. El terror pánico se habia apoderado de aquellos restos desgraciados y perdida hasta la voluntad de defenderse arrojaban las armas y mochilas. La caballería desbandada corria á brida suelta devastando los sitios por donde transitaba; los cañones sin cureñas, los carros de municion sin ruedas y sin tiros estaban como sembrados en el campo de la batalla y en vano los oficiales empleaban el ascendiente de la disciplina militar para reunir los dispersos que ciegos y sordos por el pavor y el miedo los insultaban y se los llevaban por delante en el afan de ponerse en salvo. El rio que corria por la llanura era tumba de centenares de infortunados que huian desalados de un enemigo que ya no les perseguia.

Tal fué la célebre batalla de Necedad que colmó de vergüenza á los Tragagrullas y de contento á los Papatoscas.

En aquella misma noche un edecan del rey de los Tragagrullas fué portador de una carta para Jacinto, concebida en los siguientes términos:

« Señor y primo:

» La victoria es vuestra, mi ejército no existe. Pido una tregua y la paz bajo las condiciones que vuestra generosidad se digne dictarme. Como vencido, uso de un privilegio que invoco por haberle comprado á duro precio. Os felicito por el valor y la capacidad que ha-

beis desplegado en la jornada de hoy, y os aseguro que hubiera deseado concluir mi carrera con el lucimiento con que comenzais la vuestra.

» Y con esto, señor primo, quedo rogando á Dios que os mantenga bajo su santa proteccion. »

El príncipe proclamó inmediatamente la suspension de armas y aplazó las estipulaciones de paz para el dia siguiente. Desde las seis de la mañana no se habia bajado del caballo y necesitaba descansar. Preparáronle una cama en la casa menos acribillada por las bombas, tomando de donde las hallaron unas malas sábanas y almohadas no muy mullidas, y en ella se echó molido de cuerpo y exaltado de ánimo el venturoso príncipe que no pudo conciliar el sueño no tanto á causa del humo de la gloria como de los fascinadores recuerdos de la hermosa Tamarís. Perseguíale la idea de que dentro de pocas horas se presentaria victorioso ante ella y pondria á los piés de su amada su corona y su espada.

En una sala inmediata cenaban los generales y ayudantes de Jacinto, teniendo de huésped en su mesa al enviado del rey de los Tragagrullas. Animados con el vino referia cada uno sus proezas y condenaban unánimes la temeridad del gran duque, cuyo loco denuedo habia sido ocasion de su muerte. Esta fué la oracion fúnebre que pronunciaron sobre aquel héroe abandonado de la fortuna. Hablóse mucho del baron Bomba y de los trescientos oficiales y gefes que habian sucumbido con él en la batalla; pero mucho mas se habló todavía de los ascensos, recompensas y condecoraciones á que los vivos se habian hecho acreedores.

Se brindó con entusiasmo por la fortuna que le cabía al ejército de ser mandado por un príncipe joven y valiente que si á la edad de dieziseis años comenzaba á batallar bajo los auspicios de la victoria, acabaria por colmar las aspiraciones de gloria militar que distingue á la nacion de los Papamoscas. Al rumor de estos elogios y de estos aplausos concilió Jacinto el sueño en aquella noche memorable.

---

## CAPITULO XV

### EL REVERSO DE LA MEDALLA

El príncipe tuvo en sueños la vision de una mujer vestida de blanco con una varilla májica en la mano derecha y rodeada la cabeza de una auréola resplandeciente: y esta mujer no era otra que su madrina la hada del dia, á quien conoció Jacinto, porque mas de una vez habia admirado el retrato de la dama blanca en el salon principal de su palacio. La hada le miró un gran rato y lanzó un suspiro.

— Pobre criatura, dijo entre dientes, qué habria sido de tí si te hubiera abandonado!

Y por tres veces repetidas describió un círculo con su varilla en rededor de su ahijado.

Jacinto se despertó repentinamente en medio del campo de batalla; pero no como príncipe y vencedor, sino envuelto por segunda vez en la innoble piel de un perro. La fortuna le habia ensalzado por la mañana para precipitarle ahora en el mas profundo abismo.

Era de noche; la luna iluminaba la llanura; pero la palidéz de su luz recargaba el tinte oscuro de las sombras proyectadas por las colinas. Reinaba un silencio

solemne en todo cuanto rodeaba al príncipe en aquella hora y á lo lejos veíanse brillar como relámpagos terrestres las llamas de los fogones del campamento. A la derecha y á la izquierda dormían de espaldas el sueño eterno centenares de soldados mezclados confundidamente con caballos muertos, carros destrozados y armas abandonadas. El rostro de aquellos cadáveres contraídos por la desesperacion de la agonía se mostraba rebelde á la sombría serenidad con que sella las facciones humanas la mano de la muerte. Apretados los dientes, derramando espuma por la boca, con los ojos torcidos y blanqueando, todavía renegaban de su destino ó pedían á Dios se dignase vengar su sangre vertida por capricho de los reyes.

Un reloj distante dió lentamente las doce campanadas de la media noche, hora en que se aparecen los muertos: Jacinto se estremeció y no pudiendo resistir el aspecto de aquellos ojos que ya no veían, buscó un lugar sombrío en donde esconderse.

Pero allí le esperaba el espectáculo más horrible. Favorecidos por la oscuridad dos malvados provistos de linternas sordas despojaban los cadáveres é insultaban así á la muerte. Jacinto tembló y se agazapó trás las ruedas de una cureña despedazada.

— Aquí hay uno casado, decía uno de los ladrones, porque tiene un anillo que no puedo sacarle del dedo.

— Córtaselo, imbécil, le contestó el otro; ves estos dos aros? pues acabo de arrancarlos de las orejas de ese soldado.

— Un oficial! volvió á decir el primero de los ladrones. Albricias, tiene reloj.

— Busca bien en los bolsillos que tambien debe tener dinero.

— Sí, y á mas una carta cerrada.

— Mejor fuera un billete de banco; pero trae acá, vamos á pasar un buen rato leyendo lo que dice á su querida.

El malvado aquel abrió la carta y leyó:

« Madre mia querida: cuando recibas esta carta, ya no tendrás hijo. Un secreto presentimiento me anuncia que voy á morir en el combate de mañana. Escribo esta carta contando con que alguna mano compasiva te la envíe. Quiero que sepas que mi último suspiro ha sido tuyo y que te amaré hasta mas allá del sepulcro. No poseo mas que mi espada; te dejo, pues, sin mas auxilio que la misericordia de Dios y él te consolará. Muerdo digno de tí, fiel al honor que tú me has inspirado y contento con verter mi sangre por la gloria del príncipe y la salud de la patria. »

— Vaya, vaya, dijo el ladron que escuchaba; estas tonteras mas fastidian que divierten. Trabajemos; la luna se vá acercando y dentro de nada nos verán los bultos y nos escupirán buenas balas los centinelas.

— Sí, tu madre recibirá esta carta, dijo el otro ladron con aire solemne: felices los que mueren como tú!

— Bravo! díjole su camarada, con que á estas alturas te pones á representar melodramas? Lleve el diablo á esta gente que aprende á leer, porque vengan ó no al caso, siempre hacen frases! Pero, tate! aquí hay algo que relumbra como oro, qué será?

Acerca la linterna, y hé aquí que un caballo primorosamente enjaezado, espantado con la luz se endereza

en las cuatro patas, y comienza á dar coces y á relinchar. Era el alazan del gran duque que caminaba pisándose las tripas que caian por la ancha abertura de una herida en el vientre. A pocos pasos de allí cayó de nuevo y se estiró para no levantarse jamás.

En aquel mismo instante una cuadrilla de perros que parecia salida de debajo de tierra, se lanzó ladrando y ahullando sobre el noble animal y comenzaron á desollarle á dentelladas. Los ladrones huyeron mas que de prisa, y fué á tiempo, porque se acercaba ya una ronda atraída por los relinchos y los ladridos.

— Qué ganga! decia uno de los perros á su compañero. Porqué no nos proporcionarán los hombres mas á menudo festines como este?

— Allí abajo, dijo un mastin, están los lobos devorando un regimiento de coraceros.

— Visteis cuánto cuervo habia esta tarde? preguntó un dogo.

— Mañana habrá mil veces mas, replicó el mastin. Pero qué nos importa cuando hay carne y sangre para todos?

— Sí, dijo un lebrel; pero mañana van á enterrar todos los cadáveres.

— Eso no es negocio de un dia sino de una semana entera. En los bosques, en los fosos, entre las piedras, á dos leguas á la redonda hay mas de un soldado y mas de un caballo á que dejarán en paz donde y como se encuentran hoy. Que viva la guerra para regalo de perros, cuervos y lobos!

Jacinto salió y se alejó de su escondite casi con la razon perdida, tomando el camino de la aldea, en el

cual pocas horas antes habia jugado la vida con tanto lucimiento. En aquel lugar los encuentros de los combatientes habian sido mas récios que en ninguno otro del campo de batalla y los muertos apiñados nadaban en charcas de sangre. Dábase prisa Jacinto por salir de aquel teatro de horrores que le erizaba los cabellos, cuando comenzó á oir unos ayes y lamentos que le consternaron. Caminó hácia el lugar de donde salian aquellas voces y vió á un jóven oficial de hermosa fisonomía que se arrastraba con las manos y el vientre á falta de ambas piernas que la metralla le habia hecho pedazos.

— Un poco de agua por el amor de Dios! auxilio! dijo con debilitada voz el infeliz mutilado. Muero por vosotros, y me abandonais ¡ canalla! como á un perro. Maldita sea mil veces la guerra! malditos sean los príncipes y los ingratos! Agua ó la muerte, por misericordia!

Y como á pesar de ir menos que á gatas y jadeando, avanzase terreno, cayó sobre el cadáver de otro oficial.

— Una botella! exclamó, me he salvado. No, nada, está rota. . . . Ah! una pistola; está cargada, gracias á Dios. Príncipe Jacinto, afortunado vencedor, que mi sangre caiga sobre vuestra cabeza!

Y con mano firme y decidida se levantó la tapa de los sesos.

A la detonacion de la pistola, alzó la cara un moribundo y miró azorado á su rededor. Era Narciso, y como Jacinto le conoció al momento, se dirigió hácia él.

— Eres tú, Constante? exclamó el soldado, derra-

mando abundantes lágrimas. Acércate que quiero darte un abrazo. Te manda Clavelina, no es verdad? Pues bien, díla y repítela que la amo, que la idolatro; pero que jamás volveré á verla!

Una voz gruesa pronunció en aquel mismo momento estas palabras:

— Camaradas, por aquí y chitón. El sargento Laflor sabe bien lo que hace, porque tiene el bigote retorcido, y vosotros sois unos barbilampiños. Os digo que por aquí cayó, conozco bien el sitio ¡voto á Sanes! En menos de tres minutos murieron seis edecanes y uno de ellos me salpicó la cara con los sesos. Dadme la luz. . . . mirad tres ahí, los otros no han de estar muy lejos. Narciso, chico, dijo con voz de trueno, estás muerto?

— Sargento! le respondió una voz casi estinta.

— Aquí me teneis. Buenos dias, Narciso, cómo vamos?

— Ya veis, señor Laflor, en el estado en que me encuentro.

— Vaya, vaya! pues esa es la guerra, hijo mio. Hoy te cae á tí la lotería, mañana me tocará á mí. Confía en mí que no he de dejarte abandonado. Hola! acercad aquí la camilla.

El cuerpo de Narciso era todo él una llaga viva y se desmayó apenas le levantaron del suelo.

— Sargento, dijo uno de los soldados, es inútil llevarlo, está muerto.

— He tenido acaso el honor de pedirte tu parecer? respondióle Laflor. Si como yo, charlatan, conocieras tu oficio, teóricamente sabrias que un hombre no se

considera muerto hasta que el mayor lo inscribe como tal en las listas. Adelante y punto en boca.

El príncipe-perro de aguas se habia escondido trás un monton de cadáveres, apenas sintió la voz de los soldados y salióse de allí espantado huyendo como un asesino salpicado con la sangre de sus víctimas.

Para no ver aquella carnicería que le horrorizaba, tomó Jacinto un camino bajo que conducia hasta la aldea. La guerra no habia respetado la tranquilidad de aquel grupo de chozas, convertidas en monton de cenizas humeantes circundadas de desolacion y silencio.

Allí sobre un monton de cieno exhalaba su último aliento un paisano herido á bala sin mas delito que haber defendido su pais contra el enemigo, y su propiedad contra los salteadores. A su lado, estaba sentada su muger con una criatura recién nacida á los pechos: cuatro niños, el mayor de los cuales no contaria doce años, sostenian alternativamente la frente al padre, y trás del moribundo, un anciano encanecido invocaba la justicia divina.

— Malditos sean los reyes! decia; malditos los cortesanos! malditos los ejércitos! Vengad, Dios mio, á la viuda y al huérfano! vengad al padre que llora sobre el cadáver del hijo que le habíais dado y le han arrebatado esos bandidos! Para qué estais en el cielo, Dios mio, si dejais que esterminen á los inocentes?

— No tengais cuidado, abuelo, dijo uno de los niños: somos cuatro para vengar á nuestro padre. Ya llegará el dia en que podamos tambien matar al enemigo.

— Ven, hermano, dijo el menor de todos: toma una piedra y vamos á tirar á la cabeza de los heridos.

— Hijos, díjoles la madre llorando, no se muevan de aquí que los han de matar.

Jacinto se apartó de allí lleno de tristeza.

— Ay! decia dentro de sí, qué crimen tan atroz habia sido la guerra y cómo me han engañado! Paréceme que cada uno de esos muertos me trata de asesino y me exige que le devuelva la existencia. A dónde huiré, en dónde me ocultaré? Auxilio! venga alguien aquí!

— Tranquilizaos, Sir, tranquilizaos, le dijo un edecan.

El príncipe conoció que estaba en su cama y miró á su derredor aterrorizado.

— Dispéñseme, Su Magestad, que le haya despertado; pero daba tales sollozos que he creído conveniente librarle de la pesadilla que le aflijia.

— Porqué no lo hicísteis antes? díjole Jacinto suspirando.

Levantóse, se sentó cerca de una mesa y allí permaneció hasta apuntar el dia, inmóvil, con la cabeza escondida entre ambas manos.

---

## CAPITULO XVI

### CHANCELACION DE CUENTAS

Así que amaneció el día, dictó el rey medidas terminantes para que se enterráran inmediatamente todos los cadáveres y se persiguiera á los ladrones.

El gefe encargado de la policía del ejército preguntó si se fusilaba á los malhechores *in flagranti*, á lo que contestó Jacinto:

— No, ya se ha derramado bastante sangre.

Comisionó á tres de sus edecanes para que recorriesen las aldeas circunvecinas con el objeto de remediar los desastres y los delitos propios de la guerra, en cuanto fuera dado hacerlo con el auxilio del dinero.

En seguida montó á caballo y fué á visitar las ambulancias.

Los cirujanos, con el empeño que en tales casos les distingue, habian trabajado toda la noche, pues sabido es que esta especie de soldados arrostran las privaciones y el contagio de la peste como otros desafian al acero y á la metralla. Estaban ya operados cerca de tres mil heridos, amigos ó de las filas contrarias, des-

cansando en sus respectivas camas de campaña; pero aun quedaban muchos miles cuyas heridas sangraban esperando á la intemperie el auxilio de la ciencia, echados sobre montones de paja, mientras que á lo lejos se veian en hileras los soldados y los paisanos que conducian en angarillas las tristes víctimas del combate. Jacinto apartó los ojos de semejante espectáculo y entró en el primer hospital que halló allí cerca.

El príncipe, acompañado de uno de los cirujanos mayores, fué de cama en cama dando consuelo á unos heridos y á otros recompensas. Algunos de los favorecidos se incorporaban como podian para dar las gracias á su rey y otros se reian.

— Cómo ha de ser, Sir, díjole un húsar que tenia vendada la cabeza, no se pueden hacer tortillas sin quebrar los huevos.

Los mas ni se movian ni hablaban; pero decian eloquentemente á Jacinto con la tristeza de su mirada:

— Si no fuera por vos, no estaríamos en este estado.

Y el corazon de Jacinto se desgarraba de pena.

El príncipe entró á una sala de operaciones y encontró allí á Narciso invocando á gritos la muerte mientras dos cirujanos chorreando sangre acuchillaban al infeliz soldado y chanceaban con él para infundirle entereza y conformidad.

— Sí, quéjate, decia uno de los operadores, van con esta seis balas que te saco del cuerpo sin lesion de tus órganos vitales: vaya que es gran cosa un par de dedos rotos! tienes mas fortuna que un hombre honrado.

— Mátenme! por el amor de Dios, mátenme! gritaba Jacinto; antes quiero morir que penar tanto.

— No, díjole el príncipe acercándosele, no debes desear la muerte sino la salud para consagrar tus días á Clavelina y presentarla la cruz que tienes tan merecida.

— Sí, mi príncipe, exclamó el moribundo, viviré para ella y para vos. Mil gracias, mil gracias.

Y se echó á llorar.

Así que el príncipe se apartó un poco, Laflor que estaba oculto trás de la cama estiró su escualida carusa y dijo á Narciso contento como una pascua:

— Habrá cadete mas afortunado? Si el hijo de mi madre recibiera seis balas en el pellejo, no vendria el rey á saber cómo se hallaba el pobre diablo.

Al eco de aquella voz de trueno, volvió Jacinto la cabeza, y dijo:

— Sargento Laflor, ayer os ví cerca de mí y he ordenado que os incluyan en la órden de dia. No se os echará en olvido.

El sargento abrió la boca, movió los brazos, trató de tragar algo que se le atravesó en la garganta y casi le ahogó, y despues de tanto preparativo no pudo contestar sino cuadrándose y llevando la mano á la gorra á usanza militar. Hízole gracia á Jacinto la aventura del sargento y sonrió por primera vez.

Cuando regresó el príncipe al cuartel general, encontró allí al conde de Metomentodo y al caballero Cojuelo. A las dos horas de haber leído en el diario oficial el anuncio de su enfermedad, corrió el abogado á casa de su venturoso cólega y diez minutos de conversacion que con él tuvo, fueron bastante eficaces para sanar radical y oficialmente. Bien aventurados

los que á nada dán crédito en este mundo, porque de ellos será para siempre la amistad de los ministros de Estado!

Jacinto se dirigió hácia el conde á toda prisa y le estrechó la mano.

— Nada de cumplimientos, dijo, despues, á mi vuelta, hablaremos de eso. Ahora contadme qué es de mi pueblo, de vos, de vuestra familia. Habeis estado muy cuidadosos?

— Sir, ni para eso nos habeis dado tiempo, contestóle Metomentodo. Solo mi hija, que como buena mujer es pusilánime, no dormia ni comia por indagar noticias del ejército, y he tenido que reñirla mas de una vez por su desasosiego.

— De veras? dijo Jacinto.

Brilláronle los ojos y entró á cavilar.

El conde no habia venido al campamento para perder el tiempo en fruslerías y muy luego pasando á las cosas sérias trató de las condiciones de la paz. Despues de una victoria tan espléndida habia derecho para exigir mucho. Seria indispensable exigir la cesion de tres provincias del territorio enemigo, cuya posesion convenia á los Papamoscas, aunque la población de ellas no tuviera nada de comun con los vencedores y les odiáran desde tiempo inmemorial. Hablaban otra lengua, profesaban religion diferente; pero todo esto era un grano de anís para la política que no se pára en semejantes frioleras, puesto que con buenas guarniciones y una sábia administracion no hay resistencia que no se venza. El sacrificio de dos ó tres generaciones es poca cosa cuando se trata de alcanzar un gran fin.

Los filósofos han profesado teorías ridículas sobre esto de razas y de nacionalidades, cuando la esperiencia enseña que los pueblos son blandos como la cera vírgen y que todo depende de la mano que imprima en ella el sello.

El príncipe respondió secamente á estas insinuaciones, que tenia su partido tomado, que no aspiraba á conquistas y que maldita la gana que tenia de convertirse en carcelero de un pueblo sometido á la fuerza. Que bastaba ya de guerra y horrores, y que lo mas conveniente seria ajustar una paz que á nadie humillára y un tratado honroso para ambos pueblos que pusiera término á sus antiguas desavenencias.

El conde echó á Jacinto una mirada protectora :

— Sir, le dijo, comprendo vuestra sensibilidad y participo de ella. Sé que un campo de batalla ofrece espectáculos espantosos y que se requiere mas de un dia para familiarizarse con ellos. Pero un gran rey resiste á la fragilidad de sus sentidos para no tomar en cuenta mas que el engrandecimiento de su dinastía. En tanto que en este valle de lágrimas haya gobiernos y pueblos diferentes, habrá cuestiones entre ellos, luchas y combates. La guerra es una calamidad, no lo niego; pero calamidad necesaria. Todo lo que puede hacer la humana prudencia es disminuir las ocasiones que pueden suscitarla, y para lograr este fin, nada es tan eficaz como destrozár al enemigo y reducirle á completa nulidad.

— Señor conde, dijo Jacinto, olvidais el testimonio de la historia. Va para cinco centurias que batallamos contra nuestros vecinos á costa de millones de vidas, y

acaso estamos por eso mas adelantados que el primer dia ? No, la guerra aborta ódios, y á su voz el ódio engendra la guerra. Tiempo es ya de echar á la espalda tan añeja y desacertada política. Estoy por la paz.

—Sir, exclamó el caballero Cojuelo, con tono solemne y levantándose del asiento, no puedo menos que admirar la moderacion de Vuestra Majestad, pero permítale el rey á su fiel súbdito hablarle con entera confianza: es tarea por demás pesada y difícil apartarse de aquellas antiguas tradiciones en que se cifra la grandeza de la casa de los Tulipanes. La sabiduría de vuestros abuelos, Sir. . . .

—Caballero, dijo el príncipe, ya en otra ocasion me habeis espetado ése discurso ; encargaos de refutarlo para la próxima sesion.

—Ésas tenemos ! dijo para sí Cojuelo, ya veo que el conde no cuenta con tan buenos estribos como yo creía.

Y se sentó parsimoniosamente.

Guardaron silencio los interlocutores hasta que rompiéndolo Metomentodo, dijo :

—Sir, antes que Vuestra Majestad se decida á tomar una resolucion tan grave, dignese escuchar de nuevo á un hombre encanecido en servicio de la monarquía. El poder régio descansa sobre dos columnas, —la administracion y el ejército,—y si una se debilita, el edificio entero se desmorona. Si la paz se radica, cómo hará Vuestra Majestad para mantener en pié un ejército de quinientos mil hombres con oficiales descontentos y soldados ociosos ? Soportará el pueblo por largo tiempo una carga tan enorme como inútil ?

—Derramaremos en los campos trescientos mil labradores, y todos ganarán con esta medida.

—En tal caso, no solo será indispensable la reforma del ejército sino también la de la administración, del impuesto, de todo el sistema actual de gobierno. En adelante viviríamos únicamente ocupados de trabajar y ahorrar como los insignificantes pueblos que nos son limitrofes.

—Grave mal por cierto! dijo Jacinto.

—Sí, mal gravísimo, Señor, porque el día que Vuestra Majestad licencie su ejército, ese será el último día de nuestra antigua y gloriosa monarquía. La corta edad del rey no le permite todavía abrazar en su conjunto la admirable organización de su imperio. Estudiad nuestra maravillosa centralización, Sir, y vereis que está combinada de manera que todas las fuerzas, toda la riqueza, todos los recursos del país están depositados en manos del príncipe. El pueblo no tiene nada suyo: su sangre, su dinero, sus hijos, todo, en una palabra, pertenece al monarca. Depende de la administración y está sometido á ella el más encumbrado como el más humilde de los súbditos; habitúa á cada uno de los Papamoscas al trabajo, á la obediencia, al impuesto, al servicio militar, y por medio de esta educación sólida consigue tener los mejores soldados de la tierra. La gloria del Estado, el poder del príncipe, hé ahí los únicos objetos que debe tener en vista vuestro gobierno! Si se suprime la guerra, si se suprime el ejército, qué papel desempeñará entonces aquella mayoría prodigiosa? Un pueblo de labradores y artesanos para nada necesita de tutela adminis-

trativa, porque cada cual vive de su cuenta y riesgo y solo piensa en sí. A semejante turba bástale la libertad para manejar los negocios públicos á lo plebeyo. La centralizacion, el ejército y la guerra, tienen únicamente la virtud de sacar al individuo de aquel menguado género de vida y de sustituir al egoísta amor de las comodidades del hogar privado, el patriotismo que hace que la vida de todo un pueblo aliente y se manifieste segun el pensamiento de un hombre solo. Puede darse nada mas noble que una nacion que se sacrifica por el esplendor de su soberano?

Esto es, Señor, lo que mi celo me impone la necesidad de manifestar á mi rey. Teóricamente hablando, no hay idea mas hermosa que la de la paz universal; pero en el hecho, en lo práctico, importa la aparicion de una nueva sociedad y la ruina de la monarquía antigua. Cabalgando por sierras y llanuras y con la espada al puño de dia y de noche, es como vuestros mayores consiguieron fundar su imperio, y por medio de la guerra sostuvieron y aumentaron su autoridad tanto fuera como dentro de sus dominios. La obra está concluida, Vuestra Majestad no puede deshacerla, y hasta me atrevo á decir que no tiene derecho el rey mismo para cometer semejante accion. El ejército es el brazo del príncipe; un monarca es todo por la virtud del sable; si desarma, abdica.

—Conde querido, respondió Jacinto con tono resuelto, aplaudo vuestro celo patriótico y vuestro apego á mi persona. Ahora tres dias pudo haberme deslumbrado el brillo de vuestra palabra; pero el campo de batalla me ha abierto los ojos. Desde que he tomado el

peso á las responsabilidades que gravitan sobre mis hombros, he cojido pavor á ese poder absoluto que para vos es delicioso. Quereis poner en manos de un solo hombre el derecho de mandar al matadero á todo un pueblo? Horrible privilegio de que si una vez usé será la última. Si el envejecido edificio del gobierno se desploma por falta de brazos armados que le sustenten, derrúmbese cuanto antes. Qué me importa la centralizacion? Importa ella otra cosa que la comun servidumbre del príncipe y sus súbditos? Venga lo que viniere, estoy decidido. Prefiero ser primer majistrado de un pueblo libre que gran Lama de la administracion.

—Sir, si Vuestra Majestad me permite usar de esas palabras sublimes, dijo Cojuelo, tendré tema para el mejor de mis discursos. Toda la Cámara se pondrá de mi parte! ya es mia!

Atrás ese sistema vetusto que consiste en sacrificar un pueblo entero á las pasiones, á la voluntariedad, á la demencia de un hombre! Pasó ya el tiempo del poder absoluto y una nueva aurora despunta sobre el horizonte de un mundo rejuvenecido. Ya no gobiernan los príncipes por medio del silencio y la fuerza, sino de la inteligencia y de la consagracion al bien público. Felices nosotros que caminamos guiados por un rey cuya madurez de juicio supera á sus años, que comprende las exigencias de la civilizacion y que (de él mismo son estas admirables palabras) prefiere ser primer majistrado de un pueblo libre antes que gran Lama de la administracion.

—Caballero, dijo Metomentodo, habeis echado en

olvido vuestra laríngitis y podeis tener una recaída.

—Mil gracias por el cuidado que os inspira mi salud, contestó el inocente Cojuelo, pero, querido cólega, creo que el hablar ahora me será provechoso.

El conde le lanzó una mirada despreciativa y dirigiéndose á Jacinto, dijo:

—Sir, séame permitido por última vez hacer una nueva observacion, y en seguida guardaré el silencio mas respetuoso. Pretende Vuestra Majestad contribuir á la felicidad de su pueblo renunciando generosamente á la gloriosa herencia que le legaron sus mayores; sea en horabuena: admiro la liberalidad de tamaño sacrificio; pero dudo que sea eficaz ni que satisfaga las miras de mi soberano. Antes temo que la esperiencia le demuestre que la falta de tono en la administracion es mucho mas perjudicial á los súbditos que á la grandeza misma del príncipe. Hay naciones cuya naturaleza las permite gobernarse á sí mismas, porque tienen índole, costumbres, hábitos de libertad; pero tambien hay otras mandadas hacer para que las gobiernen y que no obstante esto ocupan como las demás un lugar en la familia humana. Los Papamoscas no son un pueblo sino un ejército, y tienen todas las virtudes del soldado como todos sus vicios. Son valientes, generosos, avisados y tambien son inquietos, inconsistentes, irónicos, vanidosos y no se resignan nunca á llevar una vida monótona y arreglada. Plácenles los peligros, los azares, y la prosperidad alcanzada en un dia á precio de esfuerzos de valor, de talento ó de humillacion. Pueblo como este que se compone á la vez de soldados heróicos, de pésimos ciudadanos,

de revolucionarios y de lacayos viles, se convertirá en una desordenada multitud el dia en que una mano de hierro deje de disciplinarle y de conducirle militarmente hácia un objeto glorioso. Nada hay de que no sea capaz esta nacion bajo la tutela de un gefe enérgico; pero se disolverá dejada á sí misma. La libertad es para los Papamoscas el desencadenamiento de todas las pasiones, el reinado de la audacia y de la codicia, cuya última espresion es la anarquía.

—No trateis con tanta dureza á mi pueblo, querido conde, dijo el príncipe: yo tengo formada mejor opinion de él. Creo que tanto yo como él hemos sido mal educados, que debemos volver á la escuela juntos, que en ella aprovecharemos, nos corregiremos, y al fin me pagarán con su amor.

—No, Sir, yo le conozco; creerá que son debilidad vuestras bondades y os las retribuirá con la insolencia y el desdén. Es un caballo de malas mañas que se desboca apenas se le afloja la brida.

Cojuelo que estudiaba atentamente la espresion de la fisonomía del jóven monarca, tomó la palabra y dijo :

—Permitidme Señor, que proteste contra la acusacion que acabo de oir. No somos ni tan vanidosos ni tan desagradecidos como quiere pintársenos. Hasta ahora nos han gobernado tomando por resorte nuestros propios defectos y adulando nuestros vicios para abusar de nuestras flaquezas. Hágase la prueba de emplear las virtudes como medio de gobierno y se verá que el pueblo es de carácter liviano porque se le trata como á niño. Dadle la libertad y se aficionará al tra-

bajo, amaré á su príncipe y no habrá quien le iguale en la paz como no hubo quien le aventajara en la guerra.

—Es ese un fragmento de vuestro próximo discurso? preguntó Metomentodo á Cojuelo: si es así, me parece que os equivocais en la materia.

Cojuelo miró al conde con aire significativo y no le respondió ni una palabra; porque era tan consumado en el arte de abogar, que sabia callarse la boca cuando llegaba el caso.

Pasado un corto intervalo de tiempo, alzó el conde la cabeza y con aire desembarazado, dijo:

—Sir, dentro de una hora saldré de aquí para ir á disponer la entrada y regreso de Vuestra Majestad á sus Estados. Esta es la nota de las pérdidas que hemos experimentado: tres mil muertos, doce mil heridos: qué cifras daremos al público en *La Verdad Oficial*?

—Qué dificultad tendria *La Verdad Oficial* para decir pura y llanamente la verdad? —preguntó Jacinto estrañando semejante consulta.

—Sir, jamás se dice la verdad en estos casos, y si ahora se dijera tendríamos una novedad mas que horrorizaria á todo el mundo. Es de costumbre reducir á la cuarta parte nuestras pérdidas y cuadruplicar las del enemigo. Están tan acostumbrados los Papamoscas á esta aritmética, que si se les dijera la verdad no habian de crearla.

—Esto entrará en la reforma de nuestra educacion, y que comience desde ahora.

—Antes de separarme de Vuestra Majestad, añadió el conde, me atreveré á suplirle que se dignase fir-

mar este pliego; es el contrato de un empréstito de doscientos millones destinados á cubrir los gastos extraordinarios ocasionados por la memorable jornada de Necedad.

— Quince mil hombres fuera de combate y doscientos millones perdidos! exclamó Jacinto.

— Sir, le dijo Metomentodo: y qué es eso comparado con la gloria conquistada por Vuestra Majestad?

— Ay! replicó el príncipe, ¡qué es la gloria parangonada con tanta sangre y tanto oro desperdiciados! Dadme aquí, conde, firmaré. Pero, me habeis dicho que el empréstito es de doscientos millones y aquí leo doscientos veinte. . . .

— Sí, Señor, así es: esos veinte millones de añadidura están destinados por mitad para los banqueros y para costear las fiestas que los Papamoscas consagran á su príncipe victorioso. Es la parte de gloria que á ellos les cabe y no es posible apocarla en nombre de la economía.

— No permita Dios que yo me oponga á la alegría de mi pueblo, y tendré á mucho orgullo los homenajes que se tributen á mis bravos soldados. Pero, á qué privar á mis súbditos la satisfaccion de que ellos mismos organicen las fiestas con que se proponen obsequiarnos? Son acaso incapaces de administrar su propio dinero?

— Sí, por cierto, replicó el conde. Siglos ha que los Papamoscas han cometido al gobierno el encargo de entender en sus negocios y en sus aficciones. El júbilo como el duelo público son del resorte administrativo. Qué seria de la autoridad si el pueblo indiscreto se negára á llorar ó á reir cuando el Estado estuviera de

luto ó de gala? Qué motivo de queja podrian tener los Papamoscas? Ellos pagan y lo demás nada les importa: los placeres y las diversiones les salen al encuentro. Puede darse una condicion mas venturosa? No es la misma que la de un príncipe con respecto á sus intendentes?

Jacinto firmó, suspiró y se fué. Cojuelo salió tras él con la intencion de demostrarle con un prolijo discurso que una nueva política requería hombres nuevos, que el reinado de la libertad lo era tambien de la elocuencia y que el primer ministro de un monarca constitucional, debía necesariamente ser abogado. El príncipe le dejó hablar sin interrumpirle; pero sin prestarle atencion porque estaba absorto en el recuerdo de los heridos y de los muertos, y si se ha de decir la verdad por entero, tambien lo estaba, y mas de lo necesario, en la agradable idea de volver á ver á la amabilísima Tamarís.

Metomentado por su parte estaba furioso, inquieto á causa de las manifestaciones de debilidad dadas por el rey é indignado contra la perfidia de Cojuelo. Fuerte cosa! El edificio secular que por su parte habia sustentado con treinta años de incesantes esfuerzos, estaba á punto de derrumbarse desde sus cimientos al débil soplo de un niño! La herencia del primer ministro pasaria á manos de un hablador, mercader de palabras! No, esto no podia ser.

“ No, no nos conocen todavia, iba diciendo para sí por el camino; ignoran aun lo que es la administracion. Si ella hasta aquí no ha necesitado del pueblo para nada, dia ha de llegar en que eche á un lado á los reyes.”

## CAPITULO XVII.

### LA EMBRIAGUEZ DEL TRIUNFO.

La sencillez y la modestia no abundan entre los Papamoscas, y si por casualidad llega á adolecer un príncipe de estas virtudes plebeyas, se toma empeño en curarle pronto de tan peligrosa enfermedad. Jacinto tuvo ocasion de experimentar en sí mismo. No unos cuantos lisonjeros asalariados para distraer y engañar al amo, sino la Papamosqueria toda entera se arastró á los piés del jóven vencedor y le adoró como á su ídolo. Así lo ha hecho Dios al felicísimo pueblo Papamoscas: todo para él es moda, todo raya en delirio, trátese de amar, de aborrecer ó de despreciar. Por la mañana es un hombre de pró quien antes de que llegue la noche no es mas que un tonto. Los reyes y los ministros no son agentes de una sociedad sujeta á los caprichos de la fortuna, sino actores pagados caro para ocupar la escena y divertir al público, y á quienes por consiguiente no se perdona ni una debilidad ni un descuido: se les aplaude ó se les silba; no hay término medio.

Jacinto habia obtenido buen éxito en sus empresas, era jóven y vencedor y por consiguiente dueño de todos los corazones. Desde la frontera hasta palacio, durante quince dias de viaje á caballo, no habia cesado un momento de pasar revista, recibir diputaciones sin cuento, atravesar bajo ciento veinte arcos de triunfo, recibir ciento cincuenta coronas y seis mil ramilletes de flores, dar la mano cuarenta y cinco mil veces, saludar á las señoras, besar en la frente á las doncellas, sonreír á todos, y, lo que no era menos pesado, oír sin pestañar trescientas arengas y doscientas felicitaciones, sin contar las músicas, serenatas, repiques, banquetes y bailes.

Jacinto gozaba de una robustez férrea y le habia sido cosa de juguete el soportar las fatigas del duro ejercicio de las armas; pero, muy luego vió que mas llevaderos son los malos ratos que los regocijos. Al principio no fué nada, porque al fin los reyes y las mujeres permiten de buen grado que se les trate como á ídolos; pero allá como al cuarto dia coménczó á írsele la cabeza á nuestro héroe, desvanecido con el humo de tanto incienso; al nono habria echado á la calle á los de las arengas si no le hubiera contenido la buena crianza, y al décimo dia estaba desesperadamente tentado á despedir las diputaciones con cajas destempladas.

La gloria y la victoria, los honores y los vencedores, los Alejandro y los Césares le zumbaban al oído como moscas porfiadas. Los honrados vecinos que dejaban solas sus tiendas y talleres para cantarle en tono lírico la batalla á que no habian asistido, y los heróicos

hechos en que ninguna parte tenían; los magistrados que echaban arrogantes sus tizonas en los platillos de la balanza de Temis y aplaudían como juicio de Dios lo que no era por cierto mas que resultado de la casualidad y de la fuerza material; los milicianos de campaña que con aire de conquistadores desfilaban á par de las majadas, le destemplaba los nervios á Jacinto y le erizaba las carnes. Por dicha suya, no se le separaba de su lado el siempre jovial Cojuelo, quien con una mirada, con un gesto, con una palabra, sabia alentar con tan ingeniosa malicia á los de las arengas que los cortaba á lo mejor con suma complacencia del rey. Pero todo pasa y fastidia en este valle de lágrimas, todo, hasta la risa, de manera que así que Jacinto divisó á su hermosa capital de Miel sobre Buñuelos, tuvo fuerte tentacion de clavar la espuela en el hijar de su generoso bucéfalo y salvarse á escape de los importunos dentro de los muros de palacio. Pero la inexorable etiqueta detúvole las riendas en tan mal deseo y por fortuna de los Papamoscas nada perturbó la marcha del ejército victorioso que llevaba consigo al rey en triunfo y lo devolvía sano y salvo al amor entrañable de sus súbditos.

La entrada fué suntuosa. Las calles estaban alfombradas de flores, colgados los balcones, las mujeres en los balcones y ventanas, y la muchedumbre en las calles, en las copas de los árboles, en los tejados, proclamando con su número y con la boca abierta el júbilo de un pueblo enloquecido de contento. Los corazones latían al acercarse los soldados, los ojos se salían de las órbitas ansiosos por distinguir y ver al jó-

ven vencedor. Dos heraldos de armas encabezaban la marcha, y tras ellos seguían en orden las músicas de los escuadrones de caballería tocando la marcha nacional, los heridos apoyándose en el brazo de sus camaradas y custodiando las treinta banderas tomadas al enemigo, y una banda inmensa de asordadores tambores, formando al unison el ruido que mas deleita los oídos de los Papamoscas.

A cincuenta pasos á retaguardia de los tambores y á treinta delante de su estado-mayor, mostrábase Jacinto cabalgando su bridon de combate. A su vista, levantóse un hurra descomunal que apagó hasta el ruido de las cajas; los hombres arrojaron los sombreros alaire y las mujeres ajitaron sus pañuelos de manos, *Viva el Rey! Viva el Rey!* El príncipe estaba pálido y saludaba llevando al pecho el puño de la espada desnuda; los vivas crecían y todos los ojos lagrimeaban.

Quién no daría su sangre por un príncipe tan valiente y bien apuesto? Oh! qué hermosos días si el siguiente se les pareciera!

Seis horas duró al desfile y cuando Jacinto entró á palacio se hallaba ébrio de dulces emociones. Lo primero que hizo el príncipe fué buscar á su madre, abrazarla con terneza, tranquilizarla y recibir sus besos y sus lágrimas. Una vez que hubo cumplido con este primer deber dió suelta á otros sentimientos no menos tiernos de su corazón y comenzó á reflexionar que ya era tiempo de proponer á Tamarís que participase á su lado de las prerogativas del trono. Una mujer blanda de carácter, buena, modesta, como la vizeconde-

sa, era por cierto una criatura que el cielo deparaba al monarca para hacer su dicha doméstica y su gloria como gefe de la nacion.

Pero por ardiente que sea el amor que nos derrita, no por eso cometemos el desacierto de presentarnos con el vestido polvoroso y desaliñado á podir la mano y el corazon de la mujer que amamos, y Jacinto, apesar de ser rey, pensaba á este respecto como cualquier hijo de vecino. Por consiguiente vistióse su mejor uniforme y se acicaló cual convenia á un jóven ceñido de laureles que aspiraba á cautivar la voluntad de la señora de sus pensamientos.

Consultaba con su espejo cuando llamaron á la puerta y entró un camarero haciendo cortesías tan rendidas, que tocaba el suelo con las narices.

— Qué se ofrece? preguntóle Jacinto.

— Sir, contestó el empleado de palacio, vengo á recibir órdenes de Vuestra Majestad, y á anunciarle que esperan en la sala de recibo ciento y dos diputaciones.

— Ciento y dos diputaciones! . . . y quién las ha llamado?

— Sir, el camarero mayor ha cumplido con los usos de la etiqueta de la corte.

— Ciento y dos diputaciones, ciento y dos diputaciones! — repetia enfadado y entre dientes. Cuándo me veré libre de semejante tirania? Cosa cruel que el rey no pueda ser hombre ni siquiera por un instante! — Vamos, decid que allá voy.

Y siguió al camarero como un reo resignado que camina al patíbulo.

La sala estaba llena de uniformes de todo color,

rojo, anaranjado, azul, blanco, verde etc. En el país de los Tulipanes, hay culto por la igualdad, pero se pone en práctica de una rara manera.

*Nadie mas que yo ; pero yo sobre todos*, es la máxima que una larga educacion monárquica ha grabado en el corazon de todo Papamosca.

Por en medio de aquellos casacones variados de colores como el arco iris, se paseaban gravemente los perros de palacio, y hacian los honores del salon como que eran de la casa. Les llamaban, les hacian fiestas, todos querian acariciarles ; pero llenos los perros del sercimiento de su propia dignidad, se mantenian apartados de la concurrencia y solo cuando entró el amo al salon se le colocaron á los piés, inmóviles y sérios como las esfinges de los desiertos de Egipto.

Los asistentes comenzaron á desfilarse delante del trono de audiencia.

Presidia la primera diputacion el director general de la instruccion pública y cultos, el venerable baron Plañideras, quien dando algunos pasos mesurados al frente, suspiró, se caló sus enormes gafas y comenzó á leer con tono de rezo llano, el discurso siguiente:

“ Sir :

“ El Eterno es el Dios de los ejércitos, y él quien concede la victoria á aquellos príncipes que le honran y cumplen los mandamientos de su ley. Es él quien castiga y humilla á los orgullosos que derraman como agua la sangre humana. El es quien reduce á polvo la carnívora mandíbula de los leones y quebranta á los orgullosos. Devórales interiormente el miedo, y por de fuera la espada. Jóvenes, doncellas, viejos y ancia-

nos, todo lo estermina, porque Dios les ha dejado de su santa mano. Los justos saltan de contento al contemplar la venganza celeste y lavan gozosos sus manos en la sangre del impío.

— Basta, señor baron, dijo el príncipe. Bien sé que el Eterno es el Dios de los ejércitos y el dispensador de la victoria, y dóile humilde gracias por las bondades que derrama sobre mi pueblo. Sé tambien que el Dios de los ejércitos lo es de la venganza y que castiga los pecados de pueblos y de reyes con el azote de la guerra. Pero al Eterno puede invocársele con nombres mas dulces puesto que es el Dios de la paz y de la misericordia que permite al hombre vivir, trabajar, cultivar su alma, amar á sus semejantes y derramar sobre la tierra la abundancia y la verdad. Dirijámosle nuestras preces llamándole no vengador sino misericordioso, y olvidémonos de la guerra y los males que ella aborta, y pluga al Eterno apartar para siempre de nosotros semejante plaga.

Estas palabras, pronunciadas con tono firme y acentuado, y escuchadas con religioso silencio, desconcertaron á la asamblea, porque todos los oradores traian de memoria arengas bélicas, cual convenia, segun ellos, al dia siguiente de una victoria espléndida. No habia un solo empleadillo de poco mas ó menos, ni almacenero por menor, que no hubiera venido preparado á traspasar con frases de cuatro cuartas á todos los Tragagrullas, y héteme aquí que Jacinto, el vencedor, les corta el revesino hablándoles de paz y de trabajo! Qué partido tomar en caso tan apurado? Los mas discretos guardaron sus discursos para mejor

oportunidad y entonaron himnos á la paz, y los que no eran capaces de improvisar leyeron con sonrisa sus ditirambos y bajaron el diapason de sus acentos, de modo que no les oyó una palabra. Uno de los concurrentes sin embargo, ó mas tonto ó mas travieso que los demás, sin hacer caso de lo que pasaba, embocó la trompa guerrera y tocó á la carga con el calor y el desembarazo de un soldado aguerrido. Y este trompetero, quién lo creyera! era el síndico del grémio de los mercaderes de gorros de dormir!

“ Señor, dijo, nosotros somos gente á la buena de Dios, que nada entendemos de quisquillas diplomáticas. Solo poseemos el buen sentido vulgar que tanto desdeñan los sabidos que se pierden de vista. Nosotros no andamos con chicas ni con cavilosasidades y cuando zumba una avispa ó ahulla un lobo, sin mas ni mas les plantamos cuatro balazos. Va para cinco siglos que no peleábamos con los Tragagrullas y es llegado el tiempo de esterminar esa sabandija, y ya estaríamos há mucho al otro lado, si no hubiéramos hecho caso á los periodistas tinterillos y á los abogados. Sir, completad esta obra providencial. Dadnos una paz sólida esterminando hasta el último de nuestros enemigos. Si alguna vez nos han vencido, ha sido porque nos han traicionado, y hoy ya no hay que temer este peligro. Disponemos de tesoros inagotables, de soldados sin número, ¿ á qué esperamos? Esos miserables Tragagrullas se atreven á decir que uno de entre ellos vale por diez Papamoscas; pero ahí está la historia para desmentirles. Es cosa sabida que un Papamosca solo despacha diez Tragagrullas como si fueran me-

rengues. Adelante, Sir! desplegad al viento la bandera de la victoria y veremos si entra el miedo en el alma. . . .”

Un estrepitoso ladrido ahogó la última palabra del orador y un dogo descomedido que hasta aquel momento se habia contentado con gruñir, irritado con las feroces gesticulaciones del honorable síndico de los boneteros, creyendo que le amenazaba le avalanzó al cuello con tal ímpetu que derribó al pobre hombre y le hizo perder el color y el pulso y desmayarse en brazos de las personas que estaban cerca de él: y, como por desgracia, nunca un perro ahulla sin acompañamiento, todos los demás comenzaron á saltar y á dar infernales ahullidos, causando una confusion cual jamás se habia visto dentro de los muros de aquel antiguo palacio. Los diputados y camareros se lanzaron sobre aquellos inesperados aliados de los Tragagruillas y los hartaron de puntapiés, de empujones y de puñetazos, sin que pudiera restablecerse el silencio y el órden hasta mucho despues de un cuarto de hora.

Jacinto que habia estado mordiéndose los lábios y haciendo esfuerzos por contener la risa que le retozaba en sus adentros, logró al fin dominarse bastante para articular algunas palabras disculpando tan ridícula escena; prometió que le haria justicia y le dió un apretón de mano tan afectuoso al orador, que este, sin cuidarse de la etiqueta, echó los brazos al cuello del príncipe y comenzó á llorar como una Magdalena

Esta última escena de la comedia conmovió los corazones de todos, y el rey despidió al auditorio con los siguientes conceptos aplaudidos unánimemente:

“ Señores, me enorgullezco y complazco con la confianza que manifestais en mí. Continuad favoreciéndome con vuestra cooperacion y consejos. Si se desterrase de la tierra la libertad de la palabra, aquí vendria á asilarse, porque la primera necesidad de un príncipe es conocer la verdad y el primer deber de sus súbditos decírsela sin jactancia y sin timidez. Adios!”

En la tarde de aquel mismo dia los periódicos reprodujeron, impresa con letras mayúsculas, esta memorable contestacion, y solo *La Verdad Oficial* no dijo una palabra, como si tal cosa hubiera pasado. La administracion no podia consentir, viéndolo, en que el príncipe se emancipase de su tutela y persistia en sus antiguas y sanas tradiciones. Los periódicos oficiales se parecen á los comentarios que los eruditos injertan en el testo de los autores clásicos, comentarios en que rara vez se encuentra lo que buscamos, pero sí lo que no nos importa saber.

---

## CAPITULO XVIII

DE LA UTILIDAD DE LOS PERROS CON RESPECTO A LA  
LITERATURA.

Descendian con el rumor de un enjambre zumbador las escaleras de palacio las ciento y dos diputaciones y comenzaba Jacinto á respirar, cuando llegó un camarero á anunciarle la próxima llegada de una nueva diputacion á que se le habia pasado la hora. Los directores y catedráticos de la famosa Escuela normal de Miel sobre Buñuelos, solicitaban la honra de rendir sus respetuosos homenajes á las plantas de Su Majestad.

— Cargue el diablo con ellos! dijo el príncipe.

— Voy á trasmitirles las palabras de Su Majestad, contestó con la mayor serenidad el camarero mayor.

— Deteneos, dijo Cojuelo. Su Majestad no recuerda, probablemente, que cuando tenia dos años de edad, ofreció espontánea y generosamente su régia proteccion á esta Escuela que el mundo entero nos envidia; y por otra parte, despues de haber recibido ciento y dos diputaciones, seria duro y anti-político dar con las puertas en las narices á la centésima tercera.

— Recíbidla vos mismo, caballero, dijo Jacinto, y quitadle la gana de incomodar otra vez — os doy ámplios poderes al efecto.

Y huyó gozoso como un escolar y ágil como un enamorado.

Al fin entraron los miembros de la diputacion presididos por el amable y agudo Faceto, director de la Escuela, epicúrico pulcro que todo lo ponía en duda, que á nadie admiraba y estaba persuadido de que solo él tenía talento. Era escritor de estilo limado, maestro consumado en la elegancia de la forma y de la expresión, *arbiter elegantiarum*, y que sabía producir fácilmente obras literarias difíciles. En una de sus obras había llamado libertino á Tácito y demostrado en volúmenes abultados que Augusto fundando el imperio salvó la República, que Calígula fué un economista sagaz, Claudio un arqueólogo erudito y Nerón tiernísimo hijo y artista consumado. No era menos esmerado en el cuidado de su persona que en sus escritos, y tan perfumado andaba siempre que parecía un Romano de la decadencia, un patricio joven, con gafas de oro, frac negro y zapatillas de charol.

Tenia un rollo de papeles en la mano, y buscaba ansioso con la vista al príncipe, cuando Cojuelo le dijo con toda la gravedad de un majistrado:

— Dignaos leer vuestra arenga, Señor. Se han pronunciado hoy en este lugar tantas palabras sin sentido, que ha parecido acertado establecer una censura previa para no ofrecer al rey sino discursos dignos de Su Majestad.

— Por ventura, pone en duda Su Majestad la sin-

ceridad de nuestro afecto ? dijo Faceto en tono alto y con estrañeza.

— No lo permita Dios ! respondióle el abogado ; bien le consta á Su Majestad que su fiel Escuela normal no ha variado nunca ; que los profesores son devotos á la autoridad, y los discípulos pertenecen á la oposicion, porque los unos aspiran á las condecoraciones y los otros á la libertad, como es natural. Así pues, teneis la palabra.

Dudó Faceto si se burlaba de él ó no el caballero Cojuelo ; pero, como es forzoso obedecer á un ministro, desarrolló su manuscrito y comenzó á leerle con voz entera :

“ Sir,

Para celebrar cual corresponde esta espléndida victoria, seria necesario que resonára una voz mas autorizada que la nuestra. . . .

— ¿ Y quién os ha negado la autorizacion ? preguntó Cojuelo.

— Nadie, Exmo. Señor, respondió Faceto admirado de la ignorancia del ministro. *Una voz mas autorizada, quiere decir una voz que tiene mayor autoridad.*

— Y entonces, por qué no decir sencillamente : *seria necesaria una voz que, tuviera mayor autoridad que la mia ?*

— Señor Excelentísimo, Señor, todas esas cosas las hemos vuelto nosotros lo de abajo arriba y lo de arriba abajo. Para rejuvenecer una lengua decrepita, hemos inventado modismos flamantès y formas inusitadas. Hacemos de los sustantivos verbos, adjetivamos los verbos y sustantivamos los adjetivos, y por medio

de estas audacias ingeniosas transformamos la bajeza del lenguaje vulgar en una charla culta y misteriosa que deslumbra al oído, si Vuexelencia me permite usar de esta atrevida metáfora. Basta echar una mirada distraida sobre una página de nuestros escritos, para que cualquiera conozca que pertenece al estilo de la Escuela Normal, porque solo en ella se aprende á escribir segun las reglas que acabo de esponer.

Y, volviendo á abrir su cartapacio continuó la lectura en los siguientes términos :

“ A falta del talento de que conocidamente carecemos, séanos permitido tributar aquí el homenaje de nuestra discreta admiracion y de nuestro entusiasmo hasta cierto punto reprimido... .

— Hola, hola! dijo Cojuelo, con que. . . *el entusiasmo reprimido!* esto me huele á oposicion. En tiempo del exelente Neron esas palabras habrian dado motivo para entablar un proceso de lesa-magestad, porque no les agrada á los príncipes que se asusten sus súbditos de los excesos al demostrarles todo el amor que les profesan. Y qué es eso de *admiracion discreta*? No lo entiendo y la frase me parece sospechosa.

— Excelentísimo Señor, exclamó Faceto, esa espression es inocente como una doncella, y su sentido no puede ofrecer duda : *discreto* es un adjetivo á la moda y todo es discreto. Tenemos ciencia *discreta*, severidad *discreta*, vida *discreta*; en una palabra, el añejo vocablo *modesto* le hemos reemplazado con el de *discreto* por ser nuevo, agudo y deslumbrador para el auditorio

— Ya estoy; os era necesaria una paladra que nadie entendiese — pues alabo vuestro talento.

“ Cuando las cosas hablan por sí mismas, continuó Faceto, lo mas conveniente es callarse. . . .

— Con qué motivo decis eso? preguntó el ministro.

— Señor Excelentísimo, es la última pincelada. Tenemos costumbre de comenzar con una frase rotunda, cadenciosa, que se balancee con gracia, cargada de imágenes corpulentas y de voces sonoras que guarden equilibrio, y en seguida, á usanza de los guerreros Phartos, despedimos la flecha que penetra en las carnes y hace estremecer.

— Ya comprendo: muchas palabras y pocas ideas. Continuada.

Faceto alzó el brazo girándole con un movimiento airoso y curvilíneo, y continuó:

“ Quién es ese éphobo que blande una espada? Estamos en Skyros? es acaso el hijo de la blonda Thetis, el ardoroso Akilefo, seducido segunda vez por el protegido de Atheneo, el astuto Odysefo?

— Misericordia de Dios! qué gerigonza es esa?

— Excelentísimo Señor, es el genuino helenismo, exhumado de su tumba y purgado en la pronunciacion y pureza ortológica de las torpes adulteraciones con que le han afeado los Bárbaros.

— Sí, dijo Cojuelo, nuestros padres escribian y vosotros hablais. Ellos convertian la lengua en música y vosotros la transformais en geroglíficos. Seguid, adelante!

“ No, continuó Faceto, es el ahijado de las hadas, el hermoso Hyakinthos dotado en herencia con todos los méritos y virtudes: adórnanle la fuerza, la gloria y el fuego.

*La illah, Mahomed resud Alá*, dijo el caballero. Poco antes hablábais griego y ahora en árabe. *El fuego!* fuego de quién? fuego para qué? Qué significa eso?

— Excelentísimo Señor, es un modo nuevo de decir que un hombre tiene ingenio. Voy á entrar al período capital de mi discurso y me tomo la libertad de suplicar á su Excelencia que no me corte la palabra, porque todo el encanto de este trozo depende del movimiento armonioso de las voces y de la gracia atornasolada é indecisa de los matices.

“ Salir de una rama régia, ilustre y como ninguna lozana, ser la flor que la engalana y el fruto que la dá precio, crecer al amparo de una madre que abunda en ternezas y en generosidad como Cornelia, desdeñar desde la cuna la muelle molicie de la ociosidad cortesana, aspira á todo linaje de gloria y á todas las iniciativas audaces. . . .

— Por el amor de Dios! dijo el abogado acompañando su interjeccion con un suspiro ¿cuántos verbos al infinitivo faltan todavía?

— Veintidos, señor ministro, sin contar con los del rasgo final.

— Sea en buen hora; pero no os parece que podríamos llegar ya al susodicho rasgo final?

— Excelentísimo Señor, es ese el modo de fomentar las bellas letras?

— Señor Faceto, replicóle el ministro con aire sério, ahora mismo vamos á daros una prueba del aprecio que hacemos de la sana literatura. Traigan acá á uno de los perros de Su Majestad.

Dicho y hecho. Un magnífico perro lanudo entró á

la sala y recorrió con su inteligente vista, de derecha á izquierda, á toda la concurrencia.

— Señor Faceto, dijo Cojuelo, tened la bondad de hacer cariños á ese noble animal. Observad cómo os mira y manifiesta su gratitud y su contento á su manera. Pues bien, ahora, tomadle por la lana del lomo, levantadle en alto; aunque gruña no importa; ponedle de nuevo en el suelo y tiradle de la cola. ¿Qué, teneis miedo de que os muerda?

— Creo, Señor, que ya es tiempo de que nos retiremos, contestóle Faceto poniéndose colorado hasta los ojos.

— No señor, antes es preciso sacar la moral de esta corta escena. No habeis oído el lenguaje de este animal, *huá, huá, huag?* Una misma voz acentuada de tres maneras diversas le sirve para espresar cuanto siente: Diversificando un sonido, dá á entender su dolor, su alegría, su gratitud, su rabia, y vosotros que teneis á mano las cuarenta mil palabras de la lengua, os mostrais pobres nadando en la opulencia. Para decir la cosa mas sencilla necesitais torturar el verbo, dislocar el adjetivo, atar dos epítetos á la cola de un sustantivo. Hablad, señor, como hablamos todos, y dejad por ahí esas *voces autorizadas*, esas *admiraciones discretas*, esos *entusiasmos reprimidos*, y no os tengais por hombre célebre porque usais en plural la palabra que por su índole está destinada á representar un solo objeto. Todo ese ruido solo conduce á hacer que resalte mas de bulto la indijencia de vuestro ó de vuestros discursos. Lo que importa es concebir ideas, que las palabras saldrán de suyo á servir las de intérprete y cuanto mas sencillas serán mas fieles y eficaces. La

verdad puede compararse con una estatua, que es tanto mas bella cuanto se muestra mas desnuda: cubrirla de adornos es convertirla en cortesana, envilecerla

— Aristóteles, replicó Faceto con tono un tanto provocador y presumido, á quien Vuexelencia como todos los Papamos cas llaman Aristote, ha ya largo tiempo que dijo eso mismo, y no es culpa nuestra que haya envejecido el idioma. Las palabras caídas en desuso por accion del tiempo, son como moneda gastada. . . .

— Pero esa no es razon para reemplazarla con moneda falsa.

— Es necesario complacer á las personas de buen gusto, replicó Faceto alzando la voz, y el público ilustrado hastiado con las formas vulgares, no se contenta sino con las alambicadas, galanas y recientes.

— Ocupaos menos de la gente letrada, señor Faceto, que aquí no estamos en la China y ya pasó el tiempo de los consonantes forzosos. El mundo camina; cada dia amanece con nuevas verdades y con mayor número de investigadores de la verdad y la luz. Y delante de auditorio tan inmenso, á qué conduce las delicadezas y gracias artificiales de la espresion? Mostraos sencillos como os lo aconsejan vuestros modelos clásicos, porque el arte no varía y porque siempre anduvieron de la mano la verdad, la belleza, la sencillez, que no son mas que las tres gracias bajo distintos nombres.

“ Adios, señor Faceto, dono este hermoso lanudo á la Escuela de que sois director, para que sirva allí de pasante en literatura y lengua patria, seguro que sacarán no poco provecho los discípulos con escuchar sus lecciones.

El dómine Faceto salió furioso, y con razon, porque se habian reído y burlado de él y malogrado su arenga. Para colmo de desgracia, en esa misma noche quedó instalado el perro lanudo en su nuevo oficio y se paseaba magestuosamente en el recinto de la Escuela. Segun cuentan las historias universitarias papamosquinas, desde entonces se conocen en aquel reino los *perros de patio*.

---

## CAPITULO XIX.

DAS EWIG - WEIBLICHE (1)

Como el edificio ocupado por el ministerio de Me-tomentodo, cuadraba el patio principal de palacio, y se comunicaba con este por medio de la galería de los saraos que estaba ya dispuesta para el de esa noche, entróse Jacinto por ella con el objeto de llegar sin ser visto hasta los piés de Tamarís, y rendírsele, no como soberano, sino como enamorado pretendiente.

Así que hubo entrado á la sala de recibo, sintió la voz y los pasos de Tamarís que se acercaba.

Vosotros los que habeis amado, vosotros que todavia amais, esposos jóvenes ó viejos, debeis sin duda acordaros de aquel instante en que saltándoos el corazón, os disponíais á revelar á vuestra escojida el secreto que ella sabia perfectamente desde mucho tiempo atrás. Os acordais del frio interno y de las llamas que os abrasaban la frente á un mismo tiempo? Sí, por

(1) *El femenino eternal* — Palabras finales del FAUST de Goethe, con las que este escritor aleman resume la idea filosófica de la mejora y salvacion del hombre por la intervencion de la mujer.

cierto. Semejantes momentos jamás se borran de la memoria, porque no hay placer en la vida que pueda compararse al que proporcionan las inquietudes é incertidumbres de la pasión primera.

Pues el jóven monarca se hallaba en igual caso; y tendia el oído, pálido, conmovido, pareciéndole escuchar el crujir de la seda del vestido de Tamarís, el ruido del picaporte bajo la presión de su preciosa mano, cuando, repentinamente, oh pícara fortuna! Jacinto se echó involuntariamente sobre el alfombrado, porque habia vuelto á ser lo que otras veces — un perro de aguas.

Fuera de sí, huye y va á esconder su vergüenza entre las sillas de una habitación inmediata; pero también allí le persigue la adversidad, porque no se habia aun recobrado de sus aficciones, cuando vió entrar á Tamarís acompañada de Azucena llevando en brazos á su galga favorita.

Entonces comprendió el desventurado Jacinto, que se habia refugiado nada menos que en el retrete de su amada.

Azucena acostó sobre los cojines de un canapé á su querida Mirza y se puso de rodillas para acariciarla mejor y aquietarla porque gruñia.

— Qué majadera eres con ese animal! la dijo Tamarís. Deja esa perra y ven á peinarme.

— Ah, señorita contestó Azucena con espresion apasionada, si supiérais lo que es amar!

— No, no amo á los animales.

— Pues quien no quiere á los animales, no puede querer tampoco á los hombres.

Y despues de pronunciar esta sesuda sentencia, comenzó á arreglar el cabello á su señora.

— Pórtate esta vez Azucena mejor que nunca, dijo la vizcondesa, porque deseo que mi tocado haga morderse de envidia á todas las mujeres que asistan esta noche al baile.

— No necesitais de eso para que revienten todas de envidia al veros.

— Estás lisonjera!

— No señorita; ya para nadie es un secreto de que dentro de poco seréis nuestra soberana.

— Quién dice tal? preguntó Tamarís con aire desdenoso.

— Todos, señorita. El príncipe no puede disimular su amor, se le pinta en los ojos. Pobre jóven! Cuentan sus ayudantes que para hacer de él cera y pábilo, bastaba hablarle de vos, y estoy admirada de no verle ya aquí.

— Atiende á mis trenzas, dijo la vizcondesa mirando al espejo de su tocador; me parece que esta flor de la izquierda quedaria mejor mas caída atrás.

— A mi parecer, señorita, replicóle la camarera, es mucho el orgullo que debe experimentar una mujer que sabe inspirar un amor tan ardiente.

— No digo que no, respondió con indiferencia Tamarís.

— Vaya, señorita, dijo la sensible Azucena, la sangre me bulle en las venas cuando os oigo hablar así! Hay alguien mas buen mozo que el príncipe?

— Qué es la belleza en el hombre? dijo Tamarís. Solo les vale para que sean mas fátuos.

— Tiene gracia y talento, según dicen, como un ángel.

— Mejor dirías como un demonio, replicóle Tamarís. Bastante ha dado ya que hacer á mi padre y á nuestros amigos. El talento en demasía es peligroso en los maridos y en los reyes.

— No olvideis que apenas cuenta dieziseis años y es un general victorioso.

— Sí, se imagina que ha nacido para dominar, y que habiéndole concedido las hadas el don de la fuerza, no debe hallar resistencia en este mundo de ninguna especie.

— Entonces no lo amais, señorita?

— Pobrecilla Azucena, dijo Tamarís riendo, no eres de este siglo. El amor es bueno para la gente de poco mas ó menos; pero no para una mujer de mi clase que sabe sobreponerse á semejante delirio. . . . Qué mal me pones el soliman! Ahí, bajo los ojos carga un poco la mano al carmin. . . . mas albayalde en la garganta; . . . y aquí, sobre esta vena que está un tanto descolorida, pasa el pincel con azul de Prusia. — Qué tal ahora?

— Encantadora! señorita. Pero no puedo comprender cómo siendo tan hermosa podeis renunciar á una corona.

— Quién te ha dicho que la desecho?

— Cómo? yo creía que para casarse era indispensable sentir amor.

— De dónde sacas semejantes tonteras? Si hubieran de casarse todas las mujeres enamoradas de sus novios, estaria lleno el mundo de solteronas viejas. Lo forzoso para el matrimonio es justamente no amar á nadie. Ninguna inclinacion siento por mi parte hácia

ese niño vanidoso y cualquier otro seria lo mismo para mí, porque lo que buscamos en el matrimonio no es un marido sino una posicion social. A decir la verdad, no me disgustaria ser reina y creo que me desempeñaria en ese puesto como la mejor. Convertiria la corte en teatro de saraos y de delicias, y como soy amiga del lujo le protejeria con el fin de acrecentar el comercio y estimular las artes. Llevaria el tono, y las decisiones de mi buen gusto serian leyes. Si el príncipe me ama de veras, me resignaré á gobernar; qué remedio?

— Vuestro padre qué dirá?

— Mi padre hará lo que yo quiera porque está acostumbrado á obedecerme, y buen cuidado tendré de que no pierda esta costumbre; desgraciado de quien me desobedezca! Pon una lámpara tras de mí para poder verme bien al espejo. Si el príncipe persiste, esta noche, mi querida Azucena, tendrás el honor de saludarme reina de los Tulipanes. Está listo mi vestido?

— Falta pegar un encaje en el descote de la bata y ese es negocio de un minuto.

Mientras mantenian esta conversacion la señorita y la camarera, otra de género diferente tenia lugar en la misma habitacion. Cansada Mirza de la blanda prision del canapé, se bajó y se echó á recorrer los rincones en uno de los cuales dió con el cuitado perro-de-aguas, y como era la galga demasiado aristocrática para familiarizarse con animal de raza inferior á la suya, se puso á gruñir al ver al lanudo.

Jacinto no dió lugar á que el desagrado de la perra se manifestára con ladridos ruidosos, y se lanzó á su

cuello para hacerla callar á toda costa; pero como no es fácil ahorcar al prójimo cuando no se tiene costumbre de cometer accion tan pecaminosa, escapóse la galga de entre las uñas del enemigo y corrió á guarecerse ahullando á los piés de Azucena, la cual dejó todo de mano por atender á su mimada galga.

— Mirza está herida, señorita, y echa sangre! Auxilio, por el amor de Dios! exclamó Azucena.

— Mi vestido! por Dios, mi vestido! fué la contestacion de Tamarís á los gritos desesperados de su camarera.

— Ahí teneis vuestro vestido, que lo arregle otra, dijo Azucena. No teneis lástima de los pobres.

Y arrojando lejos de sí raso y encages y cintas, se echó á llorar y á besar tiernamente á la galga.

A la sazón entró el conde buscando á su hija. Venia vestido con su uniforme bordado de oro, con espada al cinto, el sombrero elástico bajo el brazo, y el pecho colgado de cruces y veneras como retablo de santo milagroso. La apostura de toda su persona, y su andar mismo, eran afectadamente magestuosos, manifestándose pensativo y desazonado hasta que la presencia de Tamarís le restituyó la perdida tranquilidad del ánimo.

— Qué hermosa estás hija mia, dijo á Tamarís besándola en la frente. Por qué no estás aun vestida á estas horas? Apresúrate — Tengo malas noticias. Nuestros enemigos rodean al príncipe, tratan de seducirlo con palabras huecas y si no se declara esta noche estamos perdidos. No tengo esperanza sino en tí.

— Pobre de mí! le contestó Tamarís, no puedo asis-

tir al baile: — Mirad lo que Azucena ha hecho de mi vestido.

— Qué locura es esta? Azucena, has perdido el juicio? la preguntó el conde.

— No señor, no he perdido el juicio, contestó la camarera llorando; pero no quiero continuar sirviendo en una casa en donde no está una segura. Ved, señor, en qué estado han puesto á Mirza!

— La han mordido! contestó el conde.

— Sí, mordida, y tal vez por un perro rabioso! exclamó Azucena desesperada. Pobre mi Mirza, estamos perdidos!

— Veis padre mio; esto no habria sucedido si el príncipe hubiera firmado el decreto que mandaba matar los perros sueltos, y que no tuvisteis fortaleza bastante para ponerle en vigencia, mal que pesára al rey. Vuestra debilidad.....

— Cásate con el príncipe y todo se remediará, hija mia. Yo solo hícele declarar la guerra contra su voluntad, y con tu ayuda iremos lejos. Vamos, Azucena, tranquilízate y ocúpate de vestir á mi hija porque no hay tiempo que perder.

Pero Azucena seguia lagrimeando y su señora que estaba en vísperas de gobernar un imperio, no tuvo á menos el ponerse en cuclillas para acariciar á Mirza á fin de contentar á su camarera.

— No la toqueis, señorita, dijo Azucena, que bien pudiera estar rabiosa. . . .

— Pero en resumidas cuentas, dijo Metomentodo, quereis decirme cuándo y en dónde han maltratado á este animalito?

— Aquí mismo, señor conde, contestóle Azucena; aquí mismo, bajo ese canapé. Dios mio! socorro! siento algo que se mueve, socorro!

— Silencio, dijo el conde, no hay que dar voces: si se supiera esta escena ridícula, seríamos á la noche el hazme reír de la corte.

Sacó la espada y comenzó á rastrear con la punta de aquella arma inmaculada, por entre los rincones y los muebles de la habitacion. Jacinto, perseguido encarnizadamente, huía de los piés de un sillón á los de un taburete, hasta que reducido á agazaparse entre una mesa de arrimo y un espejo de cuerpo entero, conoció que estaba perdido y espuesto á una estocada del espadín ministerial. En semejante apuro tomó la resolucion de salir corriendo y echarse á los piés de Tamarís, como diciéndole con su sumision y los blandos movimientos de la cola, que solo ella podia perdonarle y salvarle.

— Horrible animal! exclamó la vizcondesa, matadle padre mio.

— Hola! uno de los amigos del príncipe? dijo Mé-tomentodo. Ojalá pudiera herir de una misma estocada al protector y al protegido. Muere infame!

Jacinto sintió el frío del acero que le penetraba la carne, saltó sobre un mueble llenándole de sangre, y viendo una ventana se abalanzó á ella, rompió los vidrios en mil pedazos y cayó de cabeza en el empedrado donde quedó como muerto.

El conde volvió su espada á la vaina, se acercó á Azucena, tomó á Mirza por el cogote, abrió la ventana y arrojó á la galga con violencia para que fuera á juntarse con el perro-de-aguas.

— Y ahora, dijo á la camarera que temblaba como azogada, toma este bolsillo con dinero y viste á la señora. Dejas de llorar ó te echo tambien á la calle.

— Sois, señor conde, el hombre mas bondadoso de este mundo, dijo Azucena tomándole el peso al taleguillo y haciendo fuerza para finjir una sonrisa.

Hagámosla justicia: ella no lloró mas y vistió primorosamente á su ama; pero mas de una vez ahogó sus sollozos la pobre muchacha recordando á su Mirza, y casi cayó desmayada. La criada no poseía un corazon tan estóico como el de su patroncita, no por culpa suya, sino porque no habia recibido una educacion tan completa como la que adornaba á aquella.

•

---

## CAPITULO XX.

EN EL CUAL EL LECTOR TENDRA EL GUSTO DE ENCONTRARSE  
OTRA VEZ CON ARLEQUIN Y CLAVELINA.

Cuando volvió en sí el príncipe perro-de-aguas, hallóse en las faldas de una jóven que le lavaba la sangre de las heridas y á su lado un perro que le lamia amistoso y le calentaba caritativo con su aliento.

— Eres tú, querido Arlequin antiguo amigo mio? preguntó Jacinto con tono desmayado.

— El mismo en persona, contestóle el bulldogo. Esta noche andando al rededor del palacio, te hallé tendido en el suelo al lado de una galga hecha pedazos. Llegaba la patrulla á la sazón y te hubieran echado al muladar vivo ó muerto, sino te hubiera sacado de allí entre los dientes á riesgo de ultimarte. Clavelina te ha reconocido y ahí la tienes dándote pruebas de lo mucho que te quiere esta buena muchacha.

— Ah! mis queridos y únicos amigos! exclamó Jacinto. De qué me han valido el poder, el ingenio, la belleza? Me aborrecen, me temen y solo encuentro ingratos y traidores. Dádiva fatal de las hadas, maldita seas, huye de mí! porque solo la bondad es hermosa!

Y echóse á llorar.

Clavelina dió repentinamente un grito, y á fé que no lo daba sin motivo, puesto que el perro que tenia en las faldas, no era tal perro sino un jóven vestido como un príncipe y bello como un cielo, á pesar de la sangre que le desfiguraba. Una gazmoña se habria puesto en pié y echado al suelo al herido haciendo mil aspavientos; pero Clavelina no era capaz de dejarse arrastrar por la puerilidad de esta clase de sustos, aunque el caso era como para sorprender á la mas pintada.

— Dios mio! qué haceis aquí? le preguntó á Jacinto.

— Y qué, mi buena Clavelina, ya no me conoces? Soy Constante, el confidente de tus secretos íntimos.

— Quereis callaros y poneros en pié! exclamó la muchacha poniéndose colorada como una granada. Qué dirian de mí si nos viesen?

— Dirian que sois una mujer caritativa. Esta contestacion se oyó sonora é inesperada á espaldas de los circunstantes, y volviendo Clavelina la cabeza hácia el lado de donde venia la voz, vió á una matrona con una varilla en la mano. Era á no dudarlo la hada del dia, en cuyas miradas se traslucia la satisfaccion del triunfo.

Tomó agua en el hueco de la mano, sopló por tres veces sobre ella de modo que bañase el rostro del príncipe, y éste en un abrir y cerrar de ojos se puso en pié sano y salvo sin un araño ni una pizca de sangre en todo su cuerpo.

— Jacinto, díjole la hada, has pasado ya por todas las

pruebas y no tendreis en adelante motivo para quejarnos de la severidad de mi afecto. La esperiencia te ha enseñado cuán pérfidos son los dones con que te benefició mi hermana y ahora debes conocer el precio de la bondad. Reina en adelante para bien y felicidad de tus pueblos y no olvides que en el idioma de los reyes, bondad es sinónimo de justicia.

— Madre mia, no me abandoneis.

— Hijo mio, me tendrás á tu lado siempre que pueda serte útil. Cada vez que me llames, aunque esté en el extremo opuesto de la tierra, vendré en tu auxilio; pero por ahora pensemos en lo que mas urje y vuélvete á palacio.

— Y tambien mis amigos, dijo Jacinto mirando á Arlequin y á Clavelina.

— En cuanto á Clavelina, dijo la bondosa madrina, nada tengo que ver con ella, pues está enamorada y por consiguiente no necesita de las hadas para ser feliz: á tí es á quien corresponde labrarla su fortuna. En cuanto á tí, Arlequin, te concedo desde este instante el don de hablar como hombre, y ya puedes pedirme lo que mas te convenga.

— Mi buen Arlequin, dijo el príncipe, vente conmigo y serás mi secretario, mi compañero, mi amigo. Prefieres un empleo lucido, honores, riqueza? habla, que cuanto tengo está á tu disposicion.

— Mil gracias, buen mozo, contestóle Arlequin, veo con gusto que tienes buen corazon; mil gracias, señora hada, os compadeceis de un viejo vagabundo y en ello dais prueba de que no sois una mujer comun; pero de nada necesito, nada quiero. Perro nació y perro he de

morir. Yo volverme hombre? convertirme en un per-  
verso, falso, pérfido, egoista como lo son todos los de  
semejante ralea? No, nunca.

— Luego no me estimas? díjole Jacinto con aire y  
tono apesadumbrado.

— Chico, le replicó el bulldogo, eres aun demasiado  
jóven para que puedas comprenderme. Cuando se llega  
á viejo como yo, cuando hemos sido engañados tantas  
veces como yo lo he sido, entonces, aun cuando séa-  
mos capaces de amar no creemos en el amor ajeno.  
Tú cuentas dieziseis años, eres bello, el mundo es tu-  
yo; anda pues, allí donde te llama la fortuna; que en  
cuanto á mí ya nada me queda que desear: ni que tem-  
er; ya he llegado al término de la vida y solo me  
resta morir. Si estoy cansado de ladrar en vano á los  
perros, qué seria si me pusieran á ladrar á los hom-  
bres? Déjame mis únicos tesoros, que son el descanso  
y la libertad.

El príncipe insistió; pero en vano: lo único que  
pudo conseguir de la hada, fué que continuaria enten-  
diendo como hasta allí, el idioma de los perros, para  
conversar con Arlequin cuando le pareciera oportuno.

— Adios mi buena Clavelina, dijo Jacinto; al menos  
tú no me abandonarás y vendrás conmigo á palacio.  
Antes de una hora te habré dado pruebas de que quie-  
ro servirte. ¿Sabe escribir Narciso?

— Y tan corrientemente, contestóle Clavelina, que  
ahora diez dias he recibido una larga carta de su puño  
y letra, avisándome lo que Vuestra Majestad le habia  
prometido.

— Clavelina! Clavelina! y van dos con esta, díjola

Jacintó amenázándola con el dedo. Si estás en mi secreto, yo conozco lós tuyos, y así confía en mí que yo cuentó contigo.

Y se fué con la hada.

Así que Clavelina subió la escalera de su taller y se halló en él sola, comenzó á pasearse á pasos largos yendo y viniendo sin poder contenerse ni sentarse.

— Es un sueño lo que han visto mis ojos? — se preguntaba á sí misma. He tenido realmente sobre mis rodillas al hermoso príncipe, al gran rey, porque de cierto, lo es? Es á él á quien he dicho yo: “Constante, dáme la pata?” Y á quien he puesto una cinta por collar y héchole caricias y... Vaya! si semejantes cosas leyéramos en un libro, no las creeríamos.

— Hija mia, dime, está ya la cena? preguntó una voz llena y ronca.

— Qué cena? preguntó Clavelina sobresaltada como persona que se despierta de pronto.

— Cómo qué cena! dijo Agudo. Has perdido la chaveta? no sabes que espero esta noche al amigo Lobo? Ya se vé! por trabajar se te pasa la hora de alimentarte.

— Sí, de cena y de trabajo se trata, dijo Clavelina, pues que me caso con Narciso y nuestra fortuna queda asegurada.

— Cállate infeliz! Estás loca? Señor Lobo, pasad adelante, entrad.

— Entrad, señor Lobo, dijo á su vez Clavelina gozosa y haciéndole un gracioso saludo al guarda que no sabia lo que le pasaba. Señor Lobo, soy vuestra humilde servidora; pero jamás seré vuestra esposa.

He de llamarme la señora Narciso porque á mi marido y á mí nos acomodan en palacio.

— Segun eso el señor Narciso tiene poderosos protectores en la corte? dijo el guarda con cierto aire burlon.

— Sí, un protector tan bueno como el mejor, y vos le conoceis, señor Lobo; Constante, os acordáis, Constante, aquel perro-de-aguas que se guareció bajo la garita de Narciso.

— Válgame el cielo! seria acaso uno de los perros de la reina, dijo Lobo, dándose una palmada en la frente.

— Lo adivináis, contestóle Clavelina, riendo á carcajadas, es el favorito de Su Majestad.

— No hagais caso de esas locuras, mi buen amigo Lobo, dijo Agudo, esta muchacha quiere divertirse á nuestra costa: que se vayan á pasear la reina y su perro. Buenas vueltas le he hecho dar al tal perro-de-aguas en esta rueda. Sentaos aquí, señor compadre; vengan esos cinco, os aseguro que mi hija será vuestra. Mientras tanto, he tenido la ocurrencia de traer este pastel y un par de botellas de vino, con lo cual sacaremos añ vientre de mal año.

— Cenañ en buen hora, y llamadme loca, pero por eso no se librará el señor Lobo de sacarse pronto el sombrero hasta el suelo, diciéndome: “Señorita Clavelina, me pongo bajo vuestra proteccion.”

Los dos amigos se encojieron de hombros y se sentaron á la mesa, pero Clavelina no quiso acompañarlos y mantuvo fija la vista ansiosa en la aguja del reloj de madera.

— Mi padre, no ois ruido en la calle?

— No, á esta hora nadie pasa.

— Parece que un caballo se pára á la puerta!

— Callaos la boca, déjame en paz.

Y como fuera ya tarde de la noche, abrió Clavelina la ventana y dijo á su padre:

— Me parece que está ladrando Arlequin.

— Hasta cuándo! dijo Agudo á su hija, ya me falta la paciencia para escuchar tus necedades.

— Pues no hay mas sino que es el perro el que ahulla, no le ois? Alguien llega, — señor militar, esperad que yo bajo á abriros la puerta.

Lobo llegó al umbral antes que la muchacha, y en efecto, un soldado de dragones preguntaba por el señor Agudo y la señorita Clavelina y traia un pliego para el uno y un paquete para la otra. Clavelina llegó con un vaso de vino en la mano.

— Señor militar, nadie dice que no á un vaso de buen vino.

— Por cierto, y mucho mas cuando lo ofrecé la mano de una buena moza.

Bebióselo de un trago, se limpió el bigote y mirando á Clavelina fijamente el soldado, dijo:

— Estaban apurados en palacio porque me han mandado que anduviera á toda rienda; podeis estar engreida, señorita, con los amigos que teneis. Hacedme el favor de firmarme un recibo.

El dragon regresó y Clavelina subió la escalera llevándose por delante los escalones con su precioso envoltorio en la mano, mientras Agudo daba vuelta de arriba á bajo al pliego y Lobo abria tamaños ojos lleno de sorpresa.

— La cosa no tiene vuelta, señor Agudo, esto viene de la cámara del rey y el sello está en lacre oficial y yo he llevado despachos iguales á muchos magnates y señorones.

— Estoy en espinas, decia Agudo; el tal papelote me quema los dedos. Azucena, tú que tienes buena mano, ábrelo y lee, veamos de que trata.

Azucena besó respetuosamente el sello y para no romperle rasgó el sobre en rededor y sacó un pliego doblado en cuatro que decia lo siguiente:

*Al Señor Agudo, Conserje de nuestro real palacio.*

— Conserje! de veras dice conserje? exclamó el bueno del forja clavos, que viva el rey! Cuanto poseo será suyo, mi hija, mi sangre, mi vida. Amigo Lobo, ya veis, en mi nueva posicion no puedo menos que echarme atrás en mis promesas; mi deber es obedecer á mi amo y pues que el rey lo quiere, que se haga su voluntad y viva el rey!

— Pero esperad, antes de portaros con la ingratitude de un gran señor, informaos de lo que el rey os exige.

Y Azucena continuó:

“ Amado y fiel vasallo: habiendo sido informados de que poseis una hija tan recomendable por su bondad como por su talento, y deseando darla por esposa al señor Narciso, á quien hemos nombrado secretario de súplicas en recompensa de su consagracion á nuestra persona, cierta vez que estuvimos en gravísimo peligro, contamos con que os prestareis gustoso á nuestra voluntad, asegurándoos anticipadamente que podeis contar en tal caso con nuestra real benevolencia.

“ YO EL REY.”

— Hija, ven, abrázame, dijo Agudo fuera de sí y á gritos. No te envanece el ver que tienes un padre como yo á quien el rey escribe de su puño y letra? Te casarás con Narciso ¿oyes bien? con Narciso, porque así lo quiero y lo mando. Dáme otro abrazo y déjame que llore como una bestia. Ah amigo Lobo, qué feliz es el padre que tiene una hija tan dócil como la mia!

— Y el paquete no se abre? preguntó Lobo que se mordía los lábios y fruncía las cejas de despecho.

Envuelta en cuatro pliegos de papel de seda encontró Azucena una cajita de ébano con llave de plata y dentro una buena suma de dinero en monedas flamantes de oro y á mas el retrato de la reina con la siguiente carta:

“ Hija mia: estoy al cabo de tu modo de proceder con nuestro Constante y ansío por darte un abrazo cuanto antes. Constante te remite esa friolera y tu dote queda á mi cuidado.

“ Tu amiga,

“ YO LA REINA.”

— Era el perro de la reina! dijo Lobo arrancándose un mechón de pelo, qué tonto fuí en no advertirlo.

— Narciso ha andado mas avisado, dijo Agudo; no en vano me agradó siempre ese muchacho, que es idéntico á mí.

— Sí, alabaos por lo bien que tratásteis al pobre perro-de-aguas, dijo Lobo.

— Callaos hombre de Dios! le replicó el fabricante de clavos, tened presente que estais hablando con un empleado público, con el conserje de palacio.

— Tuvísteis razon señorita Azucena, me doy por vencido y me pongo bajo vuestra proteccion, dijo afijido el guarda.

— Y os la prometo con toda mi alma, díjole Azucena que no podia apartar los ojos del retrato de la reina: estoy tan contenta que desearia hacer feliz á todo el mundo y dar abrazos y besos hasta á las piedras.

— Yo no soy de piedra, señorita, pero si me lo permitiérais. . . .

— Insolente! dijo Agudo.

— Mi padre, ño digais eso. Señor Lobo, venga un abrazo, que Narciso no es celoso.

Lobo dió dos besos, uno en cada mejilla á Azucena y salió puertas afuera de mal humor, refunfuñando y diciendo entre dientes:

— Tonto! desgraciado! no haber conocido que era el perro de la reina!

---

## CAPITULO XXI.

### PÍLADES Y ORESTES.

Descaba Jaeinto de todas veras retirarse á sus habitaciones, descansar y entregarse á sí mismo despues de haber pasado un dia tan agitado; pero no es dado á los reyes descansar cuando quieren sino cuando pueden hacerlo, especialmente si son reyes de la nacion Papamòscas, porque en este pueblo tan aficionado á la comedia, nunca se corre el telon y los entreactos fastidian. Un príncipe no puede disponer de su persona para nada y no se le permite que se divierta, que esté triste, que piense, ni siquiera que caiga enfermo, porque muerto ó vivo tiene forzosa obligacion de representar su papel hasta que llegue el dia de sus pomposos funerales arreglados al ceremonial de la corte.

El porte y el aire con que entraban al baile Jacinto y la reina, produjeron una profunda impresion en todos los concurrentes. Tranquila la reina para lo sucesivo con respecto á la suerte de su hijo garantida por la victoria, parecia rejuvenecida y como si la hubieran quitado de encima veinte años de edad; erguia

la cabeza y los ojos le brillaban como en los días de su primera juventud. No así Jacinto: este príncipe mostraba un semblante serio y grave como conviene á quien comienza á conocer los hombres y á adquirir esa triste ciencia que si ensancha la inteligencia despedaza al mismo tiempo el corazón.

Tamarís, hermosa y lujosamente ataviada se acercó al príncipe y le lanzó una sonrisa estudiada con aplicación delante de su espejo á la que contestó Jacinto con una silenciosa cortesía y acercándose inmediatamente á su madre. La vizcondesa que pertenecía al mundo de esas mujeres que consideran inocente cuanto les aconseja su atrevimiento y que ignoran que el despejo de las damas de tono se parece mucho á lo que se llama impudencia entre la gente humilde, miró fija y de frente al príncipe que apartaba de ella los ojos y se dirigió con impavidéz y en línea recta hácia el indiferente.

— Sir, le dijo, pasadas ya felizmente las inquietudes que nos han amargado, permitirá Vuestra Majestad á la mas humilde de sus súbditas, manifestarle el placer que hoy experimentamos?

La reina respondió á este relamido cumplimiento:

— Señorita, la dijo con cierta altanería, sabemos hace tiempo cuán fiel es vuestra familia á nuestra casa, y tanto el conde de Metomentodo como su hija, pueden estar seguros de nuestra benevolencia y protección.

Tamarís recibió con la mas fingida satisfacción esta fria respuesta y saludó á la reina con una sonrisa de ángel; pero así que se mezcló con la concurrencia

ocultó el rostro con el abanico y se mordió los labios de despecho. Sin embargo, dentro de pocos minutos recobró su serenidad y con indiferencia y franqueza detuvo al paso á un marquesito extranjero, señor de muchos millones de pesos que paseaba por entre los concurrentes al baile su vanidad é insignificancia.

— Parece que esta noche no conoceis á vuestros amigos, díjole con el aire y los mimos mas zalameros. Os esperaba para que me diérais el brazo y pasais junto á mí sin mirarme siquiera.

El marqués paseó del brazo por mas de una hora á la linda vizcondesa, dirijiéndola cumplimientos expresivos, tiernas declaraciones de afecto, y cargos de apasionado resentimiento, sin obtener otra contestacion que una muda sonrisa, porque en realidad no habia prestado atencion la hija de Metomentodo ni á una siquiera de las palabras de su caballero. Por tres veces habia pasado ésta intencionalmente por delante de Jacinto con la intencion de picar sus celos; pero apesar de sus risas, de sus graciosos movimientos y del hábil juego del abanico, no pudo lograr que el rey la dirigiera siquiera una mirada, por lo cual furiosa y despechada tomó el brazo de su padre y le pidió que volvieran á casa.

Una vez en ella, dió rienda suelta la coqueta á la ira de que estaba poseída.

— Cobarde, bajo! decia á voces, ya no me ama, y no atreviéndose á insultarme cara á cara se vale para ello de su madre! He leído en sus ojos que me aborrece y que estoy como muerta para él. Así son todos los

hombres y bien nécia es la mujer que se apesadumbra por la conducta de semejantes ingratos.

El conde trató de calmarla, diciéndola que los príncipes tienen también sus caprichos y que no había por qué desesperar.

— Padre mio, le contestó Tamarís, resignaos á beber hasta las heces; si así os conviene, el cáliz de nuestra amargura, que por lo que á mí toca, me separo desde ahora de la corte y no pondré los piés en ella en toda mi vida. Guarde para otra el lindo príncipe su ridícula benevolencia y que la buena de su madre economice para conmigo su real protección — yo no soy ministro y no perdono las ofensas.

Metomentodo dobló la cabeza al golpe de semejante tempestad, y así que estuvo solo volvió á la sala del baile y buscó por toda ella con la vista á Cojuelo, hasta que al fin le descubrió en un grupo de personas á quienes divertía con las ocurrencias de su buen humor, y con las pérfidas alusiones propias de su carácter.

— Querido cólega, le dijo, ¿queréis prestarme unos minutos de atención?

— Con mucho gusto, le contestó el abogado; pero sea dicho aquí entre nos, me parece que os ajitais demasiado por los negocios públicos. Los malos ratos son tan repétidos que debemos gozar de la vida cuando se nos proporcionan buenos y alegres como en este momento.

El conde se calló la boca, condujo al abogado á una sala apartada, cerró la puerta con pasador, y mirando á Cojuelo de hito en hito:

— Os acordais, le dijo, de la promesa que me hicis-

teis ahora poco mas ó menos de un mes, cuando el rey se resolvió á salir á campaña?

— Es cosa de interrogatorio, dijo el abogado: de qué me acusais?

— Responded sériamente por vida vuestra, le contestó Metomentodo, porque en el negocio nos va á ambos el bienestar.

— De veras? respondióle Cojuelo. Pues sea, mi querido señor juez: recuerdo perfectamente, como si fuera ahora, que os prometí, para conservar mi empleo, que dependia de vuestra voluntad, estar siempre de acuerdo con vuestras opiniones.

— Y habeis cumplido vuestra palabra?

— Sí, por cierto.

— Y entonces, cómo es que siempre os hallo de parte del rey y contra mí?

— Permitidme que os observe que si ofrecí conformarme con vuestras opiniones, fué en la inteligencia de que me obligaba á defenderos á capa y espada contra todos los ministros presentes y futuros, en virtud de la alianza ofensiva y defensiva que contraíamos tácitamente; pero no se me pasó por la cabeza que la obligacion se estendia hasta ponerme en quintas con el rey, porque en tal caso no solo habria sido nulo el pacto, sino que habria cometido yo á sabiendas un delito de alta traicion.

— Sí, dijo el conde, así sois todos los abogados; nunca os falta una ley que traer á cuento para no cumplir con lo que manda el honor.

— Apenas comenzamos y ya recurrimos á las palabras gruesas? qué es esto? replicóle con calma Co-

juelo: Decid lo que se os antoje; pero vamos al grano.

— Quería únicamente refrescaros la memoria acerca de vuestra promesa; pero una vez que negais, solo me queda el recurso de pedir al rey humildemente que se decida con franqueza entre mi política y la vuestra.

— Querrás decir entre vuestra política y la suya replicó Cojuelo con viveza, porque en cuanto á mí, como bien os consta, no tengo la mínima pretension de dirigir la nave del Estado. Mi único anhelo y mi única ambicion consiste en acertar en defensa de las ideas del príncipe: esto es todo.

— Sea en horabuena, le contestó secamente el conde, continuad en vuestro honorable propósito y decid hoy al pueblo que lo blanco es negro, y mañana, segun sea necesario para vuestras miras, demostradle que lo negro es blanco. Mientras esteis en el poder no faltarán mercenarios que os aplaudan; pero cuando hayais estraviado la razon del público, destruido hasta el último átomo de amor á la verdad, todo sentimiento de justicia, entonces aprendereis á costa vuestra que no se juega impunemente con la conciencia humana. Ese pueblo que no habeis respetado, á su vez os depreciará porque su instinto ha de decirle que mas infame aun que la mujer que se vende, es el hombre que prostituye su alma y hace profesion de mentir.

— Santo Dios! qué boconada de moral! exclamó el abogado poniéndose rojo como la cresta de un gallo. ¿ Con qué derecho me hablais en esos términos, vos que enervais y embruteceis á ese mismo pueblo? Cuando hablo, yo, provocho la contestacion y no cierro los

oidos á ella, no huyo del palenque, y combato á la claridad del dia con armas iguales. Vos y vuestros agentes caminais por entre sombras, el talento ajeno os martiriza y la independencia os causa miedo. Teneis en contra todos los espíritus ilustrados, todas las almas generosas, y como vos mismo lo sabeis mejor que yo, vuestra política es un apagador de sacristía. Para que vuestra mediocridad se tranquilizára, seria necesario que la vida cesára y que todo, todo cupiera dentro de la apocada medida de vuestra ignorancia y de vuestras preocupaciones. Vuestro ideal se encierra en estas dos palabras — convento, cuartel. Y si siquiera os hiciérais justicia á vosotros mismos! Pero no; asociáis á la mezquindad de las concepciones la mas ridícula de las ambiciones que es la de la inmovilidad. Preverlo todo, saberlo todo, arreglarlo todo, tal es la pretension de esa iglesia infalible que niega el derecho y el deber de discurrir. Aquellos que no son capaces de hacer brotar una sola espiga de trigo, se atribuyen el derecho esclusivo de administrar y dirijir la intelijencia, la conciencia, la actividad, la fortuna, la vida de un pueblo entero, mientras que su verdadera mision consiste en estorbar, y en poner freno y grillos á cuanto quiere caminar é ir adelante. En menos de un siglo serian capaces de volver á la cuna, mecerla y hacerla dormir como á una marmota á la nacion que cayera bajo su férula. Linda conquista! Qué bien os está el insultar á los que usan de la palabra y discurren, á vosotros eunucos de serrallo!

— Señor, exclamó á voces el conde levantándose, sabeis lo que se le dice á un insolente ?

— No señor; pero sé muy bien lo que se le contesta.

— Pues bien, mañana mismo me dareis satisfaccion por las palabras que acabais de dirijirme.

— Sea en horabuena, querido cólega, contestóle Cojuelo alzándose de hombros. Si os parece que algo nos falta para ser completamente ridículos, desenvainaremos los floretes; pero tened presente que mas fácil es matar á un abogado que taparle la boca. Y con esto, soy vuestro humilde servidor.

Este diálogo sin testigos fué el platillo y el hazme reir en las conversaciones de todos los habitantes de la ciudad, á pocas horas despues de tener lugar. Los Papamoscas quieren hacer creer que las mujeres son habladoras; pero las levantan esta calumnia para que los tengan á ellos por muy reservados. Lo que hay de cierto es, que cuando un Papamosca confia un secreto de Estado á su vecino ó á su colega, lo primero que á estos ocurre es comunicar el importante misterio á todos sus amigos y conocidos, con recomendacion de no decirlo á nadie; de manera que antes de oscurecer el dia la tal noticia se halla escrita con letra de molde en todos los periódicos. Este pueblo esencialmente social y amable es capaz de dar un ojo de la cara por tener motivo para despreciar á quienes le gobiernan y nada le pone de mejor humor que el conocimiento de las flaquezas de los ministros y los vicios de sus hombres eminentes; á tal punto, que si la casualidad les depusese en el trono un soberano virtuoso, harian una revolucion para no morir de fastidio.

Los redactores de hechos locales no se contentaron con referir la disputa tal cual habia tenido lugar entre

ambos ministros y añadieron de su cuenta, que se había repetido delante del rey viéndose éste obligado á imponer silencio á los dos personajes que le faltaban al respeto. Esperábase, como era natural, un desmentido oficial á estos rumores, que estableciese la verdad de lo ocurrido; pero con sorpresa general apareció en el periódico gubernativo la noticia de que el conde de Metomentodo había renunciado y que el caballero Cojuelo desempeñaría nuevos empleos por disposición soberana. A semejante nueva movieron la cabeza, como mal signo, las gentes sensatas creyendo que se acercaba el fin del mundo, los ambiciosos afluyeron á los salones aristocráticos, los ociosos charlaban como cotorras, los banqueros perdieron el rumbo, pues nadie podía desconocer que se estaba en vísperas de un vuelco fundamental en la política, circunstancia que siempre fué motivo de entretenimiento para los Papatascas, á quienes nada agrada tanto como las comedias nuevas y los actores que, por primera vez, se presentan en las tablas de un teatro.

---

## CAPITULO XXII.

### LA LINTERNA MÁJICA.

Al salir del Consejo de Estado en donde Metomentodo y Cojuelo habíanse reprochado recíprocamente el delito de arrastrar al rey y á la monarquía á un abismo, Jacinto, cuidadoso por semejante situacion, se apresuró á llamar á la hada en su auxilio. — Apenas la apercibió:

— Madrina, la dijo, sígueme; salva á mi pueblo. — Hagamos una Constitucion.

— Hijo mio, dijo la señora, me hablas en hebreo. A nosotras que somos hadas de los buenos tiempos de antaño, debe pedírsenos proteccion para infantes sucesores al trono, y marido para princesas de quince años. Pero de política, qué entiendo yo? Mi ocupacion es contribuir á la felicidad de la especie humana.

— Madrina, si no puedes proporcionarme una Constitucion que haga dichoso á mi pueblo, me hallo perdido.

— Quieres, hijo mio, que te lleve al país de los papagallos, en donde todos hablan sin decir nada? ó al imperio de los pavos cuyos habitantes presumen de

entendidos? ó á la tierra de los chorlos en donde cada ciudadano revienta de vanidad porque es chorlito?

— No, Madrina, nada de eso me cuadra.

— Tomemos, pues, otra determinacion: veamos qué cosa acertada podríamos hacer.

La hada abrió una ventana y llamó á una golondrina que cazaba en el aire.

— Amiga, le dijo el hada, eres feliz?

La golondrina lanzó un agudo grito de alegría y contestó:

— Sí.

— Por qué eres feliz?

— Porque soy libre, dijo el ave, y se alejó rápidamente como el viento.

El hada volvió á mirar por la ventana y llamó á una abeja que libaba su miel entre las flores de un romero.

— Amiga, la dijo, eres feliz?

— Sí, responde zumbando el animalillo.

— Y por qué te consideras feliz?

— Porque trabajo desde por la mañana hasta la tarde.

— Y quién dirige tu tarea? preguntó Jacinto.

— Quién? yo misma, contestó la abeja. Necesito acaso amo para cumplir con la ley que Dios me ha impuesto? Dijo y se fué.

— Dáme la mano, dijo la hada á Jacinto, y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en medio de los campos.

Habia allí un rebaño de carneros bajo la guarda de

un pastor dormido y de un mastin con tamaños ojos abiertos.

— Eres feliz? Preguntó la hada á un carnero padre que pacía la yerba á dos mandíbulas.

— Cómo quieres que lo sea? respondió el animal lanudo, cuando me muerden y apalean de la madrugada hasta la noche y mañana me venderán al carnicero? Para ser feliz es indispensable que uno sea dueño de sí mismo.

— Sin embargo, dijo Jacinto, veo que tú comes yerba lozana, engordas y duermes.

— Mi destino es que me coman los lobos ó los hombres, y por esta razon hallo discreto no pensar en mi suerte.

Hundió la cabeza en la yerba y se dió á pacer mas á prisa para reponer el tiempo perdido en la conversacion.

— Hijo mio, dijo la hada, parece que nuestro trabajo progresa; ser libre, trabajar, ser dueño de sí mismo, hé aquí lo que constituye la felicidad. Consigna esto en la Constitucion.

— Madrina, dijo Jacinto, la libertad puede hacer felices á las bestias; pero el hombre no puede ser dichoso á tan poco precio.

— Quiéres decirme entonces que los hombres á pesar de su decantada razon son mas bestias que las bestias mismas?

— Madrina, dijo Jacinto, necesitaria consultar á algun sábio de los pasados siglos. ¡Si pudiera verme con Aristóteles!

— Mi compadre Aristóteles no se negará á venir,

dijo la hada trazando circunferencias en el aire. Mucho tiempo há que le conozco y las crónicas nos han familiarizado con sus travesuras.

— Madrina, si es un filósofo!

— Por serlo, hijo mio, no deja de ser hombre y los mas letrados no siempre son los mas cuerdos.

Durante este diálogo comenzó á levantarse una especie de vapor que poco á poco tomó formas humanas.

Presentóse entonces delante de Jacinto un hombre de alta estatura, de rostro agradable, que manejaba con soltura y elegancia su vestimenta griega.

— Buenos dias, querida hermana, dijo el filósofo besándole la mano á la hada. Me hallaba á cien leguas de aquí divertido en llevarle la contraria á Platon que sigue soñando, cuando oí vuestro llamamiento, y aquí me teneis dispuesto á servirlos.

— Compadre, dijo la hada, aquí teneis á un jóven rey que os pide una Constitucion para sus Estados.

— Y para qué, dijo Aristóteles. Si se crée el mas hermoso, el mas sábio, el mas sensato y el mas entendido; si tiene siempre la razon de su parte, si jamás miente ni engaña, que gobierne por sí solo. Con semejantes cualidades no habrá nadie que le niegue la categoría de gefe y de rey; pero si no las posee, deje entonces que los pueblos se gobiernen ellos mismos y no tenga la pretension de rejir á los que valen mas que él.

— Señor Aristóteles, dijo Jacinto, la cosa no es tan sencilla como os parece. Mis súbditos me han encomendado la tarea de labrarles su felicidad, y no sé cómo manejar me para salir del apuro.

— Son bárbaros ó griegos? preguntó el filósofo.

— Ni una ni otra cosa, contestó el príncipe: son Papamoscas.

— Jóven, no me comprendéis, replicó Aristóteles: en este mundo no hay mas que dos razas políticas; la una compuesta de bárbaros nacidos para obedecer, la otra de griegos, ó por otro nombre, de pueblos civilizados.

— Y en qué se distinguen, cómo se les conoce? Preguntó la hada.

— Entre los bárbaros, dijo el filósofo, el hombre es quien manda; entre los pueblos civilizados, la ley. Los primeros viven sumisos como esclavos á los caprichos de un amo, y los segundos solo prestan obediencia á las leyes que ellos mismos dictan.

— Ay de mí! exclamó Jacinto, mucho me temo que los Papamoscas sean bárbaros, porque de cierto no se gobiernan á sí mismos, y los hombres tienen entre ellos mas predicamento que las leyes.

— Cada uno de los ciudadanos es soldado? preguntó Aristóteles.

— No, tienen un ejército permanente.

— Entonces son bárbaros, dijo el filósofo. Elijen sus magistrados por sufragio popular y por tiempo limitado?

— No, dijo Jacinto.

— Dos veces bárbaros, repitió el filósofo. Juzgan y fallan ellos mismos las causas criminales?

— No, dijo Jacinto.

— Tres veces bárbaros, repitió el filósofo.

— Reúñense libremente para entender en los nego-

cios públicos? Gozan del derecho de censurar cada día que amanece, la conducta de sus majistrados?

— No siempre, dijo Jacinto.

— Cuatro veces bárbaros, repitió el filósofo. Existe una educacion comun que borre toda desigualdad de fortuna ó de nacimiento?

— No, dijo Jacinto.

— Y entonces para qué me han incomodado; dijo el sábio frunciendo el ceño. Gobernad á usanza del Can de Tartaria; arread con el callado el rebaño balador; edificad palacios, declarad guerra á todo el mundo; entregaos á todas las pasiones de los sentidos, y no os entrometais á gobernar hombres, puesto que no los hay en vuestros dominios.

Dijo y se desvaneció en el aire como humo que se lleva el viento.

— Madrina, dijo el príncipe, he hecho mal en hacer evocar la sombra de este griego que nada entiende de las condiciones de la vida moderna. Estoy ahora mas triste que antes de consultarle.

— Espera, hijo mio, dijo la hada. Columbro allá lejos á un antiguo conocido que ha de convenirte más; y levantando el brazo en ademan de llamar, dijo en alta voz: Señor Ashuero, venid por un momento aquí que necesitamos el auxilio de vuestra esperiencia y consejo.

Acudió al llamado de la hada un anciano haraposo con un baston en la diestra. Vestia un trage que no era de uso en país alguno. Anchas y hondas arrugas surcábanle el rostro amarillento; bajábale hasta el pecho el ampo de nieve de su poblada barba, y los ojos

le brillaban en sus órbitas profundas como brasas de fuego. Apenas vió Jacinto á aquel personaje, ya reconoció en él al famoso Judio Errante, cuyo retrato se encuentra en todas partes.

— Caminemos, dijo el transeunte, no puedo detenerme, conversaremos andando; qué me queréis?

— Señor Ashuero, vos que habeis visto tanto, decidme: cuáles son los pueblos mas felices?

— Lo ignoro, respondió el anciano: qué le importa la felicidad ajena á un desgraciado como yo? Pero si queréis os diré como viven y mueren los pueblos, pues he visto nacer, crecer y desaparecer infinitos.

— Hablad, padre mio, que os escucho, dijo Jacinto.

— Hijo, continuó Ashuero, una sola cosa constituye la grandeza de las naciones — la libertad; una las mata — la administracion: oidme y conservad en la memoria mis lecciones:

“ Cuando salí de Jerusalem condenado al suplicio de caminar eternamente, dejé á mi espalda un puñado de judíos, discípulos de aquel á quien ultrajé en un momento de demencia. Estos cuantos judíos componian la iglesia cristiana. Volé hácia Roma, señora del universo, y admiré allí la magestad de aquellos emperadores paganos que sostenian con su diestra el peso del mundo.

“ Todo les pertenecía, desde el espacio hasta el tiempo; no habia un solo romano que no tuviera fé ciega en la eterna permanencia de su nacion, y los vencidos pensaban como los vencedores.

“ Bajo el reinado de Cómodo, volví de nuevo á visitar la ciudad eterna.

“ Qué cambio habia tenido lugar en el espacio de siglo y medio! Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio, estos grandes administradores y paternales príncipes habian cubierto la superficie del globo de caminos y monumentos, y sin embargo solo habian acelerado la decadencia del imperio con la perfeccion misma de suréjimen administrativo, en virtud del cual era mayor el número de los asalariados que el de los contribuyentes y gobernados. El gobierno estaba á la cabeza de un pueblo hambriento, exánime, moribundo, y los únicos que palpitaban vivos, eran los cristianos á quienes se perseguia, y se ajigantaban porque obraban como hombres libres. La vida residia únicamente entre las tribus de las márgenes del Rhin, despreciadas durante largos años y que en la época á que me refiero se abalanzaban sobre el imperio como una jauría de perros de caza sobre el ciervo vencido de cansancio.

“ Quise ver á estos bárbaros y los hallé horribles porque se cubrian con pieles, se pintaban el cuerpo y vivian como verdaderos salvajes. Ocupaban el dia en beber y jugar encerrados en cuevas alumadas y hedían á ajos y sebo. Pero estos bárbaros no tenian amo; cada familia se gobernaba á sí misma; cada parcialidad elejia su caudillo, cada germano batallaba por su tribu y por lo tanto eran indomables aquellos pueblos. Por mas que Roma opuso contra ellos su oro y sus mercenarios, acabaron por aniquilar pedazo por pedazo al coloso del imperio.

“ Huí hácia Oriente, fuí á la China y ví allí un gobierno paternal que reducía á los pueblos á la condi-

cion de rebaños. La política china consiste en ahogar la vida pública, en destruir los intereses de la comunidad, incitar á la satisfaccion de todos los apetitos, alentar al egoismo, de manera que aquel pueblo es un imperio sin ciudadanos. Hastiado de esta civilizacion bastarda, pasé á América antes que sospecharán siquiera los europeos la existencia de continente tan vasto. En Méjico como en el Perú hallé grandes monarquías de pueblos esclavos que formaban como una nueva China bajo otro nombre.

“Cuando la fatalidad me trajo á Europa de regreso, habia terminado ya la guerra de las cruzadas, y cristianos y griegos habian dado cima á su obra. Los campos estaban subdivididos en multitud de dominios soberanos, y las ciudades cercadas de muros se gobernaban y defendian á sí mismas. La iglesia y la universidad constituian dos corporaciones paderosas y respetadas. Todo era desigualdad y confusion en la superficie; pero en el fondo, á pesar de las violencias y crímenes innumerables que se cometian, fermentaba generosamente la libertad y vivian los pueblos. Génova y Venecia cuajaban el mar con sus naves y fabricaban palacios, galerías é iglesias. Florencia resucitaba los dias gloriosos de Atenas; Flandes alzaba á las nubes las flechas de sus campanarios y la Normandía las torres de sus suntuosas catedrales. La universidad de Paris era un foco de luces; á ella acudia la Europa entera á escuchar la palabra de maestros que se señalaban por la audacia de sus doctrinas emitidas sin opresion de ningun género. La iglesia, incansable, hablaba, escribia, enseñaba, defendiendo á los pueblos

contra la influencia de los poderosos. Por todas partes florecían la poesía y la ciencia y aumentábase la riqueza bajo el influjo de la libertad. Estaba arrobado ante esta florescencia del mundo moderno, cuando una mano implacable me impelió hácia la India, y allí me encontré con la eterna decrepitud de esos pueblos de Oriente á quienes condena un despotismo hereditario á soñar despiertos y á servir como esclavos.

“ Cuando regresé á Europa habia llegado Luis XIV al apogeo de su poder. En todas las regiones de aquella parte del mundo se habian establecido grandes monarquías y vastas administraciones. Estaba en Europa y me parecia aun permanecer en el Oriente, porque presenciaba el mismo espectáculo que habia contemplado en el Asia, es decir, príncipes engañados, gobiernos insolentes, pueblos mudos, grandes trabajos públicos, pesados impuestos, y ejércitos numerosos, y en todas partes se observaba lujo en las cortes, miseria en las cabañas, el pensamiento perseguido y silencio impuesto por la fuerza. Dormía la Alemania, agonizaba la Italia, la Francia desfallecia estenuada. Unicamente daban señales de vida dos naciones, la Inglaterra que acababa de darse un rey de su eleccion y la Holanda que en medio de sus pantanos abria asilo á los proscritos de todas las iglesias y de todos los paises. Durante medio siglo erré por Europa hasta que la suerte me arrojó al corazon de los bosques de la América del Norte, en donde he vuelto á ver la resurreccion á la vida.

“ Allí he visto tambien formarse á la sombra de los árboles vírgenes pequeñas sociedades que se goberna-

ban por sí mismas sin necesidad de reyes ni de clero ni de nobleza y en las cuales cada ciudadano es á la vez soldado, juez y magistrado. A no dudarlo, era aquella una civilizacion nueva, próxima á florecer, civilizacion creada por deportados, por emigrados espontáneos echados en olvido ó despreciados por la metrópoli.

“ Tal es, hijo mio, la historia del mundo. Los pueblos nacen por la libertad y acaban por la administracion. Tienen al principio la exhuberancia y el desórden como tambien toda la vitalidad generosa de la juventud; pero mas tarde se hacen pusilánimes, calculadores y egoistas como los viejos. El mas leve ruido les amedrenta; se asustan hasta del que levanta el pensamiento; el frio les entume y se colocan al borde del sepulcro, á tal punto que si sobreviene una guerra, se deshace el imperio, el poder se les escapa de entre las manos y pasa á aquellas de quienes tienen fé en el porvenir.

“ Adios hijo mio, te he comunicado mis secretos, saca partido de ellos. ”

El judío se alejó á largos pasos sin esperar á que le dieran las gracias y Jacinto se volvió hácia la hada, que bostezaba como un pez, á pedirle consejo.

—Al cabo dejóse de chocheos, ese viejo loco, exclamó la hada. ¿Se necesita charlar tanto para probar que los hombres no son mas cuerdos que las alondras y que con un mismo espejo se deslumbra á los sencillotes como á los mas encopetados? Dáme la mano hijo mio, que tengo una cita con mis hermanos en las montañas de la luna y te llevaré conmigo.

Un instante despues ya comenzó Jacinto á notar que los árboles, las casas, los montes se hundian en la tierra, y remontando en el espacio descubrió al fin la inmensa llanura africana que parecia brotar del seno de los mares.

La Hada descendió en las cercanías del cabo de Palmas y dijo á Jacinto:

—Puesto que tienes aficion á las esperiencias políticas quédate aquí y vendré á buscarte á mi regreso.

Dijo así la hada y tomó el vuelo. El príncipe volvió los ojos al rededor suyo y vió que se encontraba en una ciudad pequeña, de planta regular, con calles anchas pero cuyos habitantes eran todos negros. Lo peregrino de su aspecto atrajo muy luego la curiosidad de aquellas jentes; las mujeres le señalaban con el índice, los niños le huian y los perros le ladraban.

Acercóse Jacinto á un negro motoso que estaba acomodando unos barriles de aceite en un gran almacén y le preguntó en dónde se hallaba. Aunque un tanto sorprendido con semejante interrogacion, el mercader de aceite le contestó con civilidad y en buen idioma inglés que aquella ciudad se llamaba Monrovia y era capital del Estado de Liberia.

—Tal como vd. nos vé, añadió, somos todos antiguos esclavos que hemos venido de Estados Unidos para vivir aquí como hombres libres.—Con la ayuda de Dios contamos poder fundar una República que por el número y la riqueza de los habitantes edificará á la Europa y á la América. Largo tiempo hace que la raza blanca es la señora del Universo, y ahora la raza

negra reclama su participacion en la herencia: y la obtendrá, pues el Africa le pertenece.

—Es numeroso vuestro púeblo? preguntó Jacinto.

—Somos 25,000 *civilizados*, replicó el negro; pero poseemos un talisman que nos facilitará la conquista del Africa entera y medios para levantarnos al nivel de la Europa.

—¿Cuál es ese talisman?

—La libertad americana, dijo el negro.

—Porqué no dices la libertad, sin añadir americana?

—Porque la hay de dos especies; la una que es una palabra, la otra que es una cosa. La primera no es mas que un grito de guerra y de revolucion que trastorna al antiguo continente; la segunda es un conjunto de instituciones capaces de conquistar la dignidad para los individuos y la prosperidad para las naciones y á las cuales deberán nuestros hijos el goce de la felicidad y de la riqueza.

—¿Cuáles son esas instituciones?

—Son cinco, á saber: la iglesia libre, la prensa libre, la cámara libre, la milicia y el jurado. Desde que un buque llega á puerto, ya los emigrantes elijen el terreno que mejor les acomoda, y una vez establecidos y desde la primera cosecha fundan escuelas para instruccion de sus hijos, iglesias para adorar á Dios, diarios para ilustrar al público, y Bancos para facilitar el trabajo y los cambios. Así se forma el núcleo, se establece la comuna, dando por resultado una República perfecta libremente administrada por el concurso de todos los ciudadanos, y la cual, si se vé amagada

de algun peligro interno ó exterior, halla en cada uno de nosotros un Juez para defenderla, un soldado para protegerla. Esta es nuestra libertad; entiéndenla acaso del mismo modo en vuestro pais?

—Ya veo que habeis leído á Aristóteles, dijo Jacinto.

—Aristóteles! dijo á su vez el negro blanqueando sus ojazos y rascándose la frente, es un nombre desconocido en esta plaza: será sin duda el de alguna casa recién establecida que aun no goza de mucho crédito.

—Amigo mio, replicó el príncipe admirado de tamaña ignorancia, Aristóteles es un gran filósofo griego que ha dicho hace uno ó dos mil años que el ciudadano debiera ser á la vez soldado, juez, administrador y que la franquicia de la palabra y la educacion comun eran dos condiciones esenciales de la libertad y de la civilizacion.

—Se me ocurre, dijo el africano, que no es forzoso ser un gran filósofo para ver las cosas tan claras como el sol al medio dia. Permanezca vd. ocho dias en Monrovia y verá cómo no hay niño de escuela que no le diga lo mismo que el gran filósofo de Grecia.

—Y teneis esperanza, replicó Jacinto, que esa semilla americana, producto de la esencia de la civilizacion mas adelantada, brote entre la maleza de vuestra barbárie?

—Eso ya es un hecho, respondió el negro.

—Permitidme que lo ponga en duda: la libertad es una cuestion de raza.

—Es una cuestion de educacion, dijo el motoso.

Desde que en nuestro tronco negro hemos injertado el espíritu americano, nos hallamos tan capaces de gobernarlos á nosotros mismos como los mejores irlandeses y alemanes que cada año emigran á los Estados Unidos y se trasforman allí como nosotros. Dentro de tres generaciones seremos señores de los valles del Niger, y el resto de la conquista será una cuestion de tiempo.

—Es un sueño brillante, dijo Jacinto, pero demasiado hermoso para que se realice.

—Hé ahí una duda que me prueba que Vd. pertenece al antiguo continente, replicó el negro. Es usted como nuestros vecinos del Senegal que se imaginan colonizar mandando jenerales para hacer la guerra á los negros y prefectos para rejir y comprimir á los blancos? Así no procedemos nosotros. Nuestros instrumentos de conquista son la paz, la libertad y el trabajo. Entre nosotros, la comuna es como un árbol que al crecer echa un vástago que es una comuna nueva que se agrega á la inmediata alimentándose con su propia sávia. Aquel vástago á su vez produce otro nuevo que no será menos fecundo, y así no se detiene jamás la obra. De esta manera, silenciosamente, poco á poco, con el auxilio de una labor latente pero irresistible, se agranda nuestro pueblo, cubre el suelo y absorbe y transforma á la barbárie. Cuéntanse ya mas de cien mil negros que han venido del interior para instruirse en nuestras escuelas y aprender nuestras costumbres, y á esos cazadores ignorantes y crueles hemos convertido en labradores, en artesanos, en ciudadanos. El porvenir es nuestro, la comuna cambiará

la faz del Africa y no está lejos el día en que ocupando su lugar entre las naciones civilizadas, no formemos mas que un pueblo, una sola República.

—Si antes no os quebrais en mil pedazos, dijo Jacinto.

—Ese es otro error del antiguo mundo, replicó con calma el negro. En las monarquías creadas por la fuerza y gobernadas militarmente, todo descansa sobre la mano del hombre, y la mano de un hombre no puede contenerlo todo: la magnitud del imperio debilita al príncipe. Pero entre nosotros en donde el Estado no es mas que una federacion de pequeñas repúblicas que viven de su propia sustancia, la estension del Imperio es una garantía mayor de libertad y de paz para todos. Por dónde se verificaría la ruptura? El centro se halla en todas partes y la circunferencia en ninguna. No advierte vd. que un espíritu nuevo gobierna las cosas y á los hombres? La América en flor, la Australia que acaba de romper su capullo, el Africa en su jérmen primero, ¿no dicen que en los actuales dias nacen á la luz de la vida política continentes enteros, mientras que la vieja Europa dividida, reglamentada con exeso va muy pronto á acupar en la historia el lugar mismo que el Oriente antiguo y á convertirse en vestigios de una civilizacion desaparecida?

—No lo creo, dijo Jacinto, un tanto conmovido con semejante prediccion.

—Y sin embargo así será, respondió el negro, á menos que la Europa no tome de prestado nuestra civilizacion americana, que transforme la índole moral

de sus hijos. Pero dispéñseme V., señor extranjero; el sol declina y me es indispensable asistir al club de las escuelas, á la comision militar y á la junta del Banco; dispéñseme V. si le dejo.

— Sois algun gran fncionario en este pais? dijo Jacinto.

— No, contestó el negro sonriendo, no soy mas que un mercader de aceite y ciudadano de Liberia.

Jacinto á espera del regreso de la hada echó á pasearse por las calles de Monrovia, visitando de pasada el puerto, las iglesias, las escuelas y bibliotecas. Con gran sorpresa suya notó que los negros no eran Papamoscas y que no por esto les eran inferiores.

Vuelto á su palacio :

— Madrina, dijole á la hada, ya tengo en mi poder la constitucion que buscaba, y creo que gracias á vos, podré hacer la felicidad de mis pueblos,

— Me alegro mucho del hallazgo, replicóle la buena hada. Ahora abrázame, despedámonos. Ya no me verás mas. Donde comienza la razon terminan las límites de mi imperio. Tú recibiste en herencia el ingenio, la fuerza y la belleza, y la esperiencia te ha dado á mas justicia y bondad. Eres ya todo un hombre, camina con denuedo hácia adelante sin que te arredren los tropiezos. Los pueblos son como los niños que lloran cuando se les lava la cara, pero tú gozarás, de la satisfacion de haber cumplido con tu deber, cosa que vale mas que esos aplausos prodigados por una multitud variable, vanos rümorez que el viento arrebatá y desvanece. De tí solo depende en adelante tu felicidad y tu gloria : ya no me nesesitas, adios.

Jacinto abrazó llorando á la buena hada, y corrió á encerrarse en su gabinete. En aquella misma noche redactó una Constitucion en doce artículos, la cual (con perdon del principe sea dicho) no era otra que la carta de Liberia, ó la vigésima edicion de la Constitucion de los Estados Unidos que vá dando la vuelta al nuevo mundo, y llegará á Europa algun dia despues que haya regenerado á los Chinos.

Jacinto agregó á la Constitucion un decreto cambiando el sello del Estado. La antigua divisa *todo para mí, todo por mí*, fué sustituida por estas otras palabras: *vivir y dejar que vivan otros*, espresiones misteriosas hechas como de propósito para admirar á los Papamoscas que nunca habian oido tal cosa.

Cuando la *Verdad oficial* publicó estos dos documentos, hubo agitacion y rumores imponderables. La Constitucion fué aceptada con entusiasmo. Toda novedad encanta en aquel amable pueblo, por que dá pretesto para no hacer nada. Se pronunciaron discursos, hubo iluminacion, se cantó, se gritó. ¡¡ El príncipe, decian, es el padre del pueblo y ha advinado el secreto del corazon de sus hijos!!

Jacinto se conmovió un tanto, nada mas, con aquel universal entusiasmo por que sabia bien que para los Papamoscas no hay fiesta buena que no tenga al dia siguiente su corcoba.

---

## CAPITULO XXIII.

DE LA PRENSA PERIÓDICA EN EL PAÍS DE LOS PAPAMOSCAS.

Copiamos á continuacion los artículos que nos vienen casualmente á la mano, tomados del periódico *La Moderacion* que es el favorito de los Papamoscas por ser de oposicion :

« ALERTA, CIUDADANOS!

« La situacion de las cosas es deplorable : el país camina á su ruina conducido por traidores. Bajo la sábia y enérgica administracion del Conde Metomentodo, eran los Papamoscas el terror de sus vecinos y el objeto de la envidia de todas las naciones del universo. En el exterior, se estremecia la tierra al marchar de nuestras legiones, y en cuanto al interior, vivian los Papamoscas felices y enorgullecidos bajo la tutela de una gran política. Entonces la habilidad de experimentados ministros les descargaba del peso de las atenciones y cuidados que ahora les abruma. Ni de un momento de descanso goza ya ese pobre pueblo agoviado bajo la tarea de intervenir en sus negocios propios, porque sus cortos ócios los tiene ahora dedicados forzosamente al cuidado de la iglesia, de la escuela, del juri, de las asociaciones de enseñanza y de beneficencia, de las lecturas públicas, de las bibliote-

cas populares. Esclavos ahora de la libertad, ya no nos es dado divertirnos como en los tiempos felices que pasaron !

« Hasta las mugeres , esas hechiceras criaturas cuya molicie constituye su mas esquisito atractivo, han experimentado una transformacion deplorable á causa del réjimen que se nos impone á la fuerza. Ya no se ocupan ni de trajes, ni de paseos, ni de la ópera, ni de las carreras de caballos, ni de hablillas escandalosas, ni de esas mil puerilidades que sazonan la vida elegante y ociosa : hoy es objeto preferente de sus conversaciones, la religion, la beneficencia, las escuelas y hasta la política ; — de manera que ya no son mugeres sino marimachos. A poco andar no habrá cosa mas insípida y fastidiosa que la mas bella mitad del género humano. No sabemos porqué no las damos cabida en los comicios electorales ; — pero en ese rumbo vamos. Mientras tanto, el lujo decae, el gusto se desprava, las artes toman carácter sério, y la decadencia es universal.

« Hé aquí el extremo á que nos han conducido los sueños quiméricos de un niño ! Hé aquí á lo que nos ha reducido el servilismo cobarde de los ministros perezosos que por complacer al amo no se cuidan de la ruina cierta de nuestra administracion nacional y de aquella prodijiosa centralizacion que fué gloria y complacencia de nuestros padres. Hoy cada cual hace lo que se le antoja y podemos decir, sin peligro de la verdad, que hemos llegado al colmo de la tiranía individual. Brillan como virtudes en las eminentes esferas sociales, la indiferencia, la incapacidad, la bajeza ; nuestros mi-

nistros son la hez de la civilizacion, de manera que los extranjeros se burlan de ellos, los ciudadanos los maldicen y los hombres honrados les desprecian.

« Ah! si gozáramos siquiera de la libertad de imprenta! Pero no, los pérfidos, reconociendo en los Papamoscas el derecho de fundar un periódico, sabian bien lo que hacian, porque so pretesto de quitar trabas á la prensa, la han esclavizado. En otro tiempo, nada mas que la noticia de una indisposicion en la salud del conde Metomentodo, habria bastado para desasosigar al país entero; pero hoy aunque nos desgañitamos gritando que los ministros son ineptos y traidores, nadie presta el oido á nuestros voces. Cada uno se ocupa de la escuela y de su municipalidad y á nadie le importa un bledo la suerte de un gobierno de quien nada espera ni teme. La gran nacion ha desaparecido y solo quedan Papamoscas!

« A. MOSTAZA. »

En el mismo número, en la columna siguiente, se lee tambien :

» Este año habrá un ahorro considerable en los gastos del presupuesto, que se avalúa, próximamente, en mas de cien millones, y si es cierto que el ministerio se propone aplicar esta suma á la rebaja de las contribuciones, podemos decir sin tacha de calumniadores, que los ministros solo se proponen con semejante disposicion conquistar una popularidad tan mezquina como pasajera. En otro tiempo se habria empleado esa suma en aumentar el ejército nacional; pero se

van perdiendo todas las tradiciones del honor y el pueblo heróico será antes de nada un pueblo de mercaderes.

» Ministros que han perdido la vergüenza tienen el atrevimiento de considerar el aumento de la renta como una gloria y como una prueba de que la riqueza crece á par de la libertad. Pero, á quién se proponen engañar con esto? Pues qué, ignoramos que los gastos del ciudadano aumentan en proporcion que asusta, cuando el Estado le entrega el manejo de sus propios negocios? Dícese tambien que este año se asignarán mas de doscientos millones á beneficio de las escuelas, de manera que dentro de poco el presupuesto de la enseñanza pública será tan cuantioso como nuestro antiguo de guerra. Y, dónde encontraremos recursos el dia que tengamos que pelear? Qué será de nosotros el dia en que aparezca entre los Tragagrullas uno de esos grandes hombres políticos que arrastran á los pueblos á la gloria y á la victoria? Es verdad que se contesta á esto que nuestros arsenales están repletos, que basta un ejército de doscientos mil hombres para servir de apoyo á nuestros valientes guardias nacionales; que no existe un solo ciudadano que no sepa manejar el fusil. Pero si todo esto basta talvez para la seguridad de un país que nadie amenaza, ¿bastaria, acaso, para imponer al universo entero nuestras ideas y para hacer que no se dispare ni un cañonazo siquiera en rincon alguno del mundo sin nuestro consentimiento? Una sola palabra rasume la situacion: **HUMILLACION, HUMILLACION, HUMILLACION!!!**

» Ad. MOSTAZA. »

» P. S. — Vaya una posdata para los periódicos que solo viven de escándalos. No falta quien tenga la audacia de esparcir el rumor de que es supuesto el nombre con que firma sus artículos nuestro redactor en jefe y que bajo el pretendido seudónimo se oculta la persona de un tal La Malva á quien llaman desvergonzadamente *antiguo guardian de perros vagos*. Afirman tambien que llevamos la oposicion de cuenta y riesgo de un elevado personage que aspira á derrocar al gobierno desde que dejó de gobernar sus riendas. Pero, nosotros desdeñamos estas insulsas injurias y las contestamos con el desprecio. Confesamos, sí, que tenemos á mucha honra haber militado como soldados rasos bajo las banderas administrativas del ilustre conde de Metomentodo, cuya ambicion se cifra en salvar á los Papamoscas del abismo hácia el cual les conduce la demencia de algunos ilusos. Quién, pues, podrá admirarse de que un patriotismo tan acrisolado eieve al conde de Metomentodo á la categoría de jefe y cabeza de la oposicion ? »

EXTRACTO DEL PERIÓDICO *El Conservador*.

Nos escriben de Villavieja lo siguiente :

» Ayer tuvo lugar el funeral de nuestro eminente ciudadano, baron Geronte Plañideras, cuya muerte fué súbita. Segun los facultativos, murió de un ataque de apoplejía fulminante ; pero los periódicos que nada respetan han hablado maliciosamente de indigestion. Lo que hay de cierto es que nuestro ilustre compatrio-

ta ha sucumbido á un enfermedad clasificada por una nacion estrangera con el nombre de *corazon destrozado*. Las temerarias reformas que recientemente se ponian en práctica petrificaban de espanto al honorable baron, y, como elocuentemente ha dicho sobre su tumba el alcalde de Villavieja : « No pudo menos que estremecerse al ver cortar el cable de salvacion y lanzarse la nave del Estado en océanos sin límites. » Todos los hombres honrados se estremecen como él.

« Nacido de una familia togada y educado por una madre que como una romana antigua pasó su vida en casa manejando la rucca, puede decirse que el baron Plañideras habia mamado con la leche los principios á cuya defensa se consagró hasta rendir el último aliento, guiado por el axioma encerrado en el mote heráldico de las armas de su familia : *Nova antiqua*, que quiere decir *lo nuevo es lo viejo*. Siguiendo el ejemplo de sus ilustres maestros profesó siempre el principio que *el progreso es la revolucion*, é imbuido de esta sana doctrina decia con frecuencia que en los primeros dias de la creacion sabíanlo todo nuestros primeros padres sin haber ido á la escuela y que desde sesenta siglos acá tanto la ciencia como la verdad han ido declinando progresivamente, de manera que el rumbo mas cierto para caminar en la via de la civilizacion es el que sigue el cangrejo. « Cuanto mas retrocedamos, decia, mas adelantaremos. Para beber del agua pura es indispensable subir hasta la fuente del rio y no tomarla cerca de su embocadura en el mar porque entonces van impregnadas las olas de materias corrompidas y malélicas. »

« Deber de todo buen ciudadano es honrar á los hombres eminentes. Pero Villavieja es pobre porque no es mas que un aldeorrio babitado por paisanos á la pata la llana que siempre miraron al comercio y á la industria con la mayor indiferencia. Esperamos pues que por una suscripcion nacional lograremos poder erigir una estátua al baron Plañideras. El proyecto del monumento está ya trazado por una mano diestra y tendrá por base una fuente cuya necesidad se hace sentir en el país espuesto á frecuentes sequías. En el pedestal de la estátua se esculpirán las memorables palabras de nuestro venerable compatriota para que sirvan de eterna leccion al pueblo trivial é indolente, y de estímulo para aquellos caractéres sólidos que no se dejan llevar de las ilusiones del mirage faláz de un mentido progreso. »

» Este monumento alzándose en el centro del mercado producirá un efecto admirable. Tendrá á sus espaldas el cuartel, la cárcel á la derecha y el hospital á la izquierda. El mismo interesado no habria escojido con mas acierto el lugar de su perpétua fama, la cual se cifra toda en la constancia de una lucha perpétua entre la antigua civilizacion y la barbárie de las innovaciones. »

Agreguemos un artículo reciente, que no carece de interés, publicado en *La Moderacion* :

« Salimos en este mismo instante de la Cámara Legislativa conmovidos por un escándalo que sublevará á la nacion entera. No solo se derrumban entre nosotros las instituciones, sino que hasta la cortesía se avillana »

y nos huyen el buen gusto y la cortesanía antigua que tanto lustre y reputacion nos daban.

“ En la sesion de hoy el conde de Metomentodo ha estado como nunca y ha pronunciado un discurso elocuentísimo, de aquellos que hacen época en los fastos parlamentarios de una nacion. Ha pulverizado los sofismas con que generalmente se alucina al pueblo crédulo, diciendo : “ Vuestra libertad no es mas que un lazo y un anzuelo, y la llamais régimen de la ley. “ Qué es la ley? Una regla inflexible aplicada por magistrados inexorables. Y quereis someter á una medida tan estricta, aun para los intereses privados, las complicadas relaciones entre el Estado y los ciudadanos? ”

Al pronunciar estas palabras, una salva de aplausos se ha oido en los bancos de la oposicion.

“ Qué es la administracion? continuó diciendo el Conde. Acepto vuestra definicion — que sea en hora buena, el reinado del hombre. Pero no veis que solo son capaces de aplicar á los casos particulares las medidas que nada tienen de invariable, los funcionarios hábiles, ilustrados é indulgentes? Con estos nada hay absoluto, porque lo absoluto no se aviene con los negocios humanos, como se avienen en el mayor número de los casos con la benevolencia y la equidad. Para quien no se paga del ruido sino del valor de las palabras, no es esta la verdadera libertad? ”

“ Una voz bien conocida se oyó pronunciando la palabra : Farsante!

“ A semejante injuria la Cámara se alzó como un solo hombre pidiendo que se llamase al órden el inso-

lente interruptor, y despues de un cuarto de hora de tumulto subió á la tribuna el culpable, el cual no era otro (lo decimos con dolor y repugnancia) que el antiguo colega del conde Metomentodo, el abogado Cojuelo.

“ Trató de disculparse que no era su intencion faltar al respeto á los representantes del pais, declarando que se le habia escapado aquella malhadada esclamacion impremeditadamente.

“ Retractaos! retractaos! dijeron de todos los ángulos de la sala. Y en efecto una retractacion habria sido un acto de nobleza : hay hombres en quienes se borra hasta la sombra del pudor; y como el abogado Cojuelo es de este número lejos de dar una satisfaccion ha reagravado su delito, diciendo :

“ De veras que la chanza del Conde es algo pesada. Yo he pertenecido á la administracion y sé bien cómo son las cosas. Conozco los caminos tortuosos de la corte como que en ella me he criado y sé que allí no se pregunta, cuando uno entabla una reclamacion : *tiene razon?* sino : *quién es el padrino?* La regla que se sigue es, todo para los amigos, nada para los adversarios. Para los primeros es mas protectora la administracion que la libertad porque dispensa privilegios; para los segundos es una bastarda tirania; y para todos y en todo caso la desigualdad es la que impera.

“ Y podeis creerme lo que digo, añadió, porque no tengo interés alguno en atacar ni en defender el poder. El rey no ha creido necesaria mi consagracion al servicio público y ha llamado en mi lugar á

“ hombres nuevos para realizar ideas nuevas; en lo  
“ que tal vez no se equivoca. De todos modos no  
“ guardo resentimiento el mas mínimo contra su au-  
“ gusta persona, y no llevo tan arriba el vuelo de mi  
“ ambicion que se me ocurra derribar un gobierno sin  
“ mas razon que no ser yo ministro. He vuelto al foro  
“ donde hay lugar para todos los abogados y he di-  
“ cho adios á los empleos públicos. Pero como ciuda-  
“ dano y como amigo de mi país, séame permitido de-  
“ clarar que el nuevo réjimen dá mejores resultados  
“ que los que yo esperaba. El trabajo aumenta, se  
“ multiplican las asociaciones, la instruccion cunde y  
“ la nacion sintiéndose feliz se enorgullece de poseer  
“ un príncipe jóven que se desvela por su dicha. Ya  
“ comienzan los Papamoscas á cuidarse de sus nego-  
“ cios propios, y no hallareis entre estos uno solo dis-  
“ puesto á trocar la tiranía de la ley por la libertad  
“ administrativa. Los argumentos alegados no son  
“ sérios; y se burla de nosotros quien sostiene seme-  
“ jantes paradojas en nuestras barbas. ”

„ La oposicion manifestó á voces su desagrado á este renegado impudente; pero sea dicho, con vergüenza por nuestra parte, que no faltó una mayoría vil que aceptára como concluyentes los pobros sofismas del abogado Cojuelo, mayoría compuesta en gran parte de hombres que han votado favorablemente y con aplauso las medidas propuestas en otro tiempo por el conde de Metomentodo. Parece sueño la realidad de semejante espectáculo! La voluntariedad de un príncipe ha bastado para volver negro lo que es blanco en cuanto á ideas y convicciones. Apclaremos á los elec-

tores, porque un pueblo que cambia de esta manera seria un pueblo de veletas digno de desprecio.”

En un diario pequeño muy á la moda titulado *La Mosca*, se lee lo siguiente:

“ Ayer noche hubo una numerosa reunion en casa de la marquesa Bermellon de Bermelloni. Era la vez primera que la hija hechicera del conde de Metomentodo abria las puertas de sus salones despues de su matrimonio, portándose con la gracia y discrecion que la son características. Todo los amigos del ex-ministro concurrieron al palacio Bermelloni para protestar tácitamente contra la conducta escandalosa del caballero Cojuelo. La reunion no era numerosa y concurrieron pocos diputados. Un dicho de la marquesa queda grabado en la memoria de cuantos le oyeron. Se hablaba de la política inaugurada por el j6ven rey, y la marquesa dijo: *Qué quereis! son niñerías!* ”

“ Esta ocurrencia feliz ha corrido por todo la capital de boca en boca hasta que llegó á oidos del caballero Cojuelo á quien nada toma de sorpresa y dijo sonriendo: Sí, la nueva política no es del agrado de la linda marquesa porque no se disfraza con alballalde y colorete. ”

“ Cuándo se dictará una ley que ponga freno á la lengua de los abogados! ”

Podríamos llenar pliegos con transcripciones por este estilo, porque segun se me asegura, solo en la ciudad de Miel sobre Buñuelos se publican diariamente cien periódicos que pregonan á voz en cuello que todo se lo llevó la trampa y otros tantos que vociferan que todo va á las mil maravillas. Pero, para

qué cansar al lector ? Lo que hay de cierto es que la revolucion que diariamente se vaticina está mas lejana de lo que parece si se dá credito, sobre todo, al caballero Cojuelo, quien resume en una sola frase el efecto producido por la charla bulliciosa de las gacetas.

Los Papamoscas, dice aquel célebre abogado, son como el perro del herrero que duerme al ruido del martillo y se despierta inmediatamente que cesa el ruido.

---

## CAPITULO XXIV.

### CONCLUSION.

Dejando á un lado la prensa periódica, recurrimos á nuestra correspondencia privada para informar á los lectores de la suerte que ha cabido á los personajes de la presente historia, dejando la responsabilidad sobre la exactitud de las noticias, á quienes nos las comunicaron. No hay en nuestro concepto delito mas feo que el que se comete dando noticias falsas, porque son estas tan nocivas como los gérmenes del cólera mórbus, que no se distinguen con el microscopio, pero matan.

El tio Agudo es conserge de palacio. La librea con galones de oro falso y el sombrero de tres puntas le han hecho tan vanidoso é insolente como si hubiera nacido en el cuarto al zaguan de un portero. Desprecia á sus iguales y respeta á los magnates y todos le admiran y saludan desde que le divisan de lejos.

El sargento Lafflor es guardian en gefe de los jardines reales, y se conserva bonachon como antes. Se puede hacer de él cera y pabilo con dejarle relatar la batalla de Necedad y el cuento de los seis adecanes hechos picadillo. Todos sus subalternos le aman y le obedecen y solo le da algo que hacer un tal Lobo que

tiene la manía de proteger los perros vagos y acaricia á cuanto perro de aguas encuentra suelto violando los reglamentos de la materia. El bueno de tío Lobo anda como maniaco buscando al perro de la reina por todos los rincones y no se conforma con haber perdido la ocasion de salir de pobre, en lo que se parece á otros muchos hijos de vecino.

Narciso recibe las peticiones dirigidas personalmente al rey, [y las extracta y encarpeta, empleo que no le dá poco que hacer, pues los Papamoscas por índole y naturaleza mas cuentan con el príncipe que con Dios, Narciso que no echa en olvido sus cuitas y pasadas desgracias es bueno y paciente con los necesitados que se le acercan y goza de la plena confianza de Jacinto, como la merece sin duda.

Clavelina es siempre una exelente criatura; pero desde que tiene marido condecorado y con bigotes, está tan contenta con su suerte que ha hecho voto de que sus seis hijos varones (porque no quiere tener ni uno menos) han de cargar fusil. Narciso hace cuanto puede para inclinarla á otras ideas mas pacíficas; pero en vano, porque Clavelina no es menos testaruda que su padre y muestra la hebra de familia cuando llega el caso. Es de advertir que todas sus vecinas son del mismo modo de pensar, porque segun ellas no hay nada mas bonito que el uniforme, los penachos y los bigotes. La mujer fué quien introdujo en el mundo la locura y no se irá de él sino en compañía de su importadora.

Una vez que otra entraba el viejo Arlequin á visitar á sus amigos de palacio y no faltó un pretendiente

ingenioso que le atára á la cola seis peticiones á su Magestad, y otras tantas al pescuezo. Desde entonces no se ha vuelto á ver al pobre bulldogo por cuya suerte solo Jacinto se interesa no pudiendo olvidar á quien por antonomasia llama su amigo.

El Príncipe siempre se muestra triste. De cuando en cuando va á casa de Clavelina que es la única que tiene habilidad para distraerle con su charla y sus cancioncitas : el trabajo del gabinete le fastidia, y parece que tuviese alguna pena. Es fácil desprenderse de la muger que se desprecia ; pero no es cosa de olvidar en un dia el amor que se arraiga en el corazon. Clavelina que aun se acuerda de Constante, le dá sus bromas á Jacinto á pesar de ser rey, y le habla de las princesas que aspiran al matrimonio con sus iguales. Y tiene razon. Arlequin se indispuso con la especie humana despues que le engañaron tres veces consecutivas ; pero Arlequin, al fin, no es mas que perro. Pero el hombre, criatura de esfera superior á todos los demás animales, favorecido con don tan precioso como es el de la razon, está obligado á hacerse el desentendido cuando conoce que le engañan. Los hilos de oro y seda que las Parcas tienen entre el índice y el pulgar de sus manos rugosas, y que nosotros llamamos la vida, no son mas que ilusiones que nos deslumbran y encantan. En tanto que ellas duran vivimos, sea cual fuera la edad que contamos; pero el dia en que abrimos los ojos y se nos agosta el corazon, en ese dia entramos en el número de los muertos. A la edad de diez y seis años nadie comprende estas verdades de alta filosofia tan claras para la vista de los que usan anteojos.

Jacinto la deja charlar á Clavelina y la oye. No es pues extraño, que las personas bien informadas, esto es, las que saben las cosas antes que acontezcan, hagan correr la voz de que unahija del rey de los Tragagrullas se resigna, sin mayor resistencia, á ser la reina de los Papamoscas. Desde ahora me comprometo á comunicar lo que haya de cierto sobre este rumor, así que manifieste su opinion *La verdad oficial*.

Y puesto que he concluido me despediré de mis lectores como comencé, con cosas de España, diciendo :

Quien haga aplicaciones,  
Con su pan se lo coma.

Y haciéndoles una profunda reverencia final les pediré tambien como el personage de Calderon al fin de una comedia :

El perdon de nuestras faltas.

•

FIN

# ÍNDICE

Diálogo entre el autor y el amigo Fulano.....	III
I. De la conveniencia de tener una madrina y del peligro de tener dos .....	9
II. Infancia de Jacinto.....	17
III. De la aritmética política entre los Papamoscas.....	22
IV. Iniciación de Jacinto en el difícil arte de reinar.....	32
V. Que trata de cómo el abogado Cojuelo enseñó la oratoria política á Jacinto, con unas cuantas figuras de baraja....	42
VI. El baile.....	67
VII. Jacinto aprende á costa de su pellejo, cómo es que se inculca á los Papamoscas el respeto por las autoridades....	74
VIII. En la prisión .....	77
IX. En que Arlequin se dá á conocer .....	88
X. De la filosofía, entre los perros .....	93
XI. Clavelina .....	103
XII. De la influencia política de los perros entre los Papamoscas	116
XIII. Si vis pacem, para bellum .....	134
XIV. La batalla de Necedad . . . . .	145
XV. El reverso de la medalla .....	156
XVI. Chancelación de cuentas.....	164
XVII. La embriaguez del triunfo .....	178
XVIII. De la utilidad de los perros con respecto á la literatura... 188	
XIX. Das Ewig-Weibliche .....	197
XX. En el cual el lector tendrá el gusto de encontrarse otra vez con Arlequin y Clavelina .....	206
XXI. Pilades y Orestes .....	216
XXII. La linterna mágica .....	225
XXIII. De la prensa periódica en el país de los Papamoscas ....	243
XXIV. Conclusion .....	255

FIN DEL ÍNDICE

